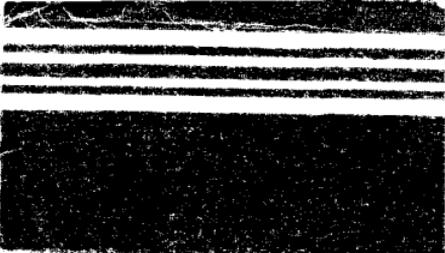


FRAY JUAN FALCONI

Cartillas para la oración

NEBLI
CLASICOS DE ESPIRITUALIDAD



Fray JUAN FALCONI es un castellano, nacido en tierras andaluzas. En el pueblo de Fiñana (Almería), año 1596. Para morir en su Madrid, 1638.

Las CARTILLAS DE LA ORACION fueron escritas en la Villa y Corte, hacia 1628. Siendo Falconi conventual del mercedario cenobio de los Remedios.



CARTILLAS PARA LA ORACION



NEBLI, CLASICOS DE ESPIRITUALIDAD

Colección dirigida por JOSE MARIA CASCIARO

1. SANTA TERESA DE JESÚS: *Camino de perfección.*
2. BEATO RAIMUNDO LULIO: *Libro del Amigo y del Amado.*
3. SAN AMBROSIO: *Sobre las vírgenes y la virginidad.*
4. SAN JUAN BTA. MARÍA VIANNEY, CURA DE ARS: *Sermones escogidos.*
5. SANTA CATALINA DE SIENA: *El Diálogo.*
6. FRAY LUIS DE GRANADA: *Vida de Jesucristo.*
7. SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI: *Los cuarenta días.*
8. SAN BERNARDO: *Sermones de Navidad.*
9. SAN GREGORIO MAGNO: *Las parábolas del Evangelio.*
10. BEATO JUAN DE AVILA: *Audi, filia.*
11. MIGUEL DE SAN AGUSTÍN Y MARÍA DE SANTA TERESA: *La vida de unión con María.*

12. SAN BERNARDO: *La Virgen Madre.*
13. SAN GREGORIO MAGNO: *Homilias sobre los Evangelios.*
14. GARCÍA JIMÉNEZ DE CISNEROS: *Ejercitatorio de la vida espiritual.*
15. JUAN CASIANO: *Instituciones.*
16. BEATO JUAN DE AVILA: *Sermones del Espiritu Santo.*
17. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO: *Práctica del amor a Jesucristo.*
18. SAN PEDRO DE ALCÁNTARA: *Tratado de la oración y meditación.*
- 19-20. JUAN CASIANO: *Colaciones.* (Dos volúmenes.)
21. FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Conquista del reino de Dios.*
22. JOHN HENRY CARDENAL NEWMANN: *Sermones católicos.*
23. VENERABLE JUAN DE PALAFOX: *El Pastor de Nochebuena.*
24. GIOACHINO PECCI (después S. S. LEÓN XIII): *La práctica de la humildad.*
25. FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios.*
26. CARDENAL BONA: *Sobre la misa.*
27. SAN JUAN DE LA CRUZ: *Subida al Monte Carmelo.*
28. SANTOS PADRES: *Homilias pascuales.*
29. FRAY JUAN FALCONI: *Cartillas para la oración.*

FRAY JUAN FALCONI

R-101'07

**CARTILLAS
PARA LA ORACION**



EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID, 1961

© 1961 by EDICIONES RIALP, S. A.
Preciados, 44 - Madrid

Depósito legal: M. 11001-61.-N.º de registro: 2054-61

GRÁFICAS VOLUNTAS, S. L.-Muñoz Torrero, 6, Madrid

FRAY JUAN FALCONI ¹

A sesenta kilómetros de la ciudad de Almería se encuentra el pueblo de Fiñana, en las faldas de una cordillera. Aires de Alpujarra, efervescencia de moriscos. Año 1596. Precisamente el día 7 de abril, en la iglesia parroquial, se bautiza al recién nacido Juan Falconi de Bustaman-

¹ Sobre este asceta español, sobre sus escritos, proyección apostólica, proceso de beatificación, etc., hemos hecho, poco ha, un estudio, que ha sido publicado por la Universidad de Madrid y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se trata de *Fray Juan Falconi de Bustamante, teólogo y asceta*, Madrid, 1956.

te. Su padre, llamado también Juan Falconi, es el alcalde de la villa; la madre: María de Bustamante.

Los Falconi, descendientes de la familia real francesa, por línea bastarda, ejercieron puestos de altura, preferentemente en la administración de justicia. Los Bustamante traían su raigambre de tierras guadalajareñas, familias hidalgas y cristianos viejos.

Con la dulce carga de tres tardíos hijos—Juan, el primogénito; María e Isabel—, el matrimonio Falconi-Bustamante se encuentra en Madrid poco antes de 1611. Fecha en que Juan Falconi de Bustamante viste la librea de la Merced. Convento Grande de los Remedios. Lope de Vega, Tirso, Remón, Salmerón.

Los estudios de Artes irá a cursarlos a Burceña (Vizcaya), haciendo después brillantes oposiciones a colegial de la Veracruz, de Salamanca. El alma máter salmantina le recibe en sus gloriosas aulas teológicas durante los cursos 1615-1619, según rezan lacómicamente los libros de matrículas. Exitos, destellos fulgurantes. Ordenado sacerdote, ocupa famosas cátedras en la Orden Mercedaria, que desempeña con la máxima preparación cien-

tifica. Brillan la claridad, la concisión y profundidad del sabio lector, muy pronto ya presentado. Se convierte, con velocidad de vértigo, en astro luminoso, cuando la Provincia de Castilla estaba cuajada de primerísimas figuras intelectuales. Y lo que es más: el joven catedrático de Teología y Artes es un consumado dechado de las más auténticas virtudes. Sacrificado, dulce, observante, comprensivo. Rara aleación de santidad científica, humana, heroica.

No sé por qué razones, cerca de las cimas del magisterio, Falconi renuncia a la mejor cátedra, que venía desempeñando: la cátedra de Alcalá de Henares. Y es entonces cuando los superiores destinan al culto, al apostolado de la confesión, a un individuo de maravillosas promesas científicas que, en solo seis o siete años de consagración al estudio, había dado extraordinarios frutos. Quizá, de no haber cortado en flor esta marcha ascensional, Falconi hubiera superado los vuelos de Francisco Zumel y de otras excelsas figuras de la Teología española, porque estaba dotado de un talento natural excepcional.

Lanzado al apostolado, Falconi—que no sabía hacer ninguna cosa a medias—se embarca con

todo el bagaje—físico, intelectual, espiritual—en tamaña empresa. Siempre en Madrid. Más de diez años de faena apostólica. Abarcando su acción benéfica desde los Reyes de España—pasando por la nobleza, conventos de religiosas—hasta la más humilde gente del pueblo.

Dirección espiritual, confesionario, conferencias. Métodos nuevos, briosos, que la misma Iglesia adoptará más tarde, basándose precisamente en la autoridad y sólidos argumentos de Falconi: comunión y meditación diarias, etc. Acontecimiento espiritual sorprendente, eficaz—realizado con heroísmo silencioso, al estilo de los santos—que ha hecho vibrar, estremecer toda la Villa y Corte en sus años de capital del Imperio. El Proceso de Beatificación de este Venerable, que guardamos los mercedarios cual tesoro y reliquia, habla con elocuencia; en él declaran la nobleza y el pueblo. Lo mismo pregona la historia de la espiritualidad mercedaria, en donde, a excepción de San Pedro Nolasco, nadie produjo una corriente espiritual tan bienhechora. Logró, además, que la recolección reformista se hiciera entre los calzados sin precisar del aparato externo.

Y muere en la brecha, mártir de las almas.

Madrid, 1638. A los cuarenta y dos años de edad.

En el terreno científico, además de sus lecciones de cátedra, nos legó Falconi varios escritos de auténtico valor, que han tenido muchas ediciones en distintas lenguas. Con el conjunto de sus obras podemos hacer tres grupos, atendiendo a la cronología y al asunto:

A) OBRAS TEOLOGICAS

Tratado de las misericordias.

Vida de Dios.

Pan nuestro de cada día.

Mementos de la misa.

B) OBRAS ASCETICAS

Cartilla primera para saber leer en Cristo.

Cartilla segunda para saber leer en Cristo.

Camino Derecho para el cielo.

C) EPISTOLARIO

Carta a una hija espiritual.

Carta a un religioso.

Otras varias cartas, más cortas

La división no puede ser del todo exacta, ya que las obras teológicas llevan también marcado

sello ascético. En la fase teológica compuso las teológicas (nos referimos a sus años de catedrático); en la fase apostólica (últimos años de su vida), las ascéticas. Y el Epistolario es todo él de temática ascético-teológica.

Cada una de estas obras merece un estudio especial. Siendo un dato lamentable que autores temidos por graves, hayan juzgado los escritos de Falconi sin conocerlos. Hasta ahora se ha carecido—por ignorarse la sistemática falconiana, imposible de saberla desconociendo la totalidad de sus obras, los originales de éstas, circunstancias personales e históricas, etc.—de los elementos necesarios y precisos para emitir un juicio exacto sobre la doctrina del mercedario. Por eso—y por otras razones más—la inclusión en el Índice de libros prohibidos de cierta edición italiana de pequeños escritos de Falconi, obedeció exclusivamente a razones extrínsecas a las obras y ajenas al autor.

Las obras de marcado matiz ascético forman, todas ellas, una serie de arcos concéntricos, de menor a mayor; ampliándose, completándose cada vez más. Empieza por Carta a una hija espiritual—célula embrionaria, ininteligible por sí sola—;

sigue por Carta a un religioso, Cartilla primera, Cartilla segunda. Para concluir en Camino Derecho para el cielo.

De Camino Derecho hemos hecho una edición crítica. Es el tomo III de Espirituales españoles (Barcelona, 1960). Ahora hacemos lo mismo con las dos Cartillas. Las dos obras falconianas que más ediciones han tenido.

ELÍAS GÓMEZ, O. DE M.
Doctor en Teología

INTRODUCCION A LA «CARTILLA PRIMERA»

I. EL TÍTULO

Desconocemos el manuscrito de esta obrita, cuyo título, en sus muchas ediciones, sufrirá ligeras modificaciones ¹.

¿Por qué el nombre de *Cartilla*? Falconi es hombre de visión rápida y práctica. Por eso gustará mucho de las *summas* en su bibliografía. Por eso también, buscará el título de *Cartilla* para

¹ La edición de Barcelona, 1637, cuyo texto reproducimos en nuestra impresión, tiene este título: *Cartilla para saber leer en Cristo, libro de vida eterna, y para que los principiantes aprendan fácil y brevemente a tener oración. Sacada de lo que los santos enseñan en esta materia.* Otras ediciones suelen añadir a este título: *Contiene tres partes.* Y, por supuesto, al salir a luz la *Cartilla segunda*, habrá que añadir a la otra: *Primera.*

dos de sus escritos. En cuanto que *Cartilla* significa un tratadito corto, compendioso y útil para la práctica y para la iniciación en materias de oración: «como el que toma una cartilla para aprender a leer»². Parecidos y semejantes títulos no son infrecuentes entre los escritores espirituales españoles. Recuérdese, sobre la marcha, los *Abecedarios*, del P. Osuna, y *Cartilla de oración*, del P. Bernardo de Lassarte.

Para personas de mediana cultura, y para los novicios de la piedad, estos trataditos, cortos, sencillos, claros, eran eminentemente útiles. Más que altas disquisiciones teológicas. Y Falconi era experto conocedor de almas, cuyo provecho espiritual—sobre todas las demás cosas—buscaba. Hombre de letras, el mercedario abrigó alguna vez pensamiento de escribir libros voluminosos de vuelos científicos. Pero la extraña aparición de una persona desconocida que entra en la celda del venerable, cuando éste se hallaba embargado en aquellos ambiciosos planes, y que le deja en su mesa de estudio una *cartilla* «de las que llevan los niños a la escuela», influirá decisivamente³. Sus obras ascéticas, a excepción del *Camino*

² *Camino Derecho*, lib. 3, cap. xxx. En el cap. 1, de la primera parte de esta *Cartilla primera* explícase muy bien la razón del título de *Cartilla*.

³ Rojas, *Candelero del templo*, Madrid, 1674, páginas 63-64; Colombo, *Vida del V. P. Presentado Fr. Juan Falconi*, Barcelona, 1676, págs. 128-129.

Derecho, serán sencillas *Cartillas* (primera y segunda), desnudas de todo engolamiento científico.

Cuando se traduzcan al italiano y al francés, las *Cartillas* serán: *Alfabeto*, *Alphabet*.

II. TIEMPO DE SU COMPOSICIÓN

La *Cartilla primera*, como la *segunda*, debió escribirse en Madrid, en los primeros años del apostolado de Falconi. Dedicado de lleno a la dirección de almas, algunas personas piadosas —deseosas de saber a qué atenerse en materia de oración, y saberlo del prestigioso y recientemente llegado catedrático de Alcalá—le instaron a que les diese un resumen sobre la importancia de la oración, cuya práctica tanto inculcaba Falconi. Para satisfacer esa necesidad y las peticiones formuladas, escribió este epítome titulado *Cartilla*. Tal vez sin pensar en la publicación.

La hermana del venerable, sor Isabel de Jesús, nos asegura que «administraba el sacramento de la Penitencia y *daba documentos* para el ejercicio de la oración»⁴. Si *documentos* puede interpretarse como escritos cortos, la *Cartilla primera* podía ser uno de ellos.

Probablemente se habrá escrito antes de julio

⁴ Declaraciones en el *Proceso de Beatificación* de Falconi, núm. 45.

de 1628, fecha en que se escribe la *Carta a una hija espiritual*; en ésta afirma Falconi que está componiendo un librito que versa sobre la misma materia de la *Carta*. Sin duda alguna que ese librito es la *Cartilla segunda*. Ahora bien, la *Cartilla primera* fué escrita antes que la *segunda*, según testimonio del propio autor: «Esta *Cartilla* (la primera) habla con los que pueden meditar y se aplican a eso, que para los que no pueden meditar *haremos después otra*»⁵.

III. LA «CARTILLA» Y ANTONIO DE MOLINA

Esta *Cartilla* es la primera obra que escribe el místico de Fiñana, después de emprender la carrera apostólica. Nacida a ruegos de personas piadosas, que recababan del fervoroso catedrático unas sencillas notas sobre la oración

Para complacer debidamente a tan piadosas instancias, a Falconi le pareció lo más práctico y eficaz hacer un resumen de las *Alabanzas de la oración*, de fray Antonio de Molina, el cartujano. Y eso es la *Cartilla primera*: un extracto del cartujano, especialmente la *primera parte*.

⁵ *Cartilla primera*, parte tercera, cap. XII; en el *Al piadoso lector* (edic. de Barcelona, 1637), Falconi dice lo mismo. Rojas (*Candelero*, págs. 63-64) dice que la escribió «algunos años» antes que la *segunda*. ¿Sería hacia el año 1626?

Harto conocida es la figura de Antonio de Molina, nacido en Villanueva de los Infantes, en 1550. Después de haber cursado en la Universidad de Salamanca y vestido el hábito de San Agustín, ingresa como religioso cartujo en Miraflores. Y como cartujo lleva una vida ejemplar, desde 1589 hasta 1617 (¿o 1619?), fecha en que muere. Figura dignamente al lado de Santa Teresa, de Santo Tomás de Villanueva, etc., como uno de los hijos de la espiritualidad española. Se le consultaba de todas partes y en todas las materias. Teólogo místico profundo. Sus principales obras son *Instrucción de sacerdotes*, *Ejercicios espirituales de las excelencias... de la oración*, impreso en Burgos (1615), en Zaragoza (1616), etc. Sobre la *Instrucción de sacerdotes* dice Rosanas ⁶: «Todos los que escribieron sobre el sacerdocio en el siglo XVIII y después se inspiraron en él, y encontraron en su libro abundantes citas de escritura y de los doctores sobre el sacerdocio» ⁷.

A este buen teólogo místico español es a quien resume Falconi. Hemos confrontado la *Cartilla primera* con la obra del cartujano. Usé la edición

⁶ *Historia de la ascética y mística cristianas*, Buenos Aires, 1948, págs. 421-422.

⁷ Véase también Nicolás Antonio, *Biblioteca Hispana Nova*, Madrid, 1783, tomo I, pág. 145: *Dictionnaire de theologie catholique*, volumen X (segunda parte), cols. 2.088-89.

de *Ejercicios espirituales de las excelencias, provecho y necesidad de la oración mental, reducidos a doctrina y meditaciones*, hecha en Madrid, por don Gabriel del Barrio, año 1725. He podido comprobar mi aserción leyendo atentamente la *introducción, en que se trata de la excelencia, provecho y necesidad de la oración, y se amonesta generalmente a todos a que la ejerciten*. Hallé que, a excepción de los capítulos I y IX y la última parte del VIII, la *primera parte* de la obra falconiana resume la *introducción* de Antonio de Molina, con el mismo orden de materias y copiando el mercedario literalmente del cartujo los capítulos VII y VIII. La idea de que Cristo es libro en donde está escrita nuestra vida eterna, y que los fieles son niños que deben leer en Cristo (deletrear, meditación; leer sueltamente, meditación) no aparece en este escrito de Molina.

Por lo que atañe a la *segunda y tercera parte* de la *Cartilla primera*, se sigue notando la influencia de Molina, pero Falconi escribe ya con más soltura e independencia, sin ceñirse al resumen. Por ejemplo, en los capítulos XI y XII de la *tercera parte* de la *Cartilla primera*, que tratan de la perseverancia en la oración, se recuerda al cartujano⁸. Ambos llaman a la perseverancia llave «del aprovechamiento». Compárense tam-

⁸ *Tratado primero de la doctrina de la oración*, páginas 21-22.

bién los capítulos III, V y IX, de la misma *tercera parte*, con el capítulo VI del tratado I de Molina.

El místico mercedario cita noblemente a Antonio de Molina en el *Indice de los autores y lugares de donde se sacaron las autoridades que van citadas en esta Cartilla*, que figuran al final de la *Cartilla primera*. También cita a autores a los cuales Molina no cita. No se trata, por consiguiente, de un resumen servil ni de una usurpación. Se trata exclusivamente de un resumen bien hecho y confesado por el mismo autor. ¡Y no está exento de dificultades el arte del bien resumir!

Esto en cuanto a la *primera parte*. En cuanto a las otras dos partes, tan sólo se siente la suave influencias de ideas, por otra parte bastante comunes entre los autores espirituales.

IV. CONTENIDO DOCTRINAL

Falconi tuvo que librar duras batallas en defensa de la oración mental: «Calumniábanle en los púlpitos que ponía en oración mental a todo género de gentes que se venían a confesar con él, aunque fuesen mozas de cántaro»⁹. No sólo

⁹ Declaraciones del P. Valderas, en el *Proceso de beatificación de Falconi*, núms. 16-18; Rojas, op. cit., págs. 172-173. Véanse también los núms. 20-21 de todas las demás *declaraciones* del dicho *Proceso*.

fué apóstol de la comunión diaria, sino también de la oración.

Y no sólo defiende esa doctrina practicándola en las almas. También la lleva a sus libros. Entre ellos, el primero es esta *Cartilla*.

El asunto de la *Cartilla primera* es «enseñar a conocer las letras y a deletrear en este soberano libro de Cristo», «juntar partes», «ir rumiando los misterios, confiriéndolos entre sí y meditando los uno a uno, que es como deletrear»¹⁰. Es decir, el objeto es enseñar cuán difícil es «leer en Cristo y meditar sus misterios»¹¹, porque «esta *Cartilla* habla con los que pueden meditar y se aplican a eso»¹². Solamente tratan sobre la meditación; pues «que para los que no pueden meditar haremos después otra»¹³. Algún capítulo dedicará a la oración vocal, enseñando a hacerla con provecho¹⁴.

La doctrina que se expone, tanto sobre la meditación como sobre la oración vocal, es exactamente la misma que expone Antonio de Molina, la sana doctrina meditacionista que se tiene ordinariamente por la Iglesia católica, basada en los Santos Padres y defendida por los teólogos.

La *parte primera* versa sobre la necesidad de

¹⁰ Cap. I, parte primera.

¹¹ *Ibíd.*

¹² Cap. XII, parte tercera.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ Cap. I, parte tercera.

la oración «in genere». Después de decir que la oración viene a ser como una especie de leer los cristianos (que son cual niños de escuela) en el libro que es Cristo (donde están encerrados los tesoros de Dios), y que por ello compone la *Cartilla*, con objeto de que sepan la obligación y método de leer en ese libro ¹⁵, pasa a demostrar la necesidad de la oración, por el «medio por donde se alcanzan todas las virtudes», «según común y ordinariamente pasa, que no por eso se quita que dé Dios su gracia a quien quisiere y como quisiere» ¹⁶. Según esto y según el mandato evangélico: «Velad y orad...», y la natural obligación de conocer y amar a nuestro Criador y Redentor, va probando que la oración es para toda clase de personas ¹⁷, pero más estrechamente para religiosos y prelados ¹⁸. El capítulo IX debiera incluirse en la *segunda parte*, que es meramente práctica. Trata del modo como se ha de hacer oración. «Práctica breve del modo que se ha de deletrear y considerar en Cristo, en la cual está resumido en sustancia en lo que consiste tener oración de meditación ¹⁹. Actos que se deben hacer antes de comenzar la meditación, cómo se ha de meditar y consecuencias prácticas.» «La

¹⁵ Cap. XIV.

¹⁶ Cap. II.

¹⁷ Cap. III-VI.

¹⁸ Cap. VII-VIII.

¹⁹ Cap. I-III.

meditación del entendimiento es medio para mover la voluntad a los afectos dichos (aborrecimiento de los pecados y amor de Dios), que son los que se pretenden sacar, y así tanto se ha de meditar cuanto basta a mover la voluntad a ellos, y en habiendo alguno que la mueva, estarse en él, dure lo que durare, que a esto se va, y si no se hace así, será engullir consideraciones, que es como quien come y come y no digiere nada, que no le entra en provecho»²⁰.

Se armonizan maravillosamente, como se ve, la parte intelectual y afectiva en la meditación; y a la vez, es todo lo práctica posible y encaminada a la vida práctica. Se recomienda también como conveniente el «entreverar» en estas consideraciones, de cuando en cuando, alguna que otra razón devota, jaculatoria, y entretenerse en ellas un rato, «como pastillas de boca»²¹.

Concluye con la *tercera parte* dando unas «advertencias para tener oración con gran facilidad y provecho». La primera advertencia es sobre la manera de hacer la oración vocal²², que ha de ser «muy despacio», «muy poco a poco», considerando «cada palabra que se reza», porque se agradará más a Dios y a los santos rezando

²⁰ Cap. III. Esto mismo repetirá en *Camino Derecho*, lib. I, cap. II.

²¹ Cap. II.

²² Cap. I.

poco y bien, que mucho y mal; y aunque se deja la mitad de las cosas por rezar a veces por hacer bien rezada la otra parte con tal «que no sea obligación de voto o precepto u hora canónica», que lo demás es «rezar de ciegos». Las otras advertencias se refieren a cómo, cuando no haya tiempo especial para ello, en las mismas ocupaciones se puede hacer algo de oración²³ y que la devoción no consiste en los gustos sensibles, sino «en una voluntad pronta para servir a Dios y huir de todo pecado..., ora sea esto con fervor sensible, ora no»²⁴, que después del rato de meditación se debe procurar andar en presencia de Dios durante el día, «y así a ratos andar todas las horas del día hablando interiormente con Dios, o con la boca o con el corazón sólo, como quien trae pastillas de boca en ella, que de cuando en cuando, en acabándose una, toman otra; así en habiendo dicho una jaculatoria, y pasado un ratico, decir otra, y de allí a poco otra, que esto es una cosa facilísima y de gran consuelo y alivio para las penalidades de esta vida...»²⁵, que la consideración puede versar sobre uno cualquiera o varios misterios de Cristo²⁶, siendo las consideraciones de estos misterios bien empleadas, óptima preparación y ayuda para oír

²³ Cap. II.

²⁴ Cap. III-V.

²⁵ Cap. VI.

²⁶ Cap. VII.

bien la santa misa, prepararse para comulgar y dar gracias ²⁷. Las últimas dos advertencias son interesantes y muy prácticas: Que no nos hemos de contentar con considerar los misterios y virtudes de Cristo, sino pasar a su práctica ²⁸; y que la falta de devoción sensible y la batalla de pensamientos no hacen mala la oración ²⁹, «...porque no por eso dejas de estar agradando a Dios, con tal que los pensamientos no los quieras de propósito, ni estés advertidamente pensando en ellos...», siendo importantísimo no desanimarse y perseverar. Y entre las tácticas contra los malos pensamientos, a nuestro místico le gusta más la táctica del desprecio. Y quizá sea la más eficaz para rechazarlos.

El estilo no deja de ser elegante en medio de la concisión que se requería para «resumir en sustancia cómo se haya de tener (la oración), dando unos breves y claros principios a los nuevos, para quitarles este miedo que la tienen, que para algunos es mentarles la oración como a los muchachos el coco» ³⁰.

Sin duda el capítulo más hermoso de toda la *Cartilla primera* sea el IX, de la *tercera parte*. Hablando sobre cómo no debemos contentarnos con meditar las virtudes de Jesucristo, sino tam-

²⁷ Cap. VIII.

²⁸ Cap. IX.

²⁹ Cap. X-XII.

³⁰ Cap. III, parte primera.

bién tratar de imitarlas, tiene trozos tan magníficos y tan actuales como este:

«Ni te has de contentar con haber considerado su desnudez y pobreza con que vivió y murió en un palo, sin tener donde reclinar la cabeza, sino procurar imitarla, contentándote con lo preciso para vestir y comer mientras vivas en esta miserable vida, y por lo menos quitar mil gastos excusados y sustento sobrado, y muchas alhajas y bienes que no sirven más que de adornar paredes, hermohear el peso y embarazar aposentos, teniendo el dinero detenido, parado o embelesado, como su dueño, con lo cual si se redujese a dinero se podrían vestir y sustentar millares de pobres hospitales, que se andan muriendo de hambre y desnudez.»

Concluye la *Cartilla primera*, exponiendo en bosquejo la doctrina que ampliamente desarrollará en la *Cartilla segunda*.

V. PRIMERA EDICIÓN Y TRADUCCIÓN ITALIANA

Aún es un misterio para el que esto escribe el saber cuándo se hizo la primera impresión de esta obra de Falconi. Sabemos seguro que tiene que haber una impresión, al menos, antes del año 1637, porque en este año se hizo otra en Barcelona—que es la que nosotros reproducimos—y en la cual el doctor Monserrat Malloles,

en su Aprobación, dice que la *Cartilla* «hasta ahora iba suelta». Es decir, impresa sin el *Libro de la vida*, del P. Nieremberg, con el cual se imprime en 1637 en Barcelona.

¿Se ha impreso entonces, el año 1635 o el año 1636? Muy posiblemente, pero aún no he podido ver ejemplar alguno. Sobre las ediciones que ha tenido posteriormente en castellano, en italiano y en francés, véase nuestra citada monografía, segunda parte, capítulo I, sobre Falconi. Por donde se comprende lo muchísimo que se ha difundido este «librito de oro», según lo llama Franco Fernández³¹. Se difunde en España, donde Franco Fernández³² asegura que hizo muchísimo bien a las almas, y en donde la reina Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, la llevaba siempre en su manga y se dirigía por ella³³, y se difunde mucho en Italia y en Francia.

Las ediciones italianas no han sido fieles del todo en traducir y trasladar el texto.

La edición española de Madrid, año de 1780, añade algunos párrafitos explicativos al texto, que no cambian en nada el sentido. Quizá sea obra del P. M. Fr. Pedro Menéndez, que debió de ser el que preparó la edición, cuya impresión hace don Pedro Marín.

³¹ *Vida de la Venerable sierva de Dios, María de Jesús*, Madrid, 1675, vol. II, págs. 350-354.

³² *Ibíd.*

³³ *Vida anónima*, cap. X, tratado I.

De esta *Cartilla primera* hablan muchos testigos en el *Proceso de Beatificación* de Falconi³⁴; y el procurador del proceso la presenta como impresa al juez³⁵, y todos los biógrafos tienen párrafos laudatorios para esta obra falconiana.

VI. NUESTRA EDICIÓN.—LA DE BARCELONA, AÑO 1637.

En nuestra publicada monografía sobre Falconi aparecen las ediciones y traducciones que tuvo esta *Cartilla primera*³⁶.

Dada la imposibilidad de hacernos con el original, ni siquiera con un ejemplar de la primera edición de la *Cartilla primera*, reproducimos la hecha en Barcelona el año 1637. Cuya portada principal reza así: *Cartilla/para saber/leer en Christo/. Libro de vida eterna, y para que/los principiantes aprendan/fácil y brevemente a/te-ner oración/. Sacada de lo que los/Santos enseñan en esta materia, por el/Presentado fray Juan*

³⁴ Sor Isabel Falconi, *Declaraciones*, núm. 18; P. Gómez, *Declaraciones*, núm. 20; Valderas, *Declaraciones*, núm. 17, etc.

³⁵ Folio 317.

³⁶ *Fr. Juan Falconi de Bustamante, teólogo y asceta*, Madrid, 1956, págs. 158 y sigs., publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Universidad de Madrid.

Falconi, del Orden/de Nuestra Señora de la Merced/, Redención de Cautivos/. Dedicada a Christo/nuestro Redentor: por mano de/su Madre la Virgen/Santísima. Con licencia: impresa en Barcelona, en casa de Gabriel Nogués/, año 1637/. Véndese en casa de Juan Sapera a la/ librería. Y a su costa/.

De esta edición se conserva un ejemplar en la Universidad de Barcelona. Nosotros poseemos una fotocopia de ella. Lleva varias *Aprobaciones*, todas las cuales incluimos a continuación. Por la del doctor Monserrat Malloles sé claramente que existía otra edición. al menos, anterior de la *Cartilla*, para la cual fueron hechas, sin duda, las demás *Aprobaciones* que siguen. La *Aprobación* del doctor Monserrat afirma que la *Cartilla* «hasta ahora iba suelta», es la única que hace referencia al *Libro de la vida: Jesús Crucificado*, del P. Nieremberg, incluido en esta edición de la *Cartilla*; y además está firmada en Barcelona, año 1637, cuando las otras *Aprobaciones* se firman en Madrid, año 1635. Año y sitio en donde, probablemente, apareció por primera vez la *Cartilla*.

He aquí la transcripción literal de todas las *Aprobaciones*:

APROBACION del doctor Monserrat Malloles,
canónigo de la santa iglesia colegiata de
San Pedro de Ager

El saber a Cristo crucificado—dijo San Bernardo—era su más alta filosofía, la cual estimó tanto San Pablo, que, a comparación de ella, lo demás que sabía, con ser tanto, le parecía nada, y a la verdad no era mucho lo hiciese; porque en este saber, como dijo el mismo Cristo por San Juan, consiste la vida eterna, y por eso en figura de libro, que es el instrumento del saber, nos le representó Dios por el evangelista San Juan en su *Apocalipsis*, para que estudiásemos en él siempre. Abrióse este libro en el facistol de la cruz, para que delectásemos mejor las cinco vocales de sus cinco llagas con las demás consonantes de las demás de su sagrado cuerpo, en que están encerrados y escondidos infinitos misterios y soberanos sacramentos, con cuya inteligencia se alcanza la filosofía tan alta y sabiduría tan profunda de que se gloriaban San Bernardo y San Pablo. De este soberano libro nos dió un trasunto el P. Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, y el P. Fray Juan Falconi, del Orden de Nuestra Señora de la Merced, nos la hizo en la *Cartilla* para saber leer en él con provecho, y uno y otro he leído yo con grandísimo gusto por comisión del muy ilustre señor don Ramón de Santmerat, arcediano mayor y canónigo de la santa iglesia catedral de Barcelona, oficial y vicario general de su obispado; y digo que hace muy bien el impresor de juntar la *Cartilla*, que

hasta ahora iba suelta ³⁷, con el *Libro*, para que vaya todo junto, pues uno y otro es sin sospecha alguna de cosa contra nuestra santa fe, ni de buenas costumbres; y para que, entrando por la *Cartilla* salgamos todos grandes letrados en la sabiduría del *Libro de la vida*, que en este cuerpo, aunque pequeño, con singular estilo, rara erudición y espiritual dulzura, se trata, y así juzgo que para gloria de Dios y provecho de las almas conviene se le dé licencia para que se imprima en esta ciudad de Barcelona, a 4 de diciembre de 1636.

El doctor Monserrat Malloles.

Dia 9 diciembre de 1636. Imprimatur.
Santmenat Vic. Gen. Offie.
Don Michael Sala Regens.

APROBACION del padre maestro fray Jerónimo de Valderas, defimidor de la provincia de Castilla

Por mandato de V. Paternidad muy reverenda, he visto un libro del padre presentado fray Juan

³⁷ Claramente se alude a otra edición de la *Cartilla* en que se incluía solamente la *Cartilla*, por consiguiente, anterior a 1636, año en que firma esta *Aprobación* el doctor Monserrat. Al menos, anterior a diciembre de 1636, para ser más exacto.

La obra del P. Nieremberg que en esta edición, Barcelona, 1637, se publica juntamente con la *Cartilla*, es: *Libro de la vida: Jesús Crucificado*.

Falconi, intitulado *Cartilla para saber leer en Cristo*, y hallo que contiene sana y católica doctrina, y que no se aparta de cosa alguna de la verdad infalible de nuestra santa fe, antes bien es conforme a las buenas costumbres y reglas de buen espíritu que dan los santos y doctores místicos, y a mi parecer es de grandísimo provecho para todo género de almas, y particularmente para las que están en el estado y edad imperfecta de los principiantes en la vida del espíritu. En este convento de Madrid, a 10 de octubre de 1635.

Menor súbdito de V. P. muy reverenda,

Fray Gerónimo de Valderas.

APROBACION del padre maestro fray Domingo Daza, del Orden de Santo Domingo, calificador de la Suprema Inquisición y predicador de Su Majestad

Por comisión del ordinario he visto esta *Cartilla para saber leer en Cristo*, del padre presentado fray Juan Falconi, de la Sagrada Religión de Nuestra Señora de las Mercedes y Redención de Cautivos, no tiene cosa que contradiga a la fe o buenas costumbres, antes doctrina católica y provechosa, dispuesta en estilo llano y sencillo, cual conviene al nombre de *Cartilla*. Merece su autor la licencia que pide, y muchas

gracias por disponerse a enseñar al mundo estos fáciles principios, tan importantes como olvidados. En Santo Tomás de Madrid, a 24 de octubre de 1635 años.

Fray Domingo Daza.

Licencia del vicario.

Dió licencia el señor vicario al padre presentado Falconi para poder imprimir este libro en 29 de octubre de 1635 años.

APROBACION DEL padre maestro fray Luis de Cabrera, del Orden de San Agustín y calificador de la Suprema Inquisición

Por mandado de los señores del Consejo he visto esta *Cartilla* cuyo autor es el padre presentado fray Juan Falconi, del Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos. Toda su doctrina es sana y católica, y aunque la obra no promete más que enseñar e instruir principiantes en las primeras letras de la vida espiritual, a todos, aunque muy aprovechados en ella, alumbrará mucho. Y en este pequeño tratado muestra el autor cuán adelante está en ella. y sus letras y caudal en lo que dice, y en el modo y claridad con que lo enseña. Y así me prometo que el fruto ha de ser grande, aficionándose muchos a esta manera de vida. Por todo lo cual será muy del servicio de Nuestro Señor que salga

a luz. En San Felipe de Madrid, en 12 de noviembre de 1635 años.

Fray Luis de Cabrera.

Aparecen también en esta edición de Barcelona, año 1637, dos *dedicatorias* de Falconi: una a Cristo y otra a la Santísima Virgen, con un «al piadoso lector», que no suele reproducirse en ediciones posteriores. Las copiamos íntegramente a continuación:

A CRISTO NUESTRO REDENTOR, MAESTRO Y LUZ DE LAS ALMAS, POR MANG DE SU MADRE LA VIRGEN SANTÍSIMA, MADRE TAMBIÉN Y SEÑORA NUESTRA

Esta *Cartilla* dedico a Vuestra Majestad soberana, para los niños evangélicos que quisieren empezar a aprender en vuestra escuela (dichosos ellos) la enseñanza y doctrina del camino del cielo. Y, pues, sois *luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo*³⁸: suplícoos humildemente, postrado a esos pies de Padre, que el amor que os inclina a *querer* (cuanto es de vuestra parte) *que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*³⁹ y la clemencia que os venció a *llevar en vuestros hom-*

³⁸ *Io.*, I, 9.

³⁹ *I Tim.*, I, 15.

*bros sus pecados, padeciendo cruel muerte, para librarlos de la eterna*⁴⁰, ésa os obligue a enseñarles a todos vuestra soberana doctrina, para que amándoos, con todas sus fuerzas en esta vida, os gocen con todas ellas en la eterna.

Aunque indigna y ruin, vuestra criatura redimida.

A MARÍA SANTÍSIMA, MADRE Y ABOGADA DE TODOS

Y Vos, piadosísima Madre, pues sois la medianera, por cuya mano pasa toda la gracia y favor a las almas (que por eso os llaman cuello de la Iglesia: porque así como por el natural pasa todo el sustento del cuerpo, así por vuestra intercesión nos vienen todos los favores y gracias), presentad a vuestro Hijo santísimo este pequeño servicio y alcanzad de El tenga mi petición el despacho que desea para que todo redunde en gloria suya y vuestra y en utilidad de todos los fieles.

Vuestro hijo, aunque malo, fray Juan Falconi.

⁴⁰ *I Petr.*, II, 24.

AL PIADOSO LECTOR ⁴¹

Doctrina es de Cristo, nuestro bien y maestro, que *nadie entrará en cielo si no* es que primero *hecho niño* ⁴² hubiere andado en su escuela (no niño en la edad, sino en la humildad y pureza).

Y en otra parte dice ⁴³ *que dejen los niños que vayan a El porque de los tales es el reino de los cielos*, y en otra ⁴⁴, que su Padre Eterno *revela sus misterios a los niños, escondiéndolos de los grandes y de los sabios*. Pues como haya tanta necesidad de hacerse niño para entrar en esta escuela, he querido hacer esta *Cartilla* para que los que aún no la han cursado tengan en qué aprender a leer, o por lo menos a deletrear la doctrina de este grande maestro Cristo, y si esta *Cartilla* pareciere a propósito sacaré luego otra ⁴⁵, no sólo que enseñe a deletrear, sino a leer sueltamente.

⁴¹ Este *al piadoso lector* ha desaparecido en las ediciones posteriores a esta de Barcelona, 1637. Todas esas ediciones posteriores lo han incluido, aunque no literalmente, en el capítulo primero de la primera parte. Con acierto, pues son las mismas ideas. Pero Falconi no lo hizo así.

⁴² *Mt.*, XVIII, 3.

⁴³ *Mt.*, XIX, 14.

⁴⁴ *Mt.*, XI, 25.

⁴⁵ Efectivamente, más adelante escribió la *Cartilla segunda*.

Antes del texto de la *Cartilla primera* se incluye una «tabla de los capítulos y libros de donde se sacaron las autoridades que van citadas en esta *Cartilla*, que, por no embarazar las márgenes, ni la leyenda, no se pusieron entonces.» Nosotros, en esta nuestra edición de hoy, ya confrontamos las citas todas del autor, en notas, en el sitio correspondiente.

No teniendo, como decíamos arriba, el original de esta obrita de Falconi, parece lo más acertado valernos de la edición barcelonesa del 1637: porque debe ser la fiel reproducción de la primera y porque está hecha en vida del autor.

TEXTO DE LA CARTILLA PRIMERA

PRIMERA PARTE DE ESTA CARTILLA

*Que a todos es necesario el tener oración, y el considerar en Cristo nuestro bien: y que nadie está excusado de ello, de ningún estado, oficio o condición que sea.*¹

CAPITULO I

Que por ser Cristo libro en que está escrita nuestra vida eterna², por eso se enseña aquí el modo cómo se ha de leer en él, por lo menos deletrearle para tener oración

Lenguaje muy usado es en la Escritura Sagrada³ llamar a Cristo nuestro bien, libro en

¹ Las ediciones posteriores en vez de: *Que a todos es necesario el tener oración*, ponen: *Que para todos es el tener oración*.

² Las ediciones posteriores introducen aquí esta frase: *y los fieles niños*.

³ *Sagrada*, fué suprimida también en ediciones posteriores.

quien están escritos todos los tesoros de Dios. Así le llamó Isaías ⁴, Daniel ⁵, y el Evangelista San Juan ⁶ le llamó *libro escrito por de dentro, y por de fuera*, y libro de tan importante doctrina, que consiste toda nuestra bienaventuranza en leerle, conocerle y amarle; y así dijo el mismo Evangelista: *Bienaventurado el que lee y oye las palabras de este libro* ⁷, y el mismo Señor dijo ⁸: *la vida eterna consiste en que te conozcan a Ti, Padre Eterno, y a Jesucristo, enviado por Ti*, de donde se sigue, que no será bienaventurado, sino infeliz y desdichado, el que no lo leyere y amare.

Pues como sea tan importante a todo cristiano el saber leer en El, que eso es tener oración, y no lo sepan hacer todos (o por su flojedad, o por tentación del demonio, o por no determinarse a hacerlo pareciéndoles dificultoso

⁴ *Is.*, XXIX, 11-12.

⁵ *Dan.*, XII, 1-4.

⁶ *Apoc.*, v, 1.

⁷ *Apoc.*, I, 3.

⁸ *Io.*, VI, 40; XVII, 3.

o escabroso) he querido reducir la enseñanza de esto a la cosa fácil que hay en el mundo, y más común a todos, que es la *Cartilla*, y por eso he dado ese título a este papel, para que se vea que es fácil leer en Cristo, pensar sus misterios y meditarlos (mediante su gracia) como lo es leer la *Cartilla*, y para que así como la *Cartilla* sirve de enseñar y habilitar a los niños a que conozcan las letras, deletreen y después sepan leer en un libro: así esta *Cartilla* servirá de enseñarles (a los que no lo saben) las letras de este libro Cristo (que son sus misterios), el deletrearlas y meditarlas, para que sepan y puedan leer en este soberano libro, conocerle y amarle, en lo que no hay hartó que hacer. Pues con ser así, que en él no hay más que dos hojas, una de divinidad y otra de humanidad, son tales que hay que leer en ellas para toda la eternidad de Dios.

Y llámolo también *Cartilla*, en que se enseña a deletrear, porque mi intento no es ahora enseñar a leer sueltamente, ni enseñar altos puntos de oración y contemplación, sino sólo enseñar unos primeros rudimentos, y un como deletrear

y juntar partes en este libro Cristo, que bien se ve son dos cosas distintas. Porque así como en el saber leer hay dos cosas: la primera es conocer las letras, juntarlas y deletrearlas, que es lo que enseña la *Cartilla*, y la otra leer ya sueltamente en un libro y entenderle, sin andar deletreando sino con un simple mirarle; así en el saber rezar y orar hay dos cosas. La una es deletrear y juntar partes, y es ir rumiando los misterios, confiriéndolos entre sí y meditándolos uno a uno, que es como deletrear, y la otra es leer ya sueltamente en Dios y en sus misterios, sin deletrear, sino que en poniéndose a querer pensar en Dios, leen sueltamente en El, sin rumiar ni meditar, y con un simple mirarle con la fe, le creen, le contemplan y le aman.

De estas dos cosas, pues, sólo es mi intento tratar de la primera, que es del enseñar a conocer las letras, y a deletrear en este soberano libro Cristo. Y así sólo servirá este papel de una breve *Cartilla*, común y fácil para todo fiel, y una breve instrucción para los que (aun como niños siquiera) no han empezado a tratar de

oración, tengan aquí a mano cómo saber hacerlo, conocer los misterios de Cristo, deletrearlos y meditarlos ⁹.

⁹ Los editores posteriores han hecho un amasijo con *al piadoso lector* y este capítulo primero. No han añadido, ni han excluido, algo que fuera esencial. Pero no respetaron la gracia y originalidad de Falconi.

CAPITULO II

Que la oración es necesaria para todos, y la que más estorba el demonio de cuantas buenas obras hay, porque es el medio por donde se alcanzan todas las virtudes

Hablando de la oración, dice San Nilo¹⁰ (uno de los Padres de la *Biblioteca*) estas palabras: *toda la guerra que hay entre los demonios y nosotros no es sobre otra cosa, sino sobre que no haya oración, porque les es a ellos grandemente contraria y odiosa.*

¹⁰ *De oratione*, cap. XLIX, págs. 79-1.178.

En la edición de 1637, Barcelona, se dice que esta cita se toma del tomo v, *Bibliot.*, c. 47. Se refiere a la *Bibliothecae Patrum et Veterum Auctorium Ecclesiasticorum*, Parissus, 1624.

No quiere decir que toda la guerra sea de tal suerte contra la oración, que no sea también contra todas las demás obras virtuosas, sino porque es con tanta vehemencia el ansia con que procuran estorbar que no traten de oración, que toda su artillería la arma y asesta más principalmente para estorbarla, que para estorbar las demás obras buenas.

Y dice muy bien el santo, que no es otra su guerra *que contra que no haya oración*; porque sabe él muy bien que con estorbar que no la haya, estorba todas las demás obras buenas, pues quita la raíz de todas ellas, la causa y la madre de todas, y así él no ha menester hacer otra guerra a la Iglesia y a los fieles. si no es ésa, por lo cual, ya que él no puede quitar a toda la Iglesia oración, la quita por lo menos a los más fieles que puede.

Para quitar que un manzano no dé fruto, no es el más eficaz medio quitar las manzanas (porque otro año tomarán a nacer si el manzano queda en pie), pero si al manzano le cortan por el pie, ése es el más eficaz medio para que no lleve manzanas. Así el demonio no pusiera él el más eficaz medio para destruir las virtudes,

es estorbarlas una a una; y así como tan astuto, pone el más fuerte medio, que es de estorbar la raíz y la causa de todas, que es la oración.

Así la llaman todos los santos a una voz. San Buenaventura dice¹¹: *con ella se desarraigan todos los vicios, y se plantan todas las virtudes*; y San Bernardo¹²: *no hay cosa que así esfuerce el ánimo contra las tentaciones, ni que así despierte el ánimo a toda buena obra, como la oración*. Y San Juan Climaco¹³: *que es puente para pasar las tentaciones y victoria de las batallas contra el enemigo*. Y San Juan Crisóstomo¹⁴: *no errará el que dijere ser la oración causa de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de las que son necesarias para la verdadera santidad entrará en el alma donde falta el co-*

¹¹ Falconi cita aquí a San Buenaventura como si fuera el autor de *Meditaciones de la vida de Cristo*, obra habida falsamente como de San Buenaventura. La escribió un religioso franciscano y ha tenido mucha difusión. (Véase *Obras de San Buenaventura*, Biblioteca de Autores Cristianos, tomo II, Madrid, 1946, páginas 735 y sigs., y tomo I, Madrid, 1941, págs. 61-62.) Tuvieron muchas ediciones y versiones castellanas.

¹² *De consideratione*, lib. I, cap. VII, P. L. 182, 737.

¹³ *Scala Paradisi*, grad. 28, P. G. 88, 1.130.

¹⁴ *II De precatone*, P. G. 50, 780.

*municar con Dios, que es la oración. Y el Santo Fray Tomás de Villanueva*¹⁵: *como es imposible sin el calor natural, digerir la comida, ni conservar la vida; así es imposible que el cristiano conserve la vida de gracia, ni digerirá las malas inclinaciones y vicios si no es con la oración. Y San Laurencio Justiniano*¹⁶: *atrévome a afirmar que sin la oración no alcanzarás la salud eterna, porque la divina misericordia por este medio se aplica, y obra los efectos, que son causa de la vida eterna.*

Y esto es lenguaje común de todos los santos, que no los refiero, por la brevedad que pretendo. Pero todos convienen en que es la madre de las virtudes, la defensa de ellas y la puerta de todos los bienes del alma; y así muy bien dijo San Nilo, *que el demonio toda su guerra no era otra cosa sino que no hubiese oración,*

¹⁵ No hemos podido comprobar esta cita de Santo Tomás de Villanueva. No la encontramos en el *Tratado de oración*. Tan sólo comprobamos esta misma comparación de las viandas y el estómago, aplicada a la diversidad de lecturas (*De la lección, meditación, oración, contemplación*, cap. I, en *Obras de Santo Tomás de Villanueva*, B. A. C., Madrid, 1952, pág. 517.

¹⁶ *Divi Laurentii Justiniani... opera omnia*, Lugduni, 1628, *De perfectionis gradibus*, cap. XII, pág. 723.

porque quitada ésa, se abre la puerta a todos los vicios, y con ella se conservan todas las virtudes. Por lo cual dijo San Juan Crisóstomo¹⁷: *que el hombre que no trataba de oración, era ciudad, o casa sin puerta, que fácilmente la destruían los enemigos.*

Es la puerta de la casa, la defensa de toda la hacienda; de ello que a no haber puerta todos cuantos quisieren entran en ella, y al primer sueño o descuido lo robarán todo; mas habiendo puerta, y echando una llave, todo está seguro. Así es la oración, es la puerta del alma con que está recogida y cerrada en Dios, y por donde entran las buenas consideraciones y deseos al alma, y con la cual se conservan estos buenos deseos, y se guarda de sus enemigos, y si no hay esta puerta entrarán y no dejarán virtud que no roben; y así dijo muy bien San Juan Crisóstomo, que *el hombre sin oración era casa sin puerta.*

Y por esta gran necesidad que hay de tener oración, concuerdan San Jerónimo y San Agustín en esta sentencia: *que la misma necesidad que el hombre tiene de socorro de Dios, esa*

¹⁷ *Ibíd.*, loc. cit.

*misma tiene de la oración; y de aquí vino a decir San Agustín aquella sentencia tan celebrada*¹⁸: *ninguno alcanza la verdadera salud del alma si no es con la ayuda de Dios; ninguno alcanza esta ayuda de Dios si no lo alcanza con la oración.*

Y con la misma concuerda el Papa Celestino I, diciendo así¹⁹: *pues no hay tiempo ninguno, en el cual no tengamos necesidad de la ayuda de Dios; síguese que en todo tiempo, y en todas las cosas y negocios, habemos de acudir a El con oración.*

Viendo pues el demonio esto, aquí es donde él asesta toda su artillería, en que no haya oración; y así dice muy bien el padre Alonso Rodríguez²⁰: *otras buenas obras sufrelas el demonio, y pasa con ellas el ayuno, cilicio, disciplina, pero un rato de oración no lo puede sufrir;*

¹⁸ Serm. 55, P. L. 39, 849; *Liber meditatorum*, P. L. 40, 940. A San Agustín y San Jerónimo Falconi dice citarlos de Antonio de Molina, el cartujano. Efectivamente.

¹⁹ *Joannis Cassiani opera omnia...*, Lipsiae 1733, *Prospero et Hilario Epistola*, pág. 646, cap. IX. La cita la toma Falconi de Antonio de Molina, como asegura él mismo.

²⁰ *Exercicio de perfección y virtudes cristianas*, Zaragoza, 1625, primera parte, pág. 287.

y de aquí es, que allí se suele sentir más tentaciones que en otros tiempos ²¹.

²¹ Ediciones posteriores, tales como Zaragoza, sin año; Madrid, 1732; Madrid, 1763, y muchas más, añaden los párrafos siguientes a este capítulo. Desconocemos qué razón les movió a ello. Lo que se añade es lo siguiente:

«Pero advierto acerca de lo que los santos han dicho, que la oración es tan necesaria, que hablan de la oración según que es común a la oración puramente mental, y a la vocal con debida atención, y en el sentido que Cristo nos enseñó que era necesario diciendo (*Mt.*, VII, 7; *Lc.*, XI, 9; *Io.*, XVI, 14): *Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y abridos han*, que, a quien no se dispone con alguna oración no quiere Dios darle su gracia.

»Y con razón (—dice el P. Villalobos—se trata del P. Enrique de Villalobos: *Summa de la theologia moral y canónica*, primera parte, Salamanca, 1629, trat. 24, dificultad 4.^a, pág. 603): *No quiere Dios dar su auxilio a cada paso, sino que quiere que se le pida, porque viene de su divina majestad todo el bien, y le demos gracias; y es gran confusión de los cristianos que en otros negocios que se esperan mediante la naturaleza o arte, y sus pretensiones no se dejan, como dicen, a beneficio de la naturaleza, sino que hacen todas las diligencias que pueden; y en negocio tan importantísimo como el de la salvación (en cuya comparación todos los negocios son nada) se duermen, y no lo procuran mediante la oración, como importara. Hasta aquí este autor.*

»Esto se entiende según común y ordinariamente pasa, que no por eso se quita que dé Dios su gracia a quien quisiere y como quisiere.»

CAPITULO III

*Que por qué hace el demonio creer que la oración es dificultosa, y pesada, por eso se hace esta Cartilla para enseñar a tenerla, y que se vea es tan fácil como el A B C*²²

Una de las principales cosas, o la con que más estorba que no haya oración, es con persuadir secretamente en el corazón, que por ser cosa dificultosa el tenerla, que por eso no es para todos, sino allá para los retirados, o religiosos, no comúnmente para todo el pueblo.

Como si todos los hombres no fueran criados para orar, conocer, contemplar y amar a

²² Al título de este capítulo III suelen las demás ediciones encabezarlo así: *Que la oración es para todos.*

su Criador, y como si Cristo no hubiera enseñado a todos generalmente ²³: *velad y orad, porque no entréis en tentación*; como si en el mismo Evangelio no hubiera amonestádonoslo, diciendo otra vez ²⁴: *importa siempre orar, y nunca faltar*; como si San Pablo no hubiera enseñádolo así a todo el pueblo diciendo ²⁵: *recogitad y pensad en El, que por vosotros sufrió contradicción*; esto es, orad y pensad en Jesucristo, que esto es recogitad, pensar, y tornar a pensar que es propio de la oración.

Y como si el conocer a Dios, quién es Dios, que murió por nosotros, que hay infierno, cielo, y que esta vida se ha de acabar, no fuera para todos, y el pensarlo y muy pensarlo, y ojalá bastante para no pecar.

Siendo, pues, esto así, y diciendo los santos todos, cuán importante es la oración, ¿qué locura será la del que se persuadiere que el tener oración no es para él?

Háceseles también dificultoso este negocio a muchos, viendo los grandes volúmenes, libros,

²³ *Mt.*, xxvi, 41.

²⁴ *Lc.*, xviii, 1.

²⁵ *Hebr.*, xii, 3.

reglas y advertencias que en ellos hay para enseñar a tener oración, de los cuales por ser tan grandes no saben los muchos sacar la sustancia de ello, por lo mucho que se embarazan, con la multitud de la enseñanza.

Por lo cual procuraré aquí resumir en sustancia cómo se haya de tener la oración, dando unos breves y claros principios a los nuevos para quitar este miedo que algunos la tienen; que para algunos es mentarles la oración como a los muchachos el coco, según huyen de ello. Que podemos decir que la oración es espanta cobardes, y con esto verán cuán fácil es este negocio, cuán importante y cuán para todos. Pues, según los santos nos enseñan, el tener oración en lo que consiste es en pensar en Dios o en cualquier cosa que nos lleve a Dios, que nos mueva a amarle, a servirle, a huir el pecado, y buscar la virtud; como el pensar en Dios, en Cristo, en su Pasión, en nuestra miseria, en que hay infierno y gloria, gastar algunos ratos en considerar esto, y esto es en suma tener oración, y a esto se reducen todas las demás consideraciones que a la larga hacen los libros.

Miren, pues, si esto es dificultoso, y esto no

es para todos? Sin género de dudas es convenientísimo para los fieles comúnmente. Y así el padre Suárez, docta y piadosamente enseña ²⁶: *que a todos generalmente, sin exceptuar ninguno, se les ha de amonestar e instruir que tengan oración mental.*

²⁶ *Tomus secundus de virtute et Statu Religionis*, Coimbra, 1609, lib. II, cap. IV, núm. 8, pág. 140.

CAPITULO IV

Que tanto tiempo se ha de gastar cada día en considerar los misterios del libro Cristo, y que nadie está excusado de hacerlo

En ²⁷ esta pregunta está bien clara, y se ve la respuesta, pues aun acá los niños van dos veces a la escuela, una a la mañana y otra a la tarde; y así los que han de aprender en esta escuela divina a leer en Cristo, será bien tomen cada día dos horas distintas, una a la mañana y otra a la tarde, o ambas juntas, si es que las ocupaciones del oficio dieren lugar, y si no pu-

²⁷ En las demás ediciones posteriores ponen *a*, en vez de *en*.

dieses una hora, sea media, cada vez, o lo más que pudieres.

Y si no pudieses estar una hora de un golpe, porque te estorban, o hay otras ocupaciones, estála en dos veces, o en tres, o en cuatro, o más veces, que también aprovecha, y abriga el vestido hecho de pedazos diferentes, como el que se hace de una pieza sola.

Y no hay que andar con excusas de no puedo, no tengo lugar, porque a la verdad, todo lo que se quiere se puede, y el que tiene voluntad de hacer una cosa, busca tiempo debajo de la tierra. Y el que tiene un negocio de importancia, que entre día no puede despacharle, en verdad que madruga, y trasnocha, y si no puede de día, se quita del sueño, y procura despacharlo; pues, ¿qué negocio hay que más te importe que el de tu alma?

Y dime tú, ¿no comes cada día dos veces, y comes y cenas para sustento de ese cuerpo, que ha de tomar tierra?²⁸ ¿Pues por qué no comerá y cenará tu alma cada día, y la darás sustento dos veces, orando y pensando en lo que

²⁸ Otras ediciones posteriores ponen: *que se ha de «tornar» tierra.*

te va la vida eterna? *Que más importante es, y mucho más, la oración para conservar la vida del alma en gracia* (dice San Juan Crisóstomo) *que la comida del cuerpo para sustentar el cuerpo* ²⁹.

¿No te lavas las manos, te vistes, y te aseas cada día, y si eres mujer te miras, y remiras al espejo para componer tu rostro y persona? (cosa en que no va a decir nada) ¿Pues por qué no te asearás, lavarás y mirarás en este espejo de Jesucristo, considerando sus virtudes para adornar tu alma? ¿Tienes algún negocio en este mundo, sea de honra, sea de hacienda, sea en que te vaya la vida, que te importe tanto como mirar por tu alma? ¿Pues por qué ha de haber tiempo para las demás cosas y no ha de haber para el negocio de tu alma y salvación?

El día tiene veinticuatro horas, y todas las has de gastar en dormir, comer, cenar, vestir, desnudar, trabajar para ganar de comer, en negociar; finalmente, todo para esta vida temporal. ¿No cercenarás siquiera dos horas de esas

²⁹ Esta cita de San Juan Crisóstomo no aparece en las ediciones posteriores. También está tomada de *II De precatone*, P. G. 50, 780.

veinticuatro, o una para darla a Dios puramente, y a tu alma?

¿En qué te diferencias de un gentil, de un moro que no conoce a Jesucristo, si no obras algo que ellos no obran, si no gastas algún tiempo en emplearte en Jesucristo? Porque ellos también gastan el día en comer, dormir, trabajar, ganar, etc. Y si tú lo gastas en lo mismo, y no más, iguales estáis tú y ellos. Luego será bien dar algún tiempo del día a Jesucristo, si quiera para que vea ese Señor en ti que eres de los suyos. Y si respondieres que te diferencias en que tú crees en Jesucristo y tienes su fe y ellos no, diré lo que Santiago dice a los tales, que los demonios también creen y tiemblan; y si tú no haces más que los demonios, despeado estás en verdad ³⁰.

Y si me dijeres: «También me dice Dios que coma, duerma y trabaje y acuda a mis negocios», respóndote que es verdad eso, pero también te dice ³¹ *que en primer lugar busques el reino del cielo*, y te advierte en su Evangelio, *que te im-*

³⁰ Todo este largo párrafo desde: *en qué te diferencias de un gentil*, hasta: *despeado estás en verdad*, lo suprimieron las ediciones posteriores.

³¹ *Mt.*, vi, 33.

porta la vida eterna, *que siempre ores*³², y te lo repite por sus apóstoles muchas veces y te lo amonesta por boca de todos los santos que hay en la Iglesia, que todos a una voz te enseñan que te va en esto todo tu bien; y que el mismo Señor, al despedirse de esta vida en la oración del Huerto, como última amonestación, no nos encarga otra cosa para librarnos de las tentaciones sino que velemos y oremos: *velad y orad para que no entréis en tentación*³³.

Pues si el mismo Señor que te dice que acudas a comer, y trabajar y a las cosas temporales, te amonesta también por sí y por sus amigos que te importa tanto el velar y orar, y te lo avisa tantas veces, ¿por qué cuidas tanto de aquello en que te va tan poco, y cuidas tan poco de aquesto en que te va tanto? ¿Impórtate acaso la vida del cuerpo y sus menesteres más que la vida eterna?

³² *Lc.*, XVIII, 1.

³³ *Mt.*, XXVI, 41.

CAPITULO V

Que nadie está excusado de deletrear y considerar en Cristo de ningún estado u oficio que sea, aunque más ocupaciones haya en él

Finalmente, nadie se puede excusar de procurar considerar algún tiempo cada día en este libro Jesucristo ³⁴. ¿Ni en qué razón cabe que tuviese El amor para padecer por ti cinco mil azotes, y muerte de cruz, y que no tengas tú paciencia siquiera para considerarlo? Si aquí te pidiéramos que los padecieses, parecería dificultoso, pero que lo consideres, no lo es cierto, ni hay excusa para ello ³⁵.

³⁴ Este primer párrafo se suprime en ediciones posteriores.

³⁵ En ediciones posteriores se suprime: *ni hay excusa para ello*.

Y si no, díganme: ¿hay alguno que no deba a este Señor el haberlo criado y redimido, padeciendo cruelísimos tormentos? Pues ¿por qué ha de haber quien se excuse de considerar esto, rumiarlo y traerlo siempre en su alma? Si acá un hombre particular como tú se hubiera dejado dar cinco mil azotes porque a ti no te quitasen la vida, ¿cuán en la memoria lo tuvieras?³⁶ ¿Cuánto lo revolvieras y pensaras entre ti cada día y siempre? Pues ¿por qué no has de hacer lo mismo cada día habiendo Dios hecho por ti tales excesos de amor? ¿Por qué has de dar excusas para no hacerlo? Que aunque lo quitaras del sueño, y del vivir, habías de hacerlo cada día.

Bien veo yo que te podías tú, y algunos, excusar de tener largas horas de oración, y de ser muy dado a la contemplación; porque ni todos tienen lugar para ello, por haber oficios ocupadísimos, ni es fuerza tampoco que todos sean contemplativos.

Pero de ponerse a considerar que tiene Dios y que ése le redimió, y lo que le debe, y los atrocísimos tormentos que por él padeció y que

³⁶ Este párrafo está bastante transformado en ediciones posteriores, sin cambiar el sentido.

si le ofende hay un infierno preparado para él, y que llegará la muerte, etc. De estas cosas nadie está excusado, por bárbaro que sea y por ocupado que ande ³⁷, ni los jueces, ni los procuradores, ni los ministros, ni los casados, ni ningún estado u oficio se puede excusar de ello, ni habrá excusa que le valga; porque estas cosas son tan comunes, y cosas tan necesarias de ser sabidas, y consideradas, que con dificultad se puede vivir sin ello vida cristiana y concertada ³⁸, porque es tanta la flaqueza de la naturaleza humana, y su mal inclinación al pecado, y deleite, que si no es considerando lo mucho que debe a Dios y la cuenta que le pedirá de haber despreciado su sangre, y no estimado su redención, y las penas que en el infierno están preparadas, y la brevedad de los deleites de esta vida, si no es pues rumiando cada día esto, será moralmente imposible que deje de arrastrarnos nuestra miseria.

³⁷ De estas cosas, pues, ¿por qué se han de excusar los por ocupados que anden?, ponen las ediciones posteriores.

³⁸ Aquí, entre *concertada* y *porque* las ediciones posteriores introducen la frase siguiente: *No digo que será pecado el no tener esta oración cada día, pero que será dificultoso sin ella el vivir virtuosamente.*

Y vese aún más claramente que nadie está excusado de tener oración, porque nadie lo está de amar a Dios sobre todas las cosas, y guardar los Mandamientos, pues es moralmente imposible amarle sobre todas las cosas, y guardar su ley, si no es considerando, y muy considerando, que El es sobre todas, y más bueno que todas, y que todo es asco, si no es El, y guardar su ley, porque no puede el hombre de tierra amar a Dios sobre todo lo que hay en la tierra; y guardar su ley, menospreciándolo todo, si no es según el conocimiento profundo de que es Dios sobre todo, más bueno que todo, y lo que le debemos en su Pasión, y demás mercedes; y pues el considerar todo esto es oración, luego nadie está excusado de tenerla, y de considerar en Dios y sus misterios, para que le mueva eso a amarle sobre todo, y guardar su ley ³⁹.

Pues aun los que lo hacen y tratan mucho de gastar hartas horas cada día en oración, aún no pueden casi acabar de arribar contra la carne

³⁹ Este gran párrafo anterior también aparece bastante con supresiones y añadidura de frases en las ediciones posteriores. Aunque pierda de pureza, no varía el estilo.

y sangre, sino que los trae arrastrados en mil faltas y miserias. Pues ¿qué hará quien no se arma con estas consideraciones, ni trata de fortalecer su alma con ellas? Anda sin duda en sumo riesgo de caer en graves pecados.

Y de esto no quiero más clara prueba, que la experiencia de lo que pasa en el mundo. Mírese que los que viven vida licenciosa y perdida, y los que andan envueltos en pecados, éstos son los que aborrecen el tener un rato de oración y los que no pueden arrostrarlo; y al contrario, los que tratan de ella y tienen cuidado de eso, ordinariamente viven una vida concertada y con gran propósito de no hacer pecado mortal, y por lo menos no andan envueltos en vicios, y maldades, ni desbocados en pecados (como lo suelen andar los que no tratan de tener horas de oración)⁴⁰, sino que si caen en algo, les está abrasando hasta salir de pecado. Pero si es gente que no cuida de recogerse, ni pensar en lo dicho, aunque caigan en pecados, se dejan estar en ellos con tanto sosiego como si no hubieran hecho nada.

⁴⁰ Este entreparéntesis también se suprimió en ediciones posteriores.

Y todo esto nace de la falta de consideración de las cosas eternas, de los que tratan de considerarlas, cuidan de ellas, y de su alma, y los que no tratan de considerarlas no se les da mucho de ellos, y no tratan sino de las temporales y miserables ⁴¹.

⁴¹ Aquí las ediciones posteriores añaden: *Y así dice el Espíritu Santo: «Toda la tierra está asolada, porque no hay quien recogite de corazón» (Ier., XII, 11), esto es, quien considere y torne a considerar, que esto es recoger, propio oficio de la oración.*

CAPITULO VI

Prosíguese, que nadie está excusado, por ocupado que sea

Nadie, pues, está excusado de ello, sea rey, sea papa, sea señor, sea el más ocupado del mundo, y quien por ocupaciones se excusa, dígame si tiene más ocupaciones que tenía San Luis, Rey de Francia, que gobernando todo un reino y ocupado en batallas, y con todo eso era tan continuo en sus horas de oración que nunca faltaba a ellas. Y el Rey David tenía siete veces al día oración, y se levantaba a media noche a tenerla, siendo así que toda su vida la tuvo más ocupada y perseguida que otro rey alguno en batallas y persecuciones continuas.

Y el Emperador Carlos V tenía cada día tres o cuatro horas de oración, habiendo sido el más ocupado príncipe que se ha conocido en las continuas guerras que tuvo ⁴². Y el Rey Felipe III tenía cada día una y dos horas de oración, y algunas tres, que por eso sin duda gobernó su reino y le conservó tan feliz ⁴³.

Que las ocupaciones, por forzosas que sean, nunca han de estorbar la oración, y así San Bernardo, hablando con el Papa Eugenio de las ocupaciones tan forzosas que tenía de Papa, oyendo de la mañana a la noche peticiones y demandas, y gastando el día en negocios gravísimos tocantes al gobierno de la Iglesia; y con ser las ocupaciones tales, con todo eso, porque

⁴² *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, por fray Prudencio de Sandoval, segunda parte, Barcelona, 1625, lib. 24, cap. v, pág. 340.

⁴³ *Que por eso, sin duda, gobernó su reino y conservó tan feliz*, fué suprimido por las ediciones posteriores.

Bien conocida es la división de juicios y criterios que había entre los religiosos de la Merced contemporáneos sobre las augustas figuras de los reyes españoles Felipe III y Felipe IV.

Pudieron ser los entusiastas de Felipe IV quienes hayan suprimido esta frase tan significativa de Falconi, ¿No será una indirecta?

podía dar esas ocupaciones tan buenas por excusa, para no tener horas de oración ⁴⁴, y decir que le estorbaban el tiempo, le dice estas notables palabras: «*Ves aquí a dónde te pueden llevar tus malditas ocupaciones, si todavía porfias en entregarte a ellas del todo, sin dejar nada de tiempo para ti solo; mira que pierdes el tiempo, y te consumes con necio trabajo, el cual no es otra cosa, sino aflicción de espíritu, desasimiento del alma, y perdimiento de la gracia*» ⁴⁵.

Pues si ocupaciones tan importantes las llama San Bernardo *malditas*, y no las juzga por suficiente excusa para que el Papa dejase por ellas de desembarazarse algún tiempo del día para tener oración, y cuidar de sí solo, cada uno meta la mano en su pecho: el príncipe, el señor, el juez, el ministro, el criado y el más ocupado con negocios, y mire si las ocupaciones y excusas que alega son tan importantes como aquellas que alegaba el Pontífice.

⁴⁴ Todo este párrafo lo resumen mucho las ediciones posteriores.

⁴⁵ *De consideratione*, lib. I, cap. II. P. L. 182, 731

CAPITULO VII

Que los religiosos tienen más estrecha obligación que los seglares a tener oración, y que los de nuestra Religión están obligados a ello por Constitución

Siendo como es todo lo dicho hasta aquí, de la necesidad de la oración, y de la obligación que todos tienen de ejercitarla tan general para todos, que se extiende a los seglares y gente más ocupada del mundo, como queda declarado; dicho se está que a los religiosos les corre muy más estrecha y rigurosa obligación, porque todas las razones dichas son comunes a ellos con los demás, y allende de éstas, hay en ellos otras más particulares ⁴⁶.

⁴⁶ Este párrafo está algo resumido en ediciones posteriores.

Una es la misma condición de su estado, que los obliga rigurosamente a aspirar siempre a la perfección, para la cual es medio tan necesario el ejercicio de la oración, que sin él es imposible moralmente conseguirla.

Otra razón es que en su profesión se dedicaron totalmente al culto divino, y para eso renunciaron todas las cosas del mundo; de manera que su principal oficio y ejercicio es oración y contemplación, como lo afirma el famoso Abad Isac por estas palabras: *Todo el ejercicio del religioso se endereza como su fin a perseverar en oración continua y sin interrupción, y quanto es posible a la fragilidad humana, a la inmóvil tranquilidad del alma, y perfecta pureza del corazón, para el cual fin ejercitamos sin cesar todos los trabajos y mortificaciones, y otros ejercicios semejantes*⁴⁷.

Conforme a la cual doctrina todas las demás ocupaciones se han de tener por accesorias, y si fueren de obediencia, por lo cual sea necesario tenerse por obras principales, se han de procurar obedecer y cumplir sin detrimento del tiempo necesario para su recogimiento, y que

⁴⁷ J. CASIANO, *Colación* IX, P. L. 49, 771.

haya lugar para uno y para otro; porque en faltando éste, no harán cosa bien hecha, ni cumplirán con la misma obediencia que se les encarga ⁴⁸.

Y pues estas dos razones son tan precisas, sobre las muchas que arriba quedan apuntadas, baste referirles lo que sentía de esto el glorioso Patriarca San Francisco, de quien se refiere que solía de ordinario decir a sus frailes: *que el ejercicio de la oración debe ser muy familiar al religioso, porque sin él ningún fruto se puede esperar de su Religión* ⁴⁹.

Y su hijo, el glorioso Doctor San Buenaventura, dice así: *Verdaderamente el religioso que no frecuenta el ejercicio de la oración, no sólo es inútil y miserable, sino en los ojos de Dios trae un alma muerta en cuerpo vivo.* Y en otra parte dice así: *La vida del religioso sin estudio de oración y devoción interior es como panal seco y sin miel, como muralla sin cal, y como manjar sin sal.* Y más adelante añade: *que sin*

⁴⁸ En ediciones posteriores se añade: *perfectamente.*

⁴⁹ *Escritos completos de San Francisco de Asís*, B. A. C., Madrid, 1945, págs. 592 y sigs.

el estudio de ejercicio de oración, toda Religión es seca, imperfecta, muy sujeta y cercana a alguna gran caída y despeñadero ⁵⁰.

Y el Cardenal Cayetano, que suele tratar las cosas con todo rigor escolástico, hablando de este punto dice: Que no se puede llamar religioso al que por lo menos una vez al día se recogiere a meditar los misterios divinos y sus propias miserias, faltas y otras cosas semejantes que pertenecen a la oración mental, *porque así como* (dice) *no se puede conseguir el efecto sin la causa, ni el fin sin los medios, ni el puerto sin la navegación, asimismo no es posible conseguirse el fin de la Religión sin el ejercicio de la oración mental*. Esto es de Cayetano ⁵¹.

Y lo mismo se ha de entender proporcionalmente de todos los sacerdotes, aunque sean seculares, porque el estado sacerdotal obliga a gran perfección.

Y es más apretada esta obligación en los reli-

⁵⁰ La primera cita de San Buenaventura se suprime en las ediciones posteriores. *Obras de San Buenaventura*, tomo IV, B. A. C., Madrid, 1957, *Vida perfecta para religiosos*, págs. 443 y sigs.

⁵¹ *Secunda secundae Sancti Thomae*, Lugdum, 1552, q. 82, a. 3.

giosos, que su regla les obliga a tenerla, que es casi en todas las religiones. En la nuestra, al menos, es constitución que obliga a todos, así legos como sacerdotes, a que cada día tengan dos veces oración mental, y que dure cada vez por lo menos media hora; que el espíritu de nuestro Padre San Pedro Nolasco le llevó a Nuestro Señor tanto por el camino de oración, que, cuando en la vejez no podía ir al coro por sus enfermedades, le llevaban los ángeles en sus brazos, y así como tan dado a este ejercicio lo dejó muy encargado a sus hijos, y debíamos los que lo somos ser muy dados a esto; y no cumplimos con menos; pues hay un capítulo en nuestra Constitución⁵², en que nos dice cómo se haya de tener y nos enseña en qué materias se haya de considerar; y esto se entiende de más de las horas canónicas.

⁵² *Regula et Constitutiones ordinis B. M. de Mercede...*, Salmanticae, 1538, 1 D., cap. v.

CAPITULO VIII

*Que los prelados tienen más estrecha obligación
que todos a tener oración*

Sobre todos es esta obligación más estrecha y rigurosa en los obispos y prelados, que tienen a su cargo el gobierno de las almas; los cuales no sólo están obligados a aspirar a la perfección y procurarla, como los religiosos, sino a ser perfectos, y maestros de perfección, y enseñarla y amonestarla a sus súbditos, con doctrina y ejemplo, y así tienen mucha más obligación de ser espirituales y contemplativos que todos los religiosos, aunque sean cartujos, descalzos o capuchinos, sin que de esto les puedan excusar en ninguna manera las ocupaciones por forzosas que

sean y anejas al mismo oficio, porque ésta es la más esencial de todas, y la que no se puede cumplir por medio de ministros, por más idóneos que sean, como lo pueden todas las otras.

Lo cual consta evidentemente de lo que hicieron los santos apóstoles cuando instituyeron los diáconos para desocuparse ellos de todas las cosas exteriores, aunque santas y religiosas, dando por razón que no era justo que por ninguna ocupación ellos se estorbasen del ejercicio de la oración y predicación ⁵³. *Nosotros seremos instantes en la oración y ministerio de la predicación* (dicen ellos) ⁵⁴; es de notar aquella palabra *instantes*, que corresponde a lo que dijo el Apóstol San Pablo: *Sed instantes en la oración* ⁵⁵; que tal debe ser la oración de los preladados, instante y continua, y los que no la tienen, ¿cómo enseñarán a sus súbditos? Pues en verdad que a ellos les toca ser los padres espirituales.

Y también es de notar que primero puso la oración que la predicación, porque realmente es

⁵³ Y *predicación*, se suprime en ediciones posteriores.

⁵⁴ *Act.*, VI, 4.

⁵⁵ *Rom.*, XII, 12.

así, que primero es cuidar del aprovechamiento propio (lo cual se hace por la oración) que del ajeno, que se hace por la predicación; así lo aconsejó San Pablo a su discípulo cuando le dijo ⁵⁶: *atiende a ti, y a la doctrina*; primero a ti, por la oración, y después a la doctrina de la predicación, que esto es comenzar la verdadera caridad de sí mismo.

Justo es que todos sintamos bien de nuestros prelados y pastores, y presumamos piadosamente que son muy dados a la oración, y a ejercicios espirituales, porque si no fuese esto así yo no alcanzo a entender cómo será posible cumplir con su obligación, ni qué cuenta podrán dar a Cristo Nuestro Señor cuando se la pida del oficio pastoral, que sin duda se la ha de pedir rigurosísimamente, más de lo que se puede encarecer.

La resolución que se ha de tomar de lo dicho

Supuesto pues que ni tú, ni nadie, está excusado de lo dicho, resuélvete pues, y haz firme

⁵⁶ *I. Tim.*, IV, 16.

propósito de que desde hoy en adelante ningún día has de dejar de tomar algún tiempo por dos veces, mañana y noche, aunque sea poco cada vez; con determinación de que por ningún suceso no lo has de dejar ningún día, estimando más este ejercicio que cuantas cosas temporales hay en el mundo; que si tú te determinas y propones firmemente hacerlo, confía en que Dios te ayudará para ello, y te dará lugar para hacerlo; empieza tú, que Dios pondrá lo más; que lo que no se empieza no se acaba; empieza luego desde el día que esto leyeres, y no lo dilates para mañana, que Dios sabe si llegarás allá.

Y quiero ya decirte las letras de esta *Cartilla* y el modo cómo las has de deletrear.



CAPITULO IX

Pónense las letras, y A B C de esta Cartilla

Las letras que en esta *Cartilla* sirven como de A B C, y que se enseñan a deletrear, son misterios, hechos y virtudes de la vida de Cristo; porque así como un libro se compone de las letras del A B C, así este libro Cristo, de sus misterios y hechos, que sirven como de letras del libro, que son las siguientes; y para guardar la forma de *Cartilla*, empiezan los misterios con las letras del A B C por su orden.

AMOR infinito, que le hizo encarnar en el

vientre purísimo de la Virgen, haciéndose a sí hombre y al hombre Dios.

BONDAD inmensa, que le obligó a comunicarse al mundo y que le dió prisa a nacer en un establo, y no aguardó a tener mejor posada.

CELO de la salud de los hombres, que le dió prisa a derramar sangre a los ocho días, en la circuncisión.

DESEOS de que conociesen los hombres que tenían ya su remedio en casa, y con éstos se manifestó a los tres Reyes, para que empezasen a gozar tanto bien.

ENTRADA en Egipto, en que mostró su omnipotencia derribando los ídolos; y su huída misteriosa, como si El tuviera necesidad de huir para esconderse.

FIDELIDAD y secreto con que disimuló quién era desde entonces hasta los treinta años, tratándose como un hombre muy ordinario, y como si no fuera señor de todo, sirviendo a sus padres como si fuera un pobre aprendiz y criado de un oficial.

GLORIA y triunfo que alcanzó del demonio y gula que venció en el desierto, ayunando, sin

comer ni beber cuarenta días y noches, para remedio de nuestro desordenado comer⁵⁷.

HUMILDAD que mostró en querer ser bautizado por San Juan como si fuera pecador⁵⁸.

INCANSABLE, e infinita liberalidad con que hacía bien a cuantos acudían a él, resucitando muertos, sanando enfermos, ciegos, cojos y de todas enfermedades, y que como de la fuente sale agua, así salía de él salud y doctrina. Salud para hacer milagros y sanar a todos, y doctrina de su predicación, por tres años y más pasmando al mundo y arrastrando tras sí las gentes de cuatro mil en cuatro mil, y de cinco mil en cinco mil, por aquellos desiertos, olvidados de sí, sin comer ni beber en tres días, absortos en sus divinas palabras.

⁵⁷ Este párrafo se cambia, en las ediciones posteriores, de esta manera: *Humildad que mostró, dando lugar a que el demonio pida que le adore, mereciendo El ser adorado de todas las criaturas; y triunfo que alcanzó de la gula, ayunando cuarenta días con sus noches, para remedio de nuestro desordenado comer.*

⁵⁸ Las ediciones posteriores el párrafo este lo cambian de este modo: *Gloria y honra que le dió el Padre Eterno en el Jordán, reconociéndole por Hijo, cuando El quiso ser bautizado, como si fuera pecador.*

KARIDAD en la institución del Santísimo Sacramento, para remedio de todas nuestras miserias, y para dejar ese modo, cómo morir de amores todos los días en todas las misas hasta el fin del mundo. O rara caridad y gusto de morir por el hombre.

LECCIÓN de oración, que nos enseñó en el Huerto, con la que tuvo tan desconsolada y congojosa que le hizo reventar sangre por todo su cuerpo, para consuelo de los que padecen sequedades, congojas y tedio en la oración.

MANOS atadas, en el prendimiento como a ladrón, como si hubiera hurtado algo a alguien; o como si no hubiera dado todo cuanto tiene y a sí mismo a los hombres.

NEGACIÓN de San Pedro, y sentimiento grande que tendría viéndose negar a aquel a quien había de fiar su querida Esposa la Iglesia.

ONESTÍSIMAS carnes de Cristo, desnudas y azotadas con más de cinco mil azotes crueísimos por manos de aquellos sayones, sufriendo tal sin quejarse, que si hasta hoy le estuvieran azotando, sufriera sin despegar la boca.

PENETRANTE CORONA de espinas padecida con

tanto amor, que dice le parecía diadema honorífica, con que le coronó su Madre en el día de su desposorio y alegría.

QUEJAS que jurídicamente pudiera dar (y no las dió) y su Madre Santísima se pudiera querellar, como parte de que le sentenciaron a morir en cruz, sin culpa ni causa, cosa tan contra justicia, y con todo eso quizá diría la voz del pregonero: ésta es la justicia; habiendo de decir: ésta es la injusticia y la maldad que manda crucificar este hombre por revoltoso (siendo así que toda su vida la empleó en poner paces entre Dios y los pecadores) y con ese pregón y tropel de ministros le llevaron la cruz a cuestras a crucificar.

RIGUROSÍSIMO modo con que le crucificaron, descoyuntándole un brazo, porque no alcanzaba al agujero, y remachándole los clavos volviéndole boca abajo.

SUBIR la cruz y levantarle en el aire, como facineroso, y ajusticiado, siendo la misma santidad y justicia.

TRES horas que estuvo agonizando en la cruz, con ansias mortales, traspasado de sed,

desangrado, y desamparado de toda criatura, y tanto que se quejó a su Padre a voz en grito, y últimamente expiró.

VIRTUD y fortaleza con que bajó a los infiernos, quebrantando sus cerrojos, y consuelo que dió a los del Purgatorio, y libertad a los Santos Padres que estaban en el Limbo, sacándolos triunfantes en su compañía.

XENERAL resurrección y gloria venidera de que nos dió esperanza a todos con su Resurrección gloriosísima; en la cual salió victorioso a pesar de los judíos y de todo el infierno.

YNTIMA amistad y llaneza que mostró con sus discípulos, pues aún después de resucitado, impasible e independiente de las cosas de acá, trató, comió y conversó con tanta afabilidad con ellos, como si no fuera ya morador de los alcázares eternos.

ZIELOS que penetró a ellos subiendo por esos aires en su Ascensión, a vista de todos, adonde fué recibido del Padre, y del Espíritu Santo, y de todos los ángeles, con sumo gozo y alegría, con que puso en posesión al hombre de la gloria y patria que había perdido.

SEGUNDA PARTE DE ESTA CARTILLA

*y práctica breve del modo que se ha de deletrear
y considerar en Cristo: en la cual está resumido
en sustancia en lo que consiste el tener oración
de meditación*

CAPITULO I

*El modo cómo se han de deletrear y considerar
las letras o misterios de este ABC para tener
oración*

Y para no ser prolijo, quiero poner el ejemplo en un misterio, que entendido el modo que ha de haber de deletrearle, y considerarle, de ese mismo lo podrá hacer en todos los demás misterios cualquiera.

De este modo, pues, lo puedes hacer, que por la mañana (y lo mismo a la noche, aunque más te duermas), a la hora de más comodidad, y en el aposento, o lugar que pudieres, ora sea en casa, ora en la Iglesia, ponte de rodillas, y si te cansares mucho, por ser achacoso, ponte en pie, o siéntate a más no poder; y si estuvieres malo, o no tuvieres otra hora, si no es en la cama (sea norabuena). Persígnate y advierte que estás delante de Dios que te crió, porque es fe católica que está presente en todas partes; y dile: *Señor, aquí me tenéis, todo yo y todas mis cosas os entrego en vuestra voluntad santísima, para que de mí y de todo hagáis lo que quisiéredes en esta vida, y en la otra, y lo que yo no me sé resignar, resignadme Vos, tomadlo allá todo, pues es hacienda vuestra; y humildemente me presento a daros gracias por todas las mercedes que a mí, y a todas las criaturas del mundo universo, habéis hecho, y a suplicaros y pedirlos mercedes por todas, que son el que se haga vuestra voluntad santísima en cada criatura del mundo universo, viva y difunta, rogándoos por cada una tan especialmente, como si ella sola hubiera en el mundo.*

Hecha esta resignación, acción de gracias y petición, arrepiéntete de tus pecados, porque son ofensas de Dios. *Pésame Señor (dile), pésame en el alma, y pésame de que no me pese mucho de haberos ofendido, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, y propongo firmemente la enmienda;* ora lo digas con la boca, ora sólo con el corazón.

Y hecho esto, considera que tienes delante de ti a ese Señor, y que estás mirando lo que pasó por ti en su Pasión, pongo ejemplo de cuando le azotaron.

Deletrea cada punto de estos que diré, ello es: considera con los ojos de la fe viva el gran sentimiento que tendría viendo desnudar sus honestísimas carnes, y que le ponían a la vergüenza delante de todos, atado a una columna, donde atrevidos sayones le dan tantos y tan crueles azotes que todo su cuerpo santísimo reventaba sangre, y que están así azotándole por mucho tiempo, hasta que ellos se cansaron, y El no se cansó de padecer por ti, antes creo, del amor con que lo padecía, que si hasta hoy lo estuvieran azotando no despegara su boca.

Y estáte así mirando con la fe ese afligido

Señor. Considera que es el que crió los cielos, y la tierra, y a quien adoran los ángeles, el que es tu Dios y Señor verdadero, el que pudiera todo este mundo universo en un instante deshacerlo, y con ser tan soberano Señor, quiso por ti padecer los tormentos; y pon la consideración en esto, doliéndote, si pudieses, de sus dolores y trabajos, y procurando que te pese de que sean tus pecados causa de ellos, y colige de ahí cuánto te debe pesar de los descomedimientos, maldades y torpezas con que le has ofendido en tu licenciosa y desordenada vida; propón firmemente de enmendarte, y trocar todas tus malas costumbres en servicios que hagas a este Señor, obedeciendo sus mandamientos, y no saliendo un punto de su voluntad, sino resignándote totalmente en ella, para que haga de ti lo que quisiere en esta vida y en la otra.

Considera también de qué juguetes te quejas tú, de un dolorcillo de espaldas y de un achaquito, sabiendo que a tu Dios le desgarraron las suyas a azotes, y mira qué mucho harás en sufrir las afrentas que te hace el prójimo, el amigo, el marido, el hermano, cuando por tí tales cosas sufrió ese Señor.

Y considera cómo no se te cae la cara de vergüenza de ofender a quien tanto bien te ha hecho; ¿qué te ha hecho Dios para que así peques contra El? Dime, ¿por qué le ofendes? ¿Acaso porque te crió, porque te redimió con su sangre, porque te sufre, y no te ha echado en el infierno mil días ha? Pues si no hay causa en El para que le ofendas, ¿en qué piensas con tanto pecar? Acaba ya, vuelve en tu seso, y no seas loco toda la vida.

CAPITULO II

Prosíguese el deletrear en Cristo, considerando también quiénes somos nosotros

Ves aquí el modo cómo puedes deletrear en los misterios de Cristo. Pero porque para el conocer la grandeza de ellos importa mucho conocer nuestra bajeza, podrás también, cuando lo consideras, ponerte a pensar en tu desconcertada vida, y en quién eres tú (porque esa diligencia del propio conocimiento es sumamente importante para todos).

Entra, pues, en cuenta contigo, cuán sin Dios, sin ley, y sin razón quizá, has vivido, como un bruto, como un bárbaro. Considera también que

eres una criatura de tierra, un vilísimo gusano, un muladar asqueroso de los pies a la cabeza; mírate por de dentro, que todo eres basura y estiércol, excremento, flemas, cóleras, indigestiones y hediondez.

Y en el alma (si estás en pecado mortal) peor, y más feo que los demonios, y si te miras bien, te verás lleno de vicios.

Isaías dijo ⁵⁹ *que tu carne era heno*, y yo añadido que también es cieno, porque siempre está hediondo a la suciedad de sus malas inclinaciones y torpes deseos, y en ellos eres un caballo desbocado, un soberbio, vano, presuntuoso, atrevido, glotón, hablador, mentiroso, murmurador, amigo de que a ti sólo estimen, conozcan tus habilidades y hagan caso de todo lo que a ti toca, amigo de tu gusto en todo, y, finalmente, un todo para ti, y nada para Dios, ni para tus prójimos.

Conócete ahí, conócete, que aún mucho menos que eso eres, pues eres nada e hijo de la nada; siéntate, como Job, sobre tu muladar; humíllate y conócete, y de ahí verás la alteza y la fineza de tu Redentor y Señor en amarte, pues

⁵⁹ *Is.*, XL, 6.

no dudó de pasar lo que pasó por ti, siendo El el que es, y tú el que eres; mira tú qué fineza fuera si un gran príncipe o rey se dejara dar cinco mil azotes, y poner en una cruz por librar al hombre más vil de esa calle de que le ahorcasen.

Pues mira en qué obligación estarás tú (siendo tan vil cosa como te he pintado) habiendo el Rey de los Reyes dejándose azotar por ti.

Concluyo este punto con advertirte que será muy provechoso para mayor facilidad de este ejercicio entreverar, entre esas consideraciones, una y otra razón devota, como decir: *Señor, ten misericordia de mí, doleos de mi miseria, ya que yo no me sé doler: ¡Oh bondad infinita, quién no os hubiera ofendido!, aquí me tenéis rendido a vuestra voluntad, haced de mí lo que quisiéredes, tomad allá este corazón, Señor.* Y estas y otras razones, a este modo dichas, poco a poco, y de cuando en cuando, es maravilloso modo de estar con Dios, y que cuando no hicieras más en toda una hora que (como con pastillas de boca) entrete-ner ahí con Dios en decirle eso de cuando en cuando, era más importante que cuantas consideraciones pudieras hacer.

CAPITULO III

Advertencia importante, para que se saque más fruto de lo que se considera en Cristo

Acerca de lo dicho te advierto una cosa, en que va a decir mucho, y es: que, en viendo que con las consideraciones que haces en los misterios de la Pasión, o con las palabras amorosas que dices a Dios, sientes en ti algún buen afecto de dolor de pecados, o de propósito de nunca más pecar, o deseo de padecer por Dios injurias, pobreza, o dolores, o deseo de amarle u otro cualquier buen deseo; que no rumies, ni medites más por entonces, sino detente en este buen afecto y deseo, y estáte en él como entra-

ñándole en tu alma ⁶⁰, así como el hortelano, que cuando riega encamina el agua a la era que está seca, la rebalsa, la detiene, y la deja allí hasta que se haya empapado toda ella; así lo hagas tú con ese buen afecto que sintieres, déjate empapar en él, y estáte así a los pies de Cristo todo el tiempo que pudieres, aunque sea mucho, sin hacer otra consideración alguna por entonces, que en esto está la ganancia, que no en el discurrir y considerar.

Y aún más te digo, que aunque no sientas ninguno de esos buenos afectos, que es maravilloso modo de orar, y meditar, el considerar un rato, y discurrir en los dolores de Cristo, y otro rato no discurrir, ni meditar, sino como acallar el entendimiento, y estarse a los pies de

⁶⁰ Aquí las ediciones posteriores añaden lo siguiente: *Que ésta es una advertencia muy encargada de los santos, y que en dos palabras lo enseñó San Ignacio de Loyola, en las adiciones a sus Ejercicios. «En el punto—dice—en que hubiese hallado la devoción que busco, debo quitarme, sin ansia de pasar adelante, hasta que me haya satisfecho.» Hasta aquí el Santo. La cita del Santo es exacta. Véase: Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, autógrafo español, novena edición. Madrid, 1956, págs. 54-55, cuarta edición.*

ese Señor, callando, creyéndole simplemente y con sencillez, y resignándose a sus manos, y así de ese modo, un rato meditando y ponderando, y otro no meditando, sino a sus pies callando, pasar todo el tiempo que pudieres, porque éste es un modo de orar maravillosísimo, y de grandes frutos.

Y como bien ejercitada lo enseña la santa Madre Teresa de Jesús, capítulo tercero de su vida, hacia el fin, por estas palabras:

Tornando, pues, en lo que decía de pensar a Cristo en la columna, es bueno discurrir un rato, y pensar las penas que allí tuvo y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas no se canse siempre en andar a buscar esto, sino estése allí acallando el entendimiento. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar la oración hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oración. Hasta aquí, la Santa ⁶¹.

De manera, que éste es muy provechoso mo-

⁶¹ *Obras completas* B. A. C., Madrid, 1951, páginas 670-671. Es el capítulo XIII, no el III.

do, y en él puedes perseverar todo lo que quisieres, y aunque te parezca estás callando y ocioso, no estás sino creyendo a Dios presente, esperando en El remedio para tu alma y amándole o deseando amarle, lo cual es excitar la fe, la esperanza y la caridad.

Y estás también ejercitando la virtud de la fortaleza, pues estás sufriendo el tormento de las tentaciones y pensamientos importunos, y la virtud de la paciencia, pues sin irte, sin airarte, con impaciencia, sufres todo eso por Dios; y la humildad, pues sientes bajamente de ti, pareciéndote no haces ahí, ni vales nada, alabas también a Dios con este silencio, pues, como dice San Jerónimo: *La alabanza verdadera de Dios es callar y enmudecer en su presencia*; usas también la virtud de la liberalidad, pues te das a ti mismo, y te entregas ahí a sus pies; mortificas también tus ojos, tus oídos y tu olfato, tu gusto y lengua, pues el tiempo que estás ahí dejas por Dios de divertirse, viendo, oyendo, hablando, y lo demás, y todo lo aprisionas y te privas de los entretenimientos que entonces pudieras tener, con amigos, conversaciones, y otros deleites; mira, pues, si esto es estar ocioso en

este silencio que dice la Madre Santa Teresa. Y así, por tanto, persevera en él ⁶².

Y no estés con ansia de pasar adelante, a buscar otros afectos u otra cosa, porque será estorbar el provecho que habías de sacar de este afecto que sientes y del que buscas, sino sosiégate así hasta que te veas ya tibio y distraído, y como fuera de aquel buen sentimiento y afecto.

Y en viéndote así, torna a hacer ponderación de lo que padeció ese Señor, quién es esa Majestad soberana, y por quién lo padece, y diciéndole una y otra palabra amorosa, como será decir: *¡Oh dulce Jesús mio, lavadme con esa sangre, abrasadme con ese amor!*; y si tornares a ver en ti algún otro buen afecto, o deseo, de los dichos, quédate otra vez en eso, como te dice, y empapa ahí la voluntad, sin hacer más consideración sino estáte mirando este Señor con quietud, aunque se te pase toda la hora y horas

⁶² Desde la cita de Santa Teresa hasta aquí (a excepción de las dos primeras frases) las ediciones posteriores lo suprimen todo. Se da la coincidencia que estos largos párrafos, en ediciones posteriores, son los que, casi literalmente, aparecen en la *Carta a una hija espiritual*, y en *Cartilla segunda* (trat. 2, cap. 1). La cita de San Jerónimo, véase en P. L. 26, 1.068; salmo 64.

en ese solo afecto, que si te sucediere así, dichoso tú, y pásese norabuena.

Y la razón de esto es porque la meditación del entendimiento es medio para mover la voluntad a los afectos dichos, que son los que se pretende sacar, y así tanto se ha de meditar cuanto baste a mover la voluntad a ellos; y en habiendo alguno que la mueva estarse en él, dure lo que durare, que a eso se va; y si no se hace así sería engullir consideraciones, que es como quien come y come y no digiere nada, que no le entra en provecho.

Fin de la práctica

Y ves aquí resumido, en las breves hojas de esta práctica, qué cosa es tener oración mental, que a esto se reduce en sustancia lo que en grandes libros, reglas y documentos se enseña comúnmente, para que veas cuán fácil es.

TERCERA PARTE DE ESTA CARTILLA

*De algunas advertencias para tener la oración
con gran facilidad y provecho*

CAPITULO I

Advertencia muy útil para los que rezan oraciones vocales saquen más provecho de ellas

Aunque esta advertencia que haré la había de poner después, al fin de este *tratado* (porque no toca sino al rezar de boca, y no al meditar), con todo eso lo quise poner aquí, porque se entendiera mejor lo que en ella digo con lo que poco ha acabé de decir.

Antes, pues, que pase adelante, quiero adver-

tir también (para que lo que rezares vocalmente te sea ⁶³ de mayor provecho) que de esta doctrina, y de la razón de ello que dimos, se colige claramente que ese mismo modo has de guardar cuando rezares tus devociones, rosario u otras cosas; y es que lo has de rezar muy despacio, y muy poco a poco (que lo demás es rezar de ciegos, por tarea, y por acabar), y considera despacio cada palabra que rezas, y en la palabra sea del Padrenuestro, sea del Ave María, o del Credo, u otra oración o salmo (que no sea de obligación, de voto, de precepto o de hora canónica) en la palabra que topares alguna buena consideración, o te hallares con algún buen sentimiento, o afecto de devoción, o dolor de pecados, o amor, u otro buen deseo, que no reces más palabras entonces, ni pases adelante, sino estáte ahí en ese buen deseo, o consideración, como entrañándote en ello, (del modo que te dije en las consideraciones de la Pasión), hasta que se seque y acabe ese afecto; y acabado, torna a proseguir con lo que rezabas; y si en otra palabra hallares otro afecto bueno, vuelve a que-

⁶³ Las ediciones posteriores ponen *será*, en vez de *sea*.

darte en él como te dije; aunque te estés en esa sola palabra media hora, o una hora, o un día, o lo que tuvieres lugar; y, finalmente, has de guardar en el rezar lo mismo que te dije en el meditar de Cristo.

Que aunque no acabes el rosario, o lo que fuere, se agradará más Dios y la Virgen, y los santos de ello que de que pases adelante; y no por eso dejarás de alcanzar lo que pedías, antes bien tendrá más eficacia tu oración con esa palabra sola en que tardaste todo ese tiempo que si rezaras muchas oraciones vocales, arreo, y sin detenerte así.

Que si después tuvieres lugar, podrás a otra hora acabar tus devociones, y si no lo tuvieres no te dé cuidado, que con ello agradarás más a Dios, a la Virgen y a los santos (como ya te dije).

Esta doctrina importa mucho la guarden los que rezan, como se lo enseñó nuestro Redentor a Santa Catalina de Siena, por estas palabras: *Alguna vez determina uno de rezar cierto número de salmos o de otras oraciones, a que no está por la obediencia, o por otra razón, obligado. Si yo entonces le visito su espíritu benigna-*

mente, suele él dejar pasar aquel beneficio que yo le hago por acudir a cumplir sus oraciones. Pero no lo ha de hacer así, ni creer al demonio, que le quiere engañar; mas en sintiendo que yo singularmente le visito, siga el beneficio de mi remedio, y no lo impida con sus oraciones. Hasta aquí son sus palabras⁶⁴. Y llama visitarle su espíritu, cuando le envía algún afecto bueno de los dichos.

⁶⁴ *Obras de Santa Catalina de Siena. El Diálogo*, B. A. C., Madrid, 1955, parte segunda, cap. IV, páginas 308-309.—Falconi toma la cita de Ludovico Blosio: *Apud Blosio*, fol. 92. Lo mismo que la cita que de Santa Catalina y de Santa Gertrudis hace en *Camino Derecho* (lib. 3, cap. XVII, et alibi).

CAPITULO II

Que es tan fácil lo dicho, que aun cuando las ocupaciones no dieran lugar a ello, en ellas mismas se puede considerar en Cristo y sus misterios

Y cuando más, más se excusen de hacer lo dicho por sus ocupaciones, y no sepan desembarazarse de ellas. Pero, por lo menos, en ellas lo pueden hacer todos, porque el oficial en su trabajo, en el campo, o en el lugar, en la tienda; la mujer, en su labor, o hacienda, caserías, y el caminante, y, finalmente, en cualquier ocupación puede hacerlo.

Persignarse, y pesarse de haber ofendido a Dios, y proponer la enmienda y considerar que está delante de Cristo, nuestro bien, desnudo

y azotado, o en otro paso, y considerarlo, como se dijo, y considerar la miseria propia, y razonar interiormente con Dios, y finalmente todo lo que acerca de esto se ha dicho y advertido, y estarse así considerando en Jesucristo, y haciendo su oficio y sus haciendas.

Mira qué fácil es esto, y cómo no hay excusa ni ocupación para dejar de hacerlo, andando o sentado, o acostado, o caminando, o trabajando, que aunque estén el cuerpo y mano ocupados exteriormente en lo que se hace, puede el corazón y la memoria, o el deseo por lo menos, estar puesto en Dios y en sus misterios, y ya que la memoria se divierta, desear por lo menos estar con Dios, y hacer el ánimo a que estás delante de El, pues es ésa verdad de fe católica. Y si te divirtieres muchas y muchísimas veces, y te olvidares de Jesucristo muchos ratos y horas, no te dé congoja, sino torna otras tantas veces, aunque sea millones de ellas, a acordarte y a desearlo, y torna atrás la hebra y prosigue

CAPITULO III.

Que aunque en el considerar los misterios dichos no haya devoción, ni se vea luego el fruto, que con todo eso hay mucho provecho

Pero advierte que, si con ninguna consideración o jaculación o diligencia de cuantas hicieres, no sintieres ningún afecto, ni deseo, sino que estás seco, duro, sin devoción y como un leño, y que parece que el considerar esos misterios no te mueve más que si fueras de piedra; no te aflijas, ni dejes lo que haces, sino sufre tu sequedad, y súfrete a ti mismo, y persevera aunque te parezca que no haces nada, que quizá con eso agradarás más a Dios, y merecerás más que si estuvieses muy gustoso y muy de-

voto, y perseverando un día y otro verás en ti manifiesto provecho.

Ten paciencia, que no has de aprovechar luego en cuatro días, ni has de querer acertar y saberlo hacer luego, como si hubiera mucho tiempo, que aun acá el muchacho que aprende a leer se le pasan muchos días deletreando, y con el curso viene a salir con ello. Pues en esta otra lectura y meditación de Cristo no has de querer tan aprisa saber deletrear. ¡Súfrete y persevera, que siempre hay provecho, aunque no hagas más que un simple acordarte con la fe de lo que Cristo padeció, aunque no tengas devoción, ni sentimiento, ni compasión!

Por lo cual dijo Alberto Magno⁶⁵: *Un simple considerar un poco cada día la Pasión de*

⁶⁵ Esta cita dice Falconi que la toma de fray Luis de Granada (*De oratione*, primera parte, capítulo último) y la obra de San Alberto Magno, que es el *Tractatus de missa*, en donde está este pensamiento. Yo he manejado la obra de albertina *De Officio Missae*, un incunable existente en la Biblioteca Nacional, de Madrid, Sección de Incunables, número 2.434. No hallé esta frase exacta. Si bien en la introducción, cap. I, y en otras partes hay conceptos equivalentes. Confr. *Primera parte de la Oración*, capítulo último (en *Obras del Venerable P. Maestro Fray Luis de Granada*, tomo II, Madrid, 1768, pág. 336).

Cristo, y meditarla, vale más que si uno ayunara a pan y agua los viernes de un año, y tomara disciplina de sangre esos días.

Harto ponderó con esas razones lo que importa la perseverancia cada día, aunque no sea más que un simple acordarse de Cristo por algunos ratos.

CAPITULO IV

Que la devoción verdadera no consiste en estar con fervores, con afecto y ternura, ni con gusto en la oración

Pero para que no lo dejes por verte sin devoción: Quiero advertirte qué cosa sea devoción verdadera y esencial, porque hay muchos engañados en esto, y no entienden cómo se han de entender estas palabras, porque piensan que devoción y reverencia son unos afectos interiores, sensibles y fervorosos, con que se sienten a veces las almas. Y así, cuando los sienten, se tienen por devotos, y cuando no los sienten, piensan que están sin devoción, y esto es causa de que muchos dejen de perseverar en la oración, y de que piensen que cuando no tienen estos favores no aprovechan allí, lo cual es muy al contrario.

No es, pues, la verdadera devoción el tener esos afectos sensibles, antes bien, como dice San Buenaventura, los suele esos causar el demonio. *Sabed, hermano*—le dice a un mancebo—⁶⁶, *que algunas veces el demonio endulza el alma, y la pone devota, para que confie mucho y descanse en ello, pareciéndole al tal que es verdadero espíritu lo que siente interiormente.*

Y cuando algunas veces no son esos efectos del demonio⁶⁷, suelen ser de la carne y del natural, como dice Ricardo: *El afecto dulce de Dios*—dice él—*en cierta manera es carnal y engañoso, y a veces es más afecto de nuestra humanidad, que de la gracia del corazón que del espíritu, de lo sensitivo que de la razón*⁶⁸.

Más claramente lo dice el Padre Maestro Avila

⁶⁶ Esta cita, según Falconi, corresponde al *Estímulo de amor* (llamado también *Incendium amoris, Itinerarium mentis in se ipsa, Fuente de vida, Las tres vías*), parte segunda. Según el texto publicado por B. A. C., Madrid, 1947, págs. 114-163, no está la cita falconiana literalmente. El sentido, o contenido ideológico, se halla allí.

⁶⁷ Las ediciones posteriores suprimen: *cuando no son esos efectos del demonio.*

⁶⁸ *In Cantica Cantorum*, cap. VI, P. L. 196-422. Esta misma cita se repite en la *Carta a una hija espiritual* y en la *Carta a un religioso.*

a un mancebo, a quien le desengañó, como estos afectos interiores dulces y sensibles no son de devoción verdadera, por estas palabras: *Quiero que sepáis, amigo, que muchas veces los livianos y flacos de corazón y pobres de gracia del Espíritu Santo tienen muy de ordinario esta dulcedumbre de espíritu, y afección interior, lo cual no tienen los verdaderos amadores de Dios*⁶⁹. De manera que no son esos afectos la devoción verdadera; ¿pues cuál es eso?; yo lo diré.

Y por decir mejor, díganoslo Santo Tomás, el cual, y comúnmente los santos y doctores dicen, que no es otra cosa que una voluntad pronta y determinada de agradar a Dios, y guardar su ley, y así dice el Santo: *Aquellos están devotos que en alguna manera se ofrecen a Dios, y se entregan, y sujetan totalmente a El, por lo cual la devoción no es otra cosa que la voluntad pronta de entregarse a Dios, para lo que fuere de su servicio*. Esto dice el Santo⁷⁰.

De manera que la devoción no es otra cosa sino voluntad dispuesta para servir a Dios y

⁶⁹ *Obras completas del B. M. Juan de Avila, B. A. C., vol. 1, Madrid, 1952. Carta. Esta cita se repite en el Pan nuestro, lib. I, cap. XXXI.*

⁷⁰ *Summa Theologica, 2-2, q. 82, a. 1.*

guardar su ley; luego el estar devoto no consiste en fervores, y afectos sensibles; luego, aunque esté secó el corazón, duro y sin estos afectos, estará devoto, si hubiere voluntad pronta de servir a Dios, y guardar su ley, y no hacer un pecado mortal por cuanto hay.

Cuántas y cuántas veces sucede (que son innumerables) sentirse la persona seca, dura y sin ningún afecto, y que a su parecer no tiene gusto en cosa alguna de Dios, ni de sus santos, por lo cual se juzga por totalmente sin devoción, mas si le preguntasen si haría un pecado mortal (ni aun venial de propósito) respondería que por cuanto hay en el mundo no lo quisiera hacer; y ésta tal quién duda que tiene devoción, y renuncia esencial y verdadera. Y así aunque no haya devoción, ni dulzura sensible, no hay que darles cuidado.

Y no decimos por esto que los tales afectos de devoción sensible son malos, que antes muchas veces son importantes, y los envía Dios para aliento de las personas: sino que no se maten por tenerlos, ni les dé cuidado el verse secas, y que estén dispuestas a lo que Dios hiciere, con afectos o sin ellos.

CAPITULO V

Prosiguese en qué consista la devoción verdadera

Explica también maravillosamente qué sea devoción verdadera Dionisio Cartujano por estas palabras: *Tú y los semejantes a ti que no estáis harto ejercitados y trillados en los espirituales ejercicios, pensáis que la verdadera devoción consiste en un sabor interior sensible, y en un fervor que se recibe y se siente. No considerando que también los herejes, judíos y moros en sus sacrificios y oraciones frecuentemente tienen lágrimas, fervor y dulzura. Y más abajo añade así:*

Por tanto, pues, la verdadera y segura devoción es una voluntad pronta para servir a Dios,

y huir de todo pecado mortal, ora sea esto con fervor sensible, ora no.

Y añade más abajo que algún tiempo estuvo él también en ese engaño. *Grande es—dice—mi ignorancia, y falta de experiencia, y tanta que hasta aquí estaba en ese engaño, que pensaba verdaderamente que sólo entonces estaba devoto cuando sentía algún consuelo y fervor interior*⁷¹.

Todas son palabras muy de considerar para que nadie, por falta de esa devoción, deje de perseverar en la oración, porque es sin duda tentación conocida del demonio dejarla por no sentir devoción.

Y ésta es común doctrina y modo de explicar de los santos en qué consista la verdadera devoción; porque aunque sea verdad que esos afectos y devoción sensible con que el alma se siente alentada, y fácil en las cosas de Dios, es una cosa de gran consuelo para ella; y una como agua de ángeles con que a veces suelen ser rociadas las almas. Pero no es ésa la sustancial y fina devoción.

⁷¹ *Divi Dionysii Carthusiani opuscula aliquot*, Colonia, 1534; *Institutio seu exhortatorium Novitiorum*, art. 5. fol. 8.

Pues dígame ahora cualquiera cuán poca cordura sería por falta de esos afectos devotos sensibles dejar la oración, y más quien se conoce que tiene aquella voluntad pronta de agradar a Dios, de guardar su ley, y de no hacer pecado mortal. Cierto, pues, que sería poca cordura, y gran falta de no conocer qué cosa es devoción verdadera.

CAPITULO VI

Que cuando se levantan de los ratos particulares de oración no se han de despedir de Dios, sino procurar andar siempre en su presencia, y que eso es fácil por lo menos con el deseo

Y adviértote que cuando te levatares de estos ratos particulares de oración, o de las horas que tienes señaladas para eso, que no te despidas de Dios, ni hagas cuentas que acabas para olvidarte lo demás del día de El, sino haz cuenta que el levantarte de aquel rato, no ha de ser para dejar la memoria de Cristo, sino mudar el modo no más, y si antes lo considerabas estando quieto, y a solas, que en yéndote de allí, vayas también considerando en tus ocupaciones lo mismo

que antes considerabas, u otro misterio acerca de Cristo y de su Pasión, u otra cosa de Dios, o de tu miseria; y con esas consideraciones buenas, has de andar ocupado todo el día y procurar andar en su presencia, y por lo menos deseárselo siempre: que ese deseo sólo y ese ansia de andar en Dios, es altísima cosa, y es presencia de Dios, aunque la memoria, ni el pensamiento, no estén actualmente fijos en Dios.

Y cuando no aciertes a hacer consideración alguna buena, ni de la Pasión, ni de tu miseria, ni de otra cosa, recuperarás a falta de eso, y con muy gran ganancia (y aún quizá mayor) con andar todo el día y a todas horas diciendo interiormente jaculatorias y palabras deseosas de Cristo, nuestro bien, como decirle: *Doleos de mí, Señor*, y de allí a medio cuarto de hora y menos, otra palabra: *Señor no os ofenda yo en nada por vuestra misericordia*, y de allí a otro poco, otra: *¡Oh quién no os hubiera ofendido jamás! Propongo no hacerlo*; y otras a esta traza, como atrás se dijeron; y así a ratos, andar todas las horas del día hablando interiormente con Dios, o con la boca o con el corazón sólo, como

quien trae pastillas de boca en ella, que de cuando en cuando, en acabándose una, toma otra; así, en habiendo dicho una jaculación, y pasado un ratico, decir otra, y de allí a poco otra, que esto es una cosa facilísima y de gran consuelo y alivio para las penalidades de esta vida.

Y de hacer eso no hay que dar excusa, ni hay ocupación en que no se pueda hacer. Y está muy divertido, que aunque te sientas seco y sin ninguna gana de decirle algo a Dios, sino que parece que no se te levanta el corazón para cosa buena, que no por eso dejes de usar de esas jaculaciones, aunque sean friamente dichas y aunque te parezca que no te entra de los dientes adentro, que aunque sea de ese modo te será de mucho provecho, y el tiempo te lo dirá. No hay sino proseguir siempre, aunque estés desganado, que no hay que aguardar a la gana para esto, como al enfermo, que aunque coma con hastío y reventando, con todo eso le sustenta la comida mal o bien pasada: así a la persona desganada en las cosas de Dios y enferma con pecados y miserias le será sustento y vida el andar comunicando con Su Majestad a todas horas; que quien se refriega a menudo con unos guantes de ám-

bar, ¿cómo puede dejar de oler a ámbar? Así quien comunica mucho con Dios, a menudo, ¿cómo puede dejar de pegársele algo de Dios y de oler a El?

CAPITULO VII

Que se ha de aplicar el modo de deletrear, y considerar en Cristo en los demás misterios, conforme al ejemplo puesto en el de la columna

Con lo que hemos dicho del modo que se ha de tener en el deletrear, y considerar este paso de los azotes, queda bastantemente declarado lo que a este modo se puede considerar en todos los demás: como en la oración del Huerto, en la bofetada, en la corona de espinas, en el crucificarle, etc. Que es considerar, en cada uno de esos trances, los intensísimos dolores, las congojas, las ansias, las afrentas, el amor y paciencia con que lo padecía y también la Majestad soberana que lo padecía, o por quién que era un

vilísimo gusano; y usando de las palabras y jaculaciones entreveradas que se dijo, y deteniéndose en el buen deseo o afecto que se sintiere sin meditar por entonces, y cuando no hubiera ningún deseo ni devoción, ni afligirse, ni dejarlo, sino perseverar; y, finalmente, todo lo que queda dicho y advertido hasta aquí acerca de ese paso de los azotes, todo eso se ha de aplicar y guardar en su modo en cada uno de los demás misterios.

Y cuando en el misterio que se quiere considerar no hubiera cosa de Pasión, como en el Nacimiento, Vida y Resurrección, se podrá considerar el beneficio y amor tan singular de querer, siendo Su Majestad, obrar por un vil pecador tales finezas y misterios.

Y de los misterios y A B C puesto, podrás considerar y deletrear uno o dos a la mañana, y a la noche otros tantos, o aquel en que mejor te halles, aunque sea siempre uno mismo, en todo un día, o uno mismo en muchos días.

Y si no acertares acaso a considerar los demás misterios que van puestos en este A B C, por no ir deletreados y digeridos, como lo va este misterio de los azotes, no te dé cuidado, porque

ese mismo le podrás repetir y considerar cada vez, cada día y siempre, y tendrás tanto que deletrear y aprender de él y podrás sacar tanto provecho como de considerarlos todos: que, pues, es el mismo Jesucristo en un paso que en los demás, y la misma Majestad, y cada paso es de infinito misterio, de ése sólo podrás sacar tanto provecho como de considerarlos todos; y así repite ése siempre y date a considerarle, y topará luz de vida eterna.

CAPITULO VIII

Que de la consideración de los misterios de Cristo se ha de usar en el oír misa, comulgar y dar gracias

También te advierto que podrás aplicar estas consideraciones de los misterios de Cristo, y ocuparte de ellas cuando oyeres misa, comulgares y dieres gracias después: porque mejor se oye misa considerando lo que se celebra en ella, que es la Pasión y Muerte de Nuestro Redentor, que no rezando; y mejor se prepara para comulgar y se da gracias considerando que vas a recibir al Omnipotente Dios, que por ti hizo tales finezas de amor, que se dejó dar cinco mil azotes y quitar la vida en una cruz; y después de haberle

recibido, volver a considerar lo mismo, creyendo que le tienes ya en tu alma, y así dársela, y el corazón, y la vida, para que se haga de ti y de todas tus cosas lo que más fuere servido; mejor, pues, se hace de esta suerte que no rezando sólo con la boca, pues Su Majestad nos enseñó lo hiciéramos así, diciendo: *siempre que hicieseis estas cosas* (de comulgar y celebrar estos misterios) *haced memoria de mi* ⁷².

Por lo cual podrás, cuando oyeres misa y comulgares, considerar en un misterio de los dichos, del modo que se dijo en la práctica del misterio de la columna, o en los que quisieres de por junto y en común, admirándote de que este Señor haya pasado por ti tales tormentos, tal pasión, tal muerte. Y de ese modo, recogido dentro de ti, cumples mejor con el precepto de oír misa.

⁷² *Lc.*, XXII, 5; *I Cor.*, XI, 24-25.

CAPITULO IX

Que no nos debemos de contentar con sola la consideración de los misterios y virtudes de Cristo, sino pasar a su imitación

Cosa cierta es que vino Cristo al mundo, no sólo a redimirle, sino a enseñarle el camino del cielo. Y así el ejemplar y dechado cristiano donde se ha de aprender a caminar ese camino ha de ser, en la vida, hechos y virtudes de Cristo nuestro bien. Por lo cual no se ha de contentar con haber leído y meditado sus misterios y virtudes, sino que ha de procurar imitarlas con todas veras, en cuanto sus fuerzas alcancen. Y, como decía San Pablo, el cristiano ha de andar vestido de Jesucristo, *vestios*—decía el Após-

tol—*de nuestro Señor Jesucristo*⁷³. Esto es, vestíos sus costumbres, sus virtudes y obras, para que parezcáis cada uno un Jesucristo.

Y así no te has de contentar con haber meditado las afrentas que pasó Su Majestad delante de los jueces. Las bofetadas, los desprecios, el tenerle en menos que a Barrabás, sino procurar el imitarle, sufriendo cuando te veas desestimado, y callado cuando te digan la palabra picante: ni te has de contentar con haber considerado su humildad y silencio, viéndole maltratar, azotar y crucificar sin culpa, sino aprender a callar y no volver tanto por ti cuando te riñan o imputen algunas faltas, aunque no tengas culpa en ellas, que cuando de presente no la tengas, otras habrás hecho en tu vida porque merezcas el infierno, y así sufre eso con silencio⁷⁴.

Ni te has de contentar con haber considerado su desnudez y pobreza, con que vivió y murió en un palo, sin tener donde arrimar la cabeza, sino

⁷³ *Rom.*, XIII, 14. Véase lo parecido de este párrafo, y de todo este capítulo, con el capítulo proemial del *Camino Derecho*.

⁷⁴ Las ediciones posteriores cambian así las últimas palabras: *y así sufre eso con silencio, que quien merecía el infierno, ¿de qué se queja?*

procurar imitarle, contentándote con lo preciso para vestir y comer mientras vives en esta miserable vida: y por lo menos quitar mil gastos excusados, vestidos y sustento sobrado y muchas alhajas y bienes que no sirven más que para adornar paredes, hermohear el yeso y embarazar aposentos, teniendo ahí el dinero detenido, parado, y embelesado como su dueño, con lo cual si se redujese a dinero se podían vestir y sustentar millares de pobres y hospitales, que se andan muriendo de hambre y desnudez.

Ni te has de contentar con haber visto su total resignación en las manos del Padre Eterno, dejándose en ellas para que en vida y muerte hiciese de El lo que quisiese, no queriendo su salud, su vida ni su honra, ni su voluntad en cosa alguna, sino que has de procurar imitarla con todas veras posibles, arrojándote en las manos de Dios, para que haga y deshaga de ti en vida y en muerte, en salud y en enfermedad, en honra y en hacienda, y en todo lo que fuere más servido; y puedes estar seguro que si te dejas a su voluntad, que ésa será de hacer todo lo que a ti mejor te estuviere.

Y a este modo dicho, no te has de contentar

con haber considerado los demás misterios y virtudes de este Señor, sino procurar, en cuanto te sea posible, imitarle en ellas, siguiendo sus pasos y poniendo en ellos el corazón y la imitación.

CAPITULO X

*Que no porque haya pensamientos impertinentes
y falta de devoción, no por eso deja de ser
buena la oración*

Adviértote que no se te dé nada, aunque sientas en ti millones de pensamientos impertinentes, deshonestos, disparates y cuidados que suelen venir en el tiempo que se reza o tiene oración; porque no por eso dejas de estar agradando a Dios, con tal que no los quieras de propósito, ni estés advertidamente pensando en ellos; y si te dan pena y no quisieras tenerlos, es señal clara que no los quieres de propósito; y, así, en cayendo que estabas divertido en ellos (aunque haya sido el divertirti mucho rato), procura blandamente

desviarlos, esto es, no hacer caso de ellos y sin hacerte fuerza, y si porfiaren más y más, de manera que no puedas desecharlos, no te aflijas, sino sufre con paciencia lo que te molesta y cree sin duda ninguna que ellos no vienen sin permisión de Dios, y que Su Majestad los permite para tu ejercicio y para probar tu perseverancia, y así persevera y no te vayas de ahí.

Y si te sintieras seco, indevoto, confórmate con la voluntad de Dios, que lo permite así, y no te estés estrujando y haciéndote fuerza a sacar devoción y sentimiento, que mientras más fuerza hicieres será peor. Sabe que cualquiera cosa que ahí te viniere de bueno es dádiva liberalísima de Dios, y que no lo has de sacar a fuerza de quererlo, sino a fuerza de no hacer fuerza, y así resígnate en que te dé o no te dé devoción, o nada, o lo que El quisiere.

Porque allí no vas a estar recogido o distraído, devoto o indevoto, quieto o inquieto, sino a que se cumpla en ti la voluntad de Dios, que a ti no te toca más de no querer divertirte de propósito, ni voluntariamente, y en los demás hágase la voluntad de Dios, y venga o no venga la devoción, y perseverar de todas maneras.

El perseverar en la oración, con fervor y recogimiento, no hay mucho que agradecerte (que un salteador de caminos, si Dios en aquel monte le tocase con devoción y fervor, tendría oración), la gracia y fineza es perseverar sin devoción, sin gana, con repugnancia, y que parece que cada instante se hace un día; entonces el perseverar es gran fineza, y aún añadir algo más de lo que se había de estar: que es consejo de la Santa madre Teresa de Jesús ⁷⁵.

Y ten por cierto que muchas veces te será más meritorio el estar con esa sequedad, sin devoción y molestado de pensamientos, sufriendolos por Dios, que el estar devoto y fervoroso a tu entender.

Y así toma esta regla: Si perseveraste mucho con buena intención, mucho negociaste; si perseveraste poco, poco negociaste. Como el que se llega al sol, que si está mucho en él, mucho se calienta, y si está poco, poco se calienta ⁷⁶.

⁷⁵ Op. cit., *Vida*, cap. XI, y en otros capítulos.

⁷⁶ Las ediciones posteriores ponen a continuación los trozos que habían suprimido del cap. III, de la segunda parte, a que nos referimos en la nota 70. Dentro de este mismo capítulo décimo hacen un subtítulo así: *Que obra mucho el alma en el tiempo de las sequedades, aunque ella piense no hace nada.*

CAPITULO XI

Que aunque más pensamientos haya, con todo eso hay oración, con la buena voluntad de tenerla, así como con la voluntad de pecar se peca. Y que la llave de aprovechar en ella no consiste en estar con gusto y devoción, sino en el perseverar y más perseverar

Y si últimamente te pareciere no hacer cosa de provecho (porque el demonio suele persuadir mucho esto, para que se deje), respóndete a ti mismo que con provecho o sin provecho, frío o caliente, sea como fuere, tú has de estar ahí y creer a quien te lo dice y no a tu pensamiento, y aunque te parezca echas ese tiempo a mal, lo has de echar y perseverar, que no es echarlo, sino ganarlo.

Hazlo tú así, y a buen seguro que antes de muchos días veas si aprovechas o no.

Y para que veas con cuán poco se contenta Dios y cuán fácil es el agradarle ahí (y que no es menester, como algunos lo imaginaban, estar muy espetados, sin rebullir, ni escupir, ni resollar), sino que se puede estar con grande desahogo y descanso, muy a su placer, sin matarse, ni apretar los ojos, ni la cabeza. Hágote, pues, saber que como Dios quiere corazones, esto es buena voluntad y deseo de agradarle, que ora estés meditando algo, ora no aciertes a pensar nada, ni atar ni desatar, ni a entrar ni a salir, con todo eso, como tú te estés allí con esa buena voluntad y deseo de agradarle, con eso tienes oración, y este Señor se da por servido y te premiará el perseverar, aunque más te parezca que no haces nada ni vale cosa cuanto haces, que como tu deseo sea de que valga algo y agradarle, ya con eso le agradas.

Pregúntote (para que lo veas claro) si tú entrarás en una casa con deseo y voluntad determinada de ofender a Dios mortalmente, aunque después no lo ejecutaras, ni hubiera ocasión para ello, aquella voluntad sola, ¿no era ya pecado

mortal y gravísima ofensa de Dios, y merecías el infierno y te lo castigará Dios? Eso es cierto. Pues de la misma manera si tú vas a estar con Dios, con deseo de tener oración y con voluntad de acertar, con esa sola voluntad buena le agradas y tienes oración y te lo premiará, aunque en el hecho no aciertes a considerar y meditar como tú quisieras; que Dios no es desigual, y si está pronto para castigar la mala voluntad de pecar, mucho más lo estará para premiar la buena voluntad de acertar. Harto te he dicho no hay sino perseverar, y no dejarlo por falta de gana o por sobra de pereza: que hasta lástima es que andes escatimándole a Dios unos pocos ratos que ocupes con El, y tomando de todo excusa para no asistir a ellos: echa, pues, fuera la pereza y persevera.

Que el aprovechar así consiste lo más en el perseverar y más perseverar; que el que no persevera ya lo pierde todo; mas el que persevera mal o bien, seco o frío, con devoción o sin ella, como él persevere, siempre saca fruto: como el que va a un camino, que si él camina todos los días, aunque vaya de muy mala gana y aunque vaya reventando o vaya como fuere, como él no

se pare ningún día, es cierto que siempre gana tierra y va adelante; mas si se para un sólo día, ya se ve, para el viaje, y todo cesa; así acá, el que cada día persevera, sea como fuere, como él no se pare, siempre gana tierra (y aún cielo, por mejor decir); mas si se para un día, todo el viaje para. Por lo cual, cuidado con el perseverar, que ahí está la llave, y así Nuestro Señor, hablando de la perseverancia en el obrar bien, dijo: *Que el que perseverare será salvo*⁷⁷. Y no dijo el que perseverare con devoción, fervor o con gana será salvo, sino el que perseverare: para enseñarnos que la llave de todo está en el perseverar sea como fuere, seco, frío, indevoto o desganado.

⁷⁷ *Mt.*, XII, 22.

CAPITULO XII

*Prosigue que el aprovechar consiste en el
perseverar*

Está, pues, la llave del agradar a Dios y del aprovechar en el perseverar: y así ahí ha de ser todo el cuidado. Por lo cual importa mucho hacer el ánimo con resolución verdadera, a que ningún caso ha de faltar ningún día los ratos de oración, aunque sea a pedazos y cuartos de hora, porque en los principios importa mucho todo este tesón, hasta echar raíces en el perseverar, que después ella misma está llamando interiormente y no hay hallarse sin oración.

Y así es menester cuidar de que si no puede

ser luego temprano la oración de la mañana, que sea después a las ocho, o a las diez, o antes de mediodía; y la oración de la noche, si pareciera no habrá lugar si se guarda para tarde, procurar tenerla después de la siesta o a las cuatro, o entre dos luces; y, finalmente, andar con cuidado de prevenirse no falten sus dos veces cada día, sea a las horas que fuere, tarde o temprano, con sueño o sin él, quieto o inquieto, o como quiera que sea, aunque no sea sino un poco cada vez (si no hubiere más lugar), para que vea Nuestro Señor que ya no queda por ti, sino por no haber lugar para que dure más.

Este prevenirse antes, cuando se presume no ha de haber lugar después, a la noche para la oración, es importante mucho, para que ningún día falte; y así reparó muy bien San Pascasio sobre la oración de Cristo en el Huerto, que fué dividida en tres horas diversas, una vez, y otra, y tercera, y pregunta el Santo: *¿para qué la dividió en tres veces y no oró de una vez arreo?*, y responde: *que como Cristo había de estar tres días muerto en el sepulcro sin tener oración, se previno antes con tenerla tres veces, para suplir esos tres días porque no le faltase ninguno de*

*tenerla ni aun estando muerto*⁷⁸; enseñándonos en eso el cuidado que hemos de poner en prevenirnos con tener oración a una hora cuando vemos que después no la podemos tener en otra; y que si por las ocupaciones no pudiere ser luego por la mañana, sea más tarde, y si no pudiere ser a esa hora, que sea a otra.

Advertencia para los que no pueden meditar.

Esta *Cartilla* habla con los que pueden meditar y se aplican a eso; que para los que no pueden meditar haremos después otra, siendo Dios servido, o un libro que trate de eso. Y advierto esto, porque son muchas las personas a quien Dios no lleva por la meditación, y así no hay para qué pensarse de ver que no pueden hacerlo, sino perseverar en su oración, aunque no mediten; que con estar allí creyendo que están en presencia de Dios, deseando agradarle y resignadas en sus manos, con eso hacen grande hacienda, aunque estén secas, combatidas de pensamientos y sin devoción sensible.

⁷⁸ San Pascasio Radberto, *Expositio in Matheum*, libro XII, cap. xxvi, P. L. 120, 911.

Y así tú no te aflijas de no poder sosegar la imaginación en Dios, porque se te borra de ella aunque más lo procuras.

Alégrate con creer que estás delante de El y dile: *Señor, lo que yo no sé hacer, hacedlo Vos por mí;* y consuélate con saber que ya que tú no tienes fijo siempre en Dios el pensamiento, que Su Majestad le tiene perpetuamente puesto en ti, y como Padre amoroso te está mirando, sin que un tan solo punto te pierda de vista: ¡Oh gran consuelo!

Fíjate, pues, de El y arrójate todo en El, como en manos de Padre, y echa fuera el amor propio con que tanto te miras, y persevera siempre y todos los días delante de tu Dios, que El hará como Criador y Redentor piadoso, ya que tú haces como flaca criatura; que cada uno hace como quien es ⁷⁹.

FIN DE ESTA CARTILLA

⁷⁹ Las ediciones posteriores añaden este consejo: *Ya habrás leído la Cartilla; mas aconséjote que la leas de cuando en cuando, especialmente la tercera parte de ella, que lo que una vez leído no hace fuerza, otra vez convence, y alienta para perseverar.*

INTRODUCCION A LA «CARTILLA SEGUNDA»

I. *Historia*: Título. Fecha de composición. Primera edición. Traducciones italianas. Estilo.—II. *Doctrina*: Cuatro advertencias fundamentales. Exposición doctrinal.—III. *Génesis y repercusiones* de esta doctrina.—IV. *Conclusión*—V. *Nuestra edición crítica*.

I. HISTORIA.

Ya hemos visto en la *Introducción* a la *Cartilla primera* cómo y por qué se decidió Falconi a escribir las *Cartillas* y bautizar con este nombre a sus obritas. Baste ahora recordar que otro mercedario, el padre lector fray Fernando Lasarte, un siglo más tarde, en el año 1765, reme-

mora el mismo título en su obra: *Cartilla/de/ Oración,/sacada de los Santos Padres y Doctores Mysticos/...*¹

En mis primeros pasos por los estudios falconianos había llegado a sospechar que la *Cartilla segunda* fuera concebida anteriormente a la *primera*, imaginando que el venerable, tan pronto se dió al apostolado, puso en práctica la doctrina de la *segunda*, y que luego, siendo mal comprendido y hasta atacado (como veremos después y en la *Carta a un religioso*), escribiese la *primera* en prueba de que no despreciaba la meditación y de que la consideraba como medio ordinariamente necesario para la contemplación activa y oración de fe.

Pero, andando el tiempo y vista toda la textura sistemática oracional del mercedario, se ve que aun ideológicamente (pues de hecho ya no se podía poner en duda) la *Cartilla primera* fué anterior a la *segunda*. Y permítasenos esto, que a primera vista parece una verdad de Perogrullo.

Así, pues, no solamente se imprimió la *Cartilla segunda* después de la *primera*, sino que también fué escrita después de la *primera*, y que así se

¹ «En Pamplona, por Antonio Castilla, impresor.» Digo que esta obra debió imprimirse por el año 1765, porque las *Aprobaciones* de fray Juan Gregorio González de Assarta y del maestro fray Angel Antonio García están firmadas en Pamplona y en Estella, respectivamente, el año 1765.

deben entender las palabras: «Haremos después otra»². Se verá más claramente cuando exponamos la doctrina de esta *Cartilla segunda*.

El autor promete esta obra suya en tres de sus escritos. Dos de ellos publicados en vida de Falconi³. El otro, póstumo⁴.

En *Carta a una hija espiritual*⁵ se alude también a la *Cartilla segunda*: «Pero un librito tengo ya casi acabado para imprimir, donde más a la larga podrá usted ver acerca de esta doctrina, al cual me remito.» La *Carta* está fechada en Madrid, a 23 de julio de 1628. El librito a que se refiere es, sin duda alguna, la *Cartilla segunda*, porque es aquí donde trata el mismo asunto de la *Carta*.

Y si bien el *Camino Derecho* versa también sobre el mismo tema, no puede referirse a este libro, porque *Camino Derecho* se está escribiendo aún por los años 1635 ó 1636, según lo asegura el mismo Falconi⁶: «La primera *Cartilla*, que salió a luz este año.» Y ya hemos dicho⁷ que la primera edición de la *Cartilla primera*

² *Cartilla primera*, parte tercera, cap. XII.

³ *Cartilla primera*, parte primera, cap. I; parte tercera, cap. XII. *Vida de Dios*, prólogo. *Tratado de la oración*, cap. V.

⁴ *Camino Derecho*, cap. proemial.

⁵ Párrafo último.

⁶ *Camino Derecho*, cap. proemial.

⁷ *Introducción a la Cartilla primera*.

debió de hacerse por los años 1635 ó 1636. Además, en *Camino Derecho*⁸ se dice de la *Cartilla segunda* que está ya escrita.

Siendo esto así, y estando la *Cartilla segunda* «ya casi acabada para imprimir» en el año 1628, ¿por qué no se ha impreso en vida del autor, sabiendo, por otra parte, que tenía esa intención Falconi en 1628, y la seguía teniendo cuando escribe *Camino Derecho*: «Se dará a la estampa muy presto»?⁹

¿Medidas de prudencia? Porque la doctrina aquí expuesta se discutía acaloradamente fuera de la Orden mercedaria sobre todo, pero aun dentro de la misma provincia de Castilla. ¿Y que quizá esto nos diera también la razón de por qué no se publique, por vez primera, en la provincia de la Merced de Castilla, sino que vaya a editarse primeramente a la provincia de Aragón y por un religioso de aquella provincia? Se me figura ver en medio de esta cuestión al gran Marcos Salmerón, siempre celoso y atento a las probables repercusiones que la actuación de los religiosos podía tener externamente.

El manuscrito de la *Cartilla segunda* se presenta por el procurador al juez del *Proceso Or-*

⁸ *Ibid.*

⁹ *Camino Derecho*, *ibid.* En el mismo *Camino Derecho* cita varias veces a la *Cartilla segunda*, verbigracia: Lib. I, caps. I, IV, VI; lib. II, cap. XIV; lib. III, caps. V, VIII, XI, XVII, XXV, XXVI, XXXII, XXXIV.

*dinario*¹⁰ como obra de nuestro venerable: «...y otro manuscrito que le intitula *Segunda Cartilla*».

Ignoro el paradero de este manuscrito, pero pienso que se hallará en los archivos de Zaragoza. A Zaragoza lo llevó el padre Pedro Arriola, preparador de la primera edición y del Archivo de la Merced.

La primera edición la preparó, como acabo de decir, el padre Arriola, maestro en teología y comendador que fué de Pamplona y Estella, en la misma ciudad de Zaragoza, con el siguiente título:

Sacro monumento/Cartilla segunda/para leer en Cristo sueltamente/que el venerable P. Presentado Fray/Juan Falconi, digno hijo de la muy esclare/cida y religiosa provincia de Castilla/de los padres calzados, de la Orden Real,/I Militar de Nuestra Señora de la Merced,/Redención de Cautivos, prometió en/vida, y prendas de su amor/dexo en muerte./Precioso, I celestial tesoro,/que consagra el P. Presentado Fray Pedro de/Arriola (indigno hijo de la misma Orden,/en la provincia de Aragón) a la Soberana/Reina de los Angeles, la Virgen Santisima de los Remedios, patrona de aquel/famoso panteón de/Madrid/singular esperanza de la corte./Que le alcanzó vivo, le veneró padre, le/temió amigo, le

¹⁰ Folio 317.

amó severo, /le lloró difunto... Con licencia/En Zaragoza: en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, año 1651.

Sobre esta edición, lo mismo que sobre otras muchas que ha tenido esta obra, véase nuestra monografía de Falconi, parte segunda, capítulo I. Con esta edición de Zaragoza aparece también, por vez primera, el *Compendio breve de la vida del autor el siervo de Dios y Venerable P. Presentado fray Juan Falconi*, escrito por el mismo Arriola, que luego figurará siempre en todas las ediciones de *Obras Espirituales* recogidas por Sanchiz.

El título que llevará ordinariamente esta *Cartilla segunda* en las *Obras Espirituales* será este: *Cartilla segunda para leer sueltamente en Cristo*.

Se ha traducido al francés y al italiano, siendo varias las ediciones habidas, sobre todo en Italia, en donde una de las ediciones ha sido puesta en el *Índice* de libros prohibidos por Decreto de 1 de abril, feria V, año 1688. Ya dejamos indicado¹¹ que la edición prohibida es la hecha en Roma el año 1680, cuya impresión hizo Michele Ercole a instancias de Carlos Capodoro y cuya traducción se atribuye a Balducci.

¹¹ En nuestra tan citada monografía: *Fr. Juan Falconi de Bustamante*. Madrid, 1955, págs. 150 y siguientes. En las págs. 259 y sigs. verificamos una detallada confrontación de la traducción italiana y el original español.

No se puede decir en manera alguna lo que asegura el sacramentino padre Eugenio Talour, entusiasta falconófilo, en carta del 27 de agosto de 1905¹²:

«...j'ai confronté la traduction italienne de l'alfabeto avec le texte espagnol de la *Segunda Cartilla*. Cette confrontation m'a conduit a ce resultat que Balducci avait fait une traduction correcte».

Tampoco es cierta la afirmación: «Minime conformen cum originali hispanico», como se expresa el padre Serratosa¹³.

No se trata, pues, de una traducción totalmente falseada, pero tampoco es una traducción del todo fiel. Ni mucho menos. Déjase entrever muchas veces la intención (¿mala y torcida?) de disminuir y aminorar lo posible el sentido marcadamente antiquietista de la obra, tanto en la supresión de ciertas frases significativas como en la traducción de otras, etc. Aunque no se tergiversa ni adultera el sentido fundamental de la obra (para ello tenían que destruirla y hacer otra nueva), lo debilita notablemente.

* * *

¹² Original en el Archivo General de la Orden de la Merced, Roma.

¹³ Cfr. *Venerabilis Dei Servus P. Fr. Joannis Falconi, Orden de Mercede, a Quietismi nota vindicatus*, cuyo original poseemos.

La traducción italiana hecha por el capuchino padre José de Melandogno, cuya primera impresión se hace en Lecce, año 1660, y luego se repite, está más ajustada al texto español, notándosele tan sólo algunos pequeños defectos sin importancia, como la supresión del último párrafo del capítulo v, tratado I, del original español, etc.

* * *

En las primeras ediciones españolas (como la de 1656, Zaragoza, sin año, etc.) no llevan aún los párrafos el nombre de capítulos. Suele ser fiel reproducción de la de Zaragoza, 1651, añadida o suprimida alguna palabra que no desvirtúa en nada el texto. La edición hecha en Madrid, impresor don Pedro Marín, año 1780, es la que más frases (aunque pocas) explicativas añade, sobre todo en el capítulo x (tratado II), en donde añade el párrafo:

«De ningún santo se puede asegurar con verdad que dejase de padecer esas o semejantes distracciones...», etc.,

y explica cuidadosamente de qué clase eran los pensamientos que Jesucristo tuvo en el Huerto, pensamiento de que habla Falconi en uno de los párrafos. Tampoco afectan a la esencia del texto y son innecesarias.

* * *

Antes de pasar a exponer el contenido doctrinal, demos un recorrido artístico, siquiera sea brevísimo, sobre la *Cartilla segunda*, y fijémosnos cómo la pluma falconiana se desenvuelve al clásico modo. Sin literatura superflua, con delicadeza, con clara y didáctica amenidad. Parece que está constantemente dialogando con otra segunda persona, que es el lector, a quien trata familiarmente de tú. Como si fuera una conversación, no por espiritual menos agradable, desarrollada, en vez de a las orillas del Tormes —a guisa de los dialogantes de los *Nombres de Cristo*—, en un sillón fraileroy de la sacristía de los Remedios, o quizá en el mismo confesonario resolviendo a algún penitente sus dudas.

Muy humano y muy buen psicólogo, Falconi no da a sus obras un sentido meramente abstracto. Sin dejar los arreos teológicos y los principios abstractos, se baja siempre a la calle, a lo concreto, al individuo. Lo envuelve todo de un humanismo elegante. Así hará que sus obras sean estilísticamente encantadoras y espiritualmente sólidas. Siempre lo concreto e individual tiene repercusiones en lo abstracto. Sobre todo en el orden espiritual, donde Dios tiene su estilo (siempre supuesto lo que es inmutable) en cada alma, como infinitamente sabio que es.

II. DOCTRINA.

Cual pilastras básicas en el sistema oracionista falconiano y necesarias para el recto enjuiciamiento de su doctrina, siempre a tener delante de nuestros ojos cuando leemos los escritos ascéticos del mercedario, anteponeamos unas cuantas *advertencias o principios preliminares*. De este modo, en lo futuro nadie que sea científico y razonable podrá desgarrar impunemente la túnica inconsútil de la doctrina del venerable con una frase cogida al azar e interpretada a su talante.

A los lectores de la *Cartilla segunda* advirtió cierto autor: «El padre Falconi no habría de variar su doctrina enseñando en su *Cartilla segunda* cosa que contradiga la *primera* ¹⁴.

Advertencia primera.

Tres son los escritos de Falconi que tratan el mismísimo asunto oracionista: la *Carta a una hija espiritual*, *Cartilla segunda* y *Camino Derecho*. Los tres tienen idéntico tema. Lo probaremos por las mismas palabras del autor, el cual es aquí la máxima autoridad interpretativa, con-

¹⁴ Archivo Histórico Nacional, Madrid, legajo 9, número 11, o legajo 4.480, Inquisición.

firmada por la naturaleza de la doctrina expuesta en las tres obras citadas.

Ya dejamos dicho cómo el autor, al final de la *Carta a una hija espiritual*, con las palabras:

«No puedo alargarme más ahora, pero un *librito* tengo ya casi acabado, para imprimir, donde más a la larga podrá usted ver acerca de esta *doctrina*, al cual me remito.» Se refiere a la *Cartilla segunda*.

Por tanto, la *Cartilla segunda* versa acerca de de esta doctrina, de la doctrina de la *Carta*. De ahí: *al cual me remito*.

No cabe, pues, la menor duda que, según Falconi, la *Carta* y la *Cartilla segunda* tratan de la misma materia.

Pero aún hay más. La *Cartilla segunda* habla «a los discípulos»¹⁵. Falconi quería también escribir sobre este mismo asunto «a los maestros según la sentencia de los santos y maestros de esto»¹⁶. Y quería que ésta fuese no una simple *Cartilla*, sino un «libro que trate de esto»¹⁷.

Esté libro se escribió. Es el *Camino Derecho*. Lo pregonan así la doctrina allí expuesta y las palabras expresas de este mismo libro¹⁸. Son

¹⁵ *Cartilla segunda*, trat. I cap. I.

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ *Cartilla primera*, cap. XII, pág. 3.

¹⁸ Cfr. cap. proemial, lib. II, caps. I y XIV; lib. III, cap. V; lib. III, caps. VIII, IX, XI, XVI, XXV, XXVI, XXXI y XXXII.

los libros II y III los que tratan exclusivamente de esta misma materia de la *Carta* y de la *Cartilla segunda*, pues el libro I de la contemplación activa en general, y los libros II y III, de una ligera modalidad de esta misma contemplación activa: «Otro segundo modo de oración de contemplación»¹⁹, para lo cual ha puesto ya «muchas razones» en la *Cartilla segunda*²⁰. En qué consiste esta modalidad casi imperceptible lo veremos más adelante.

Tiene su trascendental importancia esta conexión entre las tres obras falconianas (aún se podía decir entre las cuatro, incluyendo la *Carta a un religioso*), porque es entonces solamente cuando las palabras y las frases tienen su auténtico y verdadero sentido. Estas tres obras falconianas, en especie de tres círculos concéntricos de menor a mayor, van deshebrando el ovillo, que, indicado ya en la *Cartilla primera*²¹, tiene su primera fase de desarrollo en la *Carta a una hija espiritual*; la segunda, más amplia, en la *Cartilla segunda*, y culmina con la tercera fase en el *Camino Derecho*. Los mismos conceptos, así como las mismas citas y frases, se repiten machaconamente.

¹⁹ Lib. II, cap. I.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Parte primera, cap. I; parte tercera, cap. XII.

Advertencia segunda.

Vimos en la *Cartilla primera*²² el aprecio y la importancia que da fray Juan Falconi a la oración vocal bien hecha, sea a la «Virgen y los santos», etc. Principalmente si esa oración vocal es «de obligación por voto, precepto, hora canónica»²³. Y aunque recalque en sus obras la superioridad de la oración mental, por ser más perfecta en sí que la vocal:

«Pero esto de callar y no rezar en el coro y oficios divinos se entiende quien no tiene obligación de rezar, que quien la tiene claro es ha de rezar, no sólo con la boca, pero con el corazón atender a que está en la presencia de Dios, que es la mejor manera de atención»²⁴.

Para hacer bien la oración vocal, da normas en la *Cartilla primera*²⁵ y en el *Camino Derecho*²⁶, en donde dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«...que vale más tener pocas devociones y rezarlas bien, que muchas sin esta calidad»; que «...son buenas si se hace como se debe»; rezando, «...en primer lu-

²² Parte tercera, cap. I.

²³ *Ibid.*

²⁴ *Camino Derecho*, lib. III, cap. III.

²⁵ Lib. I, cap. I; lib. IV, cap. IX.

²⁶ Parte tercera, cap. I, de la *Cartilla primera*.

gar, lo que es de obligación de horas canónicas, o voto que hayas hecho, o conmutación, o penitencia, u otra obligación que obligue a pecado»; «...porque primero son las cosas de obligación que las de devoción, y hay algunos, que por tener lugar para devociones, dan priesa a lo que es de obligación, lo cual es manifiesto yerro»²⁷.

No sólo en sus libros. También en su apostolado no menosprecia la oración vocal y la coloca en el sitio que le corresponde. En especial tenía predilección por el santo rosario a la Santísima Virgen:

«...la devoción que el dicho Siervo de Dios tenía a Nuestra Señora fué muy especial, y mandaba que el rosario *se rezase siempre cada día*, y hizo letanías muy de su fervoroso corazón, y decía que para ir a Dios no había otra puerta como la de la Virgen Nuestra Señora, y en todas las necesidades decía se acudiese a Ella, y con la milagrosa imagen de los Remedios, que está en el convento de esta Corte de su Orden, tenía tanta fe y devoción, en especial en conversiones de almas, y decía que esta gran Señora en eso obraba sus mayores maravillas, y que había visto muchas remediadas por la devoción de esta imagen, y que aunque fuesen algunos hombres muy perdidos, como los viese acudir a su capilla, que luego

²⁷ *Ibíd.*

los veía caer como pájaros en la liga de la devoción y reformatión de costumbres»²⁸.

Esta misma devoción la extendía repartiendo «cuentas» y estampas²⁹.

Consigo mismo, Falconi era severo en lo que atañe a la oración vocal, a pesar de que algunas veces sentía casi imposibilidad³⁰.

Ni exageración ni desprecio. He aquí la postura de Falconi con relación a la oración vocal.

²⁸ Condesa de Grajal, *Declaraciones en el Proceso Ordinario de Beatificación*, núm. 5.

Sobre esta misma devoción a la Santísima Virgen, que inculcaba en todos, véanse las *Declaraciones* de Ana de la Riba, núm. 23; sor Isabel de San Jerónimo, núm. 5; Rojas (*Candelero*, págs. 291-311).

²⁹ *Declaraciones* de Francisco Rivero, núm. 49; doña Gregoria de Soria, núm. 49; Francisca de Carniego y Guzmán, núm. 43, cfr., también Rojas, *ibid.*, páginas 465-469.

Más datos sobre su apostolado y la oración vocal y la devoción a la Santísima Virgen en las *Declaraciones* de la condesa de Grajal, núm. 43; Erica, núm. 23; Medrano, núm. 23; González Clemente, núm. 23; así como lo propagandista que fué de la devoción a San Ramón Nonato entre las madres cristianas; *Declaraciones* de María López de Silva, número 43; Rojas, *Candelero*, pág. 266.

³⁰ Cfr. Rojas, *ibid.*, pág. 80; *Declaraciones* de Diego del Peso, núm. 26; López Morales, núm. 26; Valderas, núm. 23; Vázquez de Miranda, núm. 23, etc.

Advertencia tercera.

Exclusivamente sobre la oración vocal el mercedario no ha escrito obra alguna. «No es mi intento en este libro tratar de la oración vocal», dice en el *Camino Derecho* ³¹. Todas sus obras tienen por objeto principal enseñar la oración «mental e interior» ³².

Ahora bien, la oración mental se divide en discursiva y no discursiva. O, dicho en simil hermoso, como le gusta siempre al fiñanés, la *oración mental* es un *leer en Cristo*, libro de *Vida eterna*. Y así como en leer hay dos partes principales, escalonadas, que se llaman *juntar partes o deletrear y leer sueltamente*, así en la oración hay, primero, el *deletrear*, que es la oración mental discursiva; segundo, el *leer sueltamente*, que es la oración de fe, llamada también contemplación activa, de simple mirada, de simple presencia de Dios o simple entregamiento, etc. Para enseñar a *deletrear y juntar partes* están la *Cartilla primera* y la *Vida de Dios* (segunda parte); para enseñar a *leer sueltamente* están la *Carta a una hija espiritual*, *Cartilla segunda* y *Camino Derecho* ³³.

³¹ Lib. I, cap. I.

³² *Ibid.*

³³ Cfr. *Cartilla primera*, parte primera, cap. I, y parte tercera, cap. XII; *Vida de Dios*, prólogo; *Cartilla segunda*, prólogo; *Camino Derecho*, cap. proemial.

Según esto, para Falconi la oración es eminentemente cristocentrista, *leer en Cristo* sin quitar el leer en *las miserias propias y otras consideraciones*³⁴, pues las obras y virtudes de Cristo son el dechado que, sin mucha dificultad, pueden y deben imitar los fieles; el cuidado y la mira de todos había de ser siempre y en todas partes andar vestidos de Jesucristo, como dijo San Pablo: «Induimini Dominum nostrum Jesum Christum...»³⁵. De ahí que diga que tanto la *Cartilla primera* como la *segunda* enseñan «sustancialmente» lo mismo, pues, las dos enseñan a *leer en Cristo*, con el fin de imitar sus virtudes y asemejarse lo más posible a El:

«...que eso es lo principal, y para que con eso se inclinase tu voluntad a amarle, guardar sus mandamientos y resignarse totalmente a su voluntad»³⁶.

Por eso dirá también que no hay más que un camino para ir a Dios: Cristo³⁷.

Según el símil falconiano: la oración es *leer en Cristo*, con el objeto de conocerlo e imitarlo;

³⁴ *Cartilla segunda*, trat. I, cap. III; *Camino*, lib. I, cap. IV.

³⁵ *Camino Derecho*, cap. proemial; *Cartilla primera*, parte tercera, cap. IX; *Cartilla segunda*, prólogo, y trat. I, caps. I y II.

³⁶ *Cartilla segunda*, trat. I, cap. II.

³⁷ *Carta a un religioso*, núm. 124.



el *deletrear* ha de ser, de regla ordinaria y común, una operación siempre anterior al *leer sueltamente*. Como un medio al fin. Que es lo que repetirá machaconamente por todas partes: que la oración discursiva debe ser anterior a la contemplación activa, y que ésta viene a ser como la perfección de aquélla; y siempre que se pueda meditar, debe meditar, no dejando la oración discursiva sino cuando no se puede meditar, y como la imposibilidad en el meditar discursivamente y gustar y aplicarse a perseverar en la noticia general de Dios es muchas veces señal de que Dios le llama a la oración de contemplación activa³⁸.

En estas dos últimas obras se dice muchas veces que la *Cartilla segunda* (la cual enseña a leer sueltamente) «habla con los que no pueden discurrir», lo mismo que en el *Camino Derecho*³⁹.

«Todas las cosas tienen su tiempo, como dice el sabio: y así en el tiempo de meditar (que es el de principiantes) entonces es verdad que se ha de discurrir e imaginar, porque eso con todo lo demás toca a la meditación: y ya dijimos se había de perseverar en ella, hasta que se quitase la gana y aplicación al

³⁸ Cfr. *Camino Derecho*, lib. I, lib. II, caps. XIV-XVII; *Cartilla primera*, parte tercera, cap. XII; *Cartilla segunda*, trat. I, pág. 1.

³⁹ Lib. II, cap. I. Véase el epílogo de la *Cartilla segunda*, en donde expone duramente el orden a seguir.

meditar, y que antes de las señales, que ya quedan en el libro primero, que no se había de dejar de meditar»⁴⁰.

En la *Carta a un religioso* repite hasta la saciedad esta misma idea: nadie (de regla ordinaria y común) pase a la contemplación activa o adquirida sin antes pasar el tiempo necesario en la oración discursiva o meditación. En el mismo orden lógico y cronológico de sus dos obras de oración (en torno a las cuales giran todas las otras), *Cartilla primera* y *Cartilla segunda*, se indica manifiestamente la precedencia de la oración discursiva (*Cartilla primera*) a la oración de fe o contemplación activa (*Cartilla segunda*).

Eso mismo practicaba en su apostolado de dirección de almas: «...conocía el estado en que se hallaban, y si los hallaba bien dispuestos con la meditación, los pasaba a la contemplación, dándole Dios especial luz para todo...»⁴¹:

«El dicho Siervo de Dios, dice el P. Gómez en las *Declaraciones* en el Proceso Ordinario de Beatificación, tenía particularísimo don y desahogo para que las personas dadas a la oración mental, desde la meditación subiesen al estado de contemplación de los misterios divinos..., sábelo este testigo porque así se lo

⁴⁰ Cap. XIX; en el cap. XXX expone lo mismo.

⁴¹ Rojas, *ibíd.*, pág. 40; *vid.* también pág. 341.

enseñó como su padre espiritual, y también vió que lo enseñaba a otras personas, y para estos intentos de poner las almas en oración mental y levantarlas de la meditación a la pura contemplación escribió dos libros...»⁴²

Quizá porque, en algunos casos extraordinarios⁴³, Falconi haya aconsejado a ciertas almas la oración de fe, sin antes haber pasado por la meditación, fué causa y objeto de ataques de algunos de sus contemporáneos, echándole en cara, generalizando y saliendo fuera de la cuestión, que estorbaba la meditación con su método de enseñar la oración. Nosotros pensamos que esto haya sido el motivo. Rojas asegura que el motivo de los ataques fué la envidia o emulación no santa que alguna vez habita dentro de las rejillas de los confesonarios:

«Aprobaba los caminos de oración, en que ponía las almas, para que con muy segura facilidad llegasen

⁴² Número 20, folio 140 vuelto. Véanse las *Declaraciones*, en el núm. 20, de Medrano, González Clemente, Beatriz Pereira, López Navarro, López de Mena, Ana de Olías, Marq. de Montalbán, Zapata, Fern. de Castilla, sor Ambrosia de San Antonio, Adarzo de Santander, Beatriz Duarte, sor Isabel de la Cruz, sor Francisca de Cristo, Boil, Elvira Bueno, sor María Manuela, sor Isabel Falconi, etc.

⁴³ Como anota *Vida anónima*, trat. I, cap. v, y Salmerón, *Declaraciones*, núm. 20, con su frase «no a todos».

a estado de unión con Dios; y esto era no de una manera a todas, sino reconociendo donde llegaba cada una..., en viendo que estaban aprovechadas en meditación y bien dispuestas por este camino, las ponía de asiento en la pura contemplación de Dios. En vista sencilla de fe. No querían entenderlo así sus émulos; y publicaban que enseñaba Falconi, era estorbo la meditación para llegar a la contemplación, y no había que detenerse en aquélla, pudiendo entrar, desde luego, en ésta. Lo que enseñó lo dicen sus libros, y no hay para qué repetirlo aquí...»⁴⁴

Si bien, aunque lo ordinario sea primero vía purgativa, luego la iluminación y después la unitiva. «Dios no está atado a estos tiempos», y que algunas veces puede llamar a algún alma, desde los comienzos de la oración a la oración de fe, lo defiende también el Venerable en el *Camino Derecho*⁴⁵.

El método con sus dirigidos, sencillo y eficaz, era: confesión, oración (oral, discursiva y de fe, así graduadas; por supuesto, la oración infusa, si Dios ponía al alma en ella) y comunión frecuente, hasta diaria⁴⁶.

⁴⁴ Rojas, *ibíd.*, pág. 172.

⁴⁵ Lib. I, cap. VIII.

⁴⁶ Cfr. *Vida anónima*, trat. I, cap. VII; Colombo, *Vida*, pág. 130; E. Silva, en *Dictionnaire de théologie catholique*, tomo XIII, segunda parte (París, VI, 1937), columnas 2.005-2.017.

Desde luego, como principio general, sostiene que esta clase de oración de fe es propia de los más aprovechados, si bien, en casos especiales, puedan algunos imperfectos y principiantes usarla ⁴⁷.

Advertencia cuarta.

Quando el mercedario hable y exponga las excelencias de la oración de fe no quiere decir:

«...que todos tengan este modo de orar que aquí se explica (que los caminos de Dios son varios), sino es sólo para los que hallaren en él y Dios llevare por el camino de no meditar» ⁴⁸.

«Ni es fuerza que todos sean contemplativos» ⁴⁹. En el *Camino Derecho* dice que las más veces no se llega a ella por flojedad, por falta de preparación y disposición ⁵⁰.

¿Y cuál será el mejor modo de adoración, se-

⁴⁷ Léanse los caps. VIII y IX de *Camino Derecho*, libro I, y téngase en cuenta todo lo que llevamos dicho, pues «deletrear» es de incipientes, y «leer sueltamente» es ya de aprovechados. Indica el mercedario que esta oración de simplicidad pertenece propiamente a la vida unitiva (cfr. prólogo *Carta segunda; Camino Derecho*, cap. proemial., y lib. III, cap. XXXIV).

⁴⁸ *Cartilla segunda*, trat. I, cap. I.

⁴⁹ *Cartilla primera*, parte primera, cap. v.

⁵⁰ *Camino Derecho*, cap. proemial.

gún Falconi? Oigámosle. Tiene un capítulo precioso sobre el particular ⁵¹. Entresacamos algunos párrafos:

«Todos son maravillosos modos de oración, aunque tan diferentes y varios: porque no está el caso de aprovechar en la oración en que sea de este modo, o de otro, sino en que cada alma vaya por aquel camino a que mejor se acomoda, y de que saca más aprovechamiento y más constantes y vivos deseos de agradar a Dios y de imitar a Cristo; porque ése será para ella el mejor y más importante camino que le fuere más provechoso para el ejercicio de las virtudes y aumento de ellas, aunque el tal camino y modo de oración no sea en sí el más alto ni el más aventajado. Porque el ser el camino de la oración mejor para las almas, no consiste en que sea más alto y más levantado, sino en que para la tal alma sea más a propósito y de más aprovechamiento para la perfección...»

«Este es el oficio del maestro espiritual: y para asegurarse mejor si el camino es bueno, mira cómo aprovecha la tal alma en las virtudes, especialmente en la humildad, en el desasimiento de las cosas y en el deseo de sólo Dios; y si en esto hay aprovechamiento, el camino es bueno, y el que Dios quiere: y será discreción, aunque el espíritu del padre espiritual sea diferente, acomodarse con el penitente y no embarazarle su camino, en que le hará más daño que provecho» ⁵².

⁵¹ *Camino Derecho*, lib. I, cap. XIV.

⁵² Vid. también *ibíd.*, cap. XII.

Esta misma doctrina practicaba en su apostolado ⁵³.

Exposición doctrinal.

Hechas las anteriores *advertencias*, pasamos ya a exponer la doctrina de la *Cartilla segunda*, cuyo asunto, como rezan el mismo título, el prólogo y el capítulo I, tratado I, es enseñar a *leer sueltamente* en Cristo. Nos valdremos para la exposición también del *Camino Derecho*, sobre todo de los libros II y III, pues ya probamos (*advertencia primera*) cómo trata del mismo asunto.

Ante todo, digamos, para que no se olvide nunca, que la *Cartilla segunda* habla solamente con aquellos que no pueden meditar discursivamente:

«Ya se ha dicho para los que pueden meditar en la *Cartilla primera*, ahora hablaremos con los que no pueden» ⁵⁴.

Ahora bien, el *no poder meditar* puede depender de una de estas dos cosas:

⁵³ Cfr. *Declaraciones* en el Proceso Ordinario de Beatificación condesa de Grajal, núm. 20, y demás citados en la *Advertencia tercera*.

⁵⁴ Trat. I, cap. I, título, y en el texto. Véase el subtítulo de la misma *Cartilla segunda*.

a) O porque no saben, «porque no aciertan...».

b) «O porque no pueden más, y Dios no les lleva por ese camino»⁵⁵.

Para los primeros, «los que no aciertan», da Falconi unas normas prácticas con el fin de que no dejen la meditación hasta agotar los métodos posibles:

1.^a Aunque se les borra fácilmente del pensamiento y de la imaginación el punto meditando, que procuren con blandura a volver a pensar en él:

«...y si volviese a borrársete, vuelve tú a acordarte de él, y persevera sin estrujarte, que la naranja, si la exprimen con moderación, da bien el zumo, y si la aprietan mucho lo da amargo. No te aprietes la cabeza que te llenarás de amargura»⁵⁶.

2.^a «Que cuando no puede meditar en un paso, lo procure en otros, o en la miseria propia, u otras consideraciones»⁵⁷; y

3.^a Y si ni blandamente, ni en ningún misterio, ni consideraciones se puede meditar discursivamente:

«...respondo que procures decir algunas jaculaciones o palabras amorosas a Dios, y entretenerte con

⁵⁵ *Ibíd.*

⁵⁶ *Cap. II, trat. I.*

⁵⁷ *Ibíd., cap. III.*

ellas, como atrás queda dicho en la *primera Cartilla*, y con eso alentar tus sequedades»⁵⁸.

De este modo cumple Falconi la primera parte de *Leer sueltamente*, que dice en el prólogo:

«...«soltar dificultades», que se oponen al leer. Es la primera negativa de «leer sueltamente»...»

De esta manera determina también negativamente quiénes no son, de regla ordinaria, sujetos para la oración que va a enseñar a continuación: todos los que puedan meditar discursivamente de una manera o de otra.

¿Y qué hacer con aquellos que no pueden meditar discursivamente de ninguna manera? He aquí la cuestión. En tiempos de nuestro Venerable hay quien defiende rotundamente

«...que no pudiendo meditar discurrendo, luego se dejase la oración y se diesen por inhábiles a los tales sujetos»⁵⁹. A esto alude Falconi⁶⁰.

El mercedario se opone con todas sus fuerzas a esta teoría:

⁵⁸ Ibid., cap. IV.

⁵⁹ Cfr. *Vida anónima*, trat. I, cap. IX, parte segunda.

⁶⁰ *Cartilla segunda*, trat. I, cap. IV; *Camino Derecho*, lib. II, cap. XIV; epílogo *Cartilla segunda*, lib. I, cap. III, etc.

«No digo que será pecado el no tener oración cada día, pero que será dificultoso sin ella vivir virtuosamente, porque es tanta la flaqueza de la naturaleza humana y su mala inclinación al pecado y deleite, que si no es considerado lo mucho que debe a Dios, y la cuenta que le pedirá de ver despreciada su sangre y no estimada su redención, y las penas que en el infierno están preparadas, y la brevedad de los deleites de esta vida; si no es, pues, rumiando esto, será dificultoso que deje de arrastrarnos nuestra miseria»⁶¹.

Toda la primera parte de la misma *Cartilla primera* la dedica a hablar de la necesidad y obligación de la oración.

Falconi no solamente había sido formado teológicamente según la doctrina de Francisco Zumel, sino que también la había explicado en las cátedras, pues, desde 1609, era tajante la orden del Capítulo General de Guadalajara, que mandaba a todos los profesores mercedarios que explicasen

«...a Santo Tomás en todas las materias, como el reverendísimo padre fray Francisco Zumel, de buena memoria, lo sigue y explica en sus libros y escritos, y le sigan y expliquen en sus lecturas como a maestro al dicho padre maestro Zumel, y sigan sus opiniones y las defiendan, y hagan escuela de él...»⁶²

⁶¹ Escribe en la *Cartilla primera*, parte primera, capítulo v.

⁶² Cfr. *El P. Francisco Zumel...*, por el P. Guillermo Vázquez, Madrid, 1920, pág. 110. Véase tam-

Y si en realidad Pedro Merino fué fiel intérprete de Zumel, el fiñanés recibió con toda pureza la doctrina zumeliana de labios del mismo Merino, pues es su discípulo (y de los preferidos) en Salamanca ⁶³. Cita Falconi a Zumel en la *Cartilla segunda*, tratado III, capítulo VIII, *Carta a un religioso*, etc.

Ahora bien, en la doctrina zumeliana el papel de la oración, humilde y debidamente hecha, tiene capitalísima importancia para la salvación. Ella, producto de la gracia suficiente (eficiente con eficacia imperfecta), de esa gracia suficiente comprendida en la voluntad antecedente y de procedencia general, es la que hace que las excitaciones anteriores divinas tengan *conexión infalible* con las siguientes. Es decir, al que ora debidamente (y esto lo puede hacer cualquiera, porque la gracia suficiente Dios no la niega a nadie), Dios le da la gracia eficaz ⁶⁴.

bién el Ms. 12.394, pág. 107, de la Biblioteca Nacional de Madrid, en donde Pedro de S. Cecilio dice que el Capítulo General de Calatayud aprobó el Decreto, dado ya en dos capítulos generales anteriores, según el cual todos los lectores, regentes, ya fueran de artes o teología, debían seguir la doctrina de Santo Tomás «juxta interpretationem et expositionem» de Zumel.

⁶³ Cfr. *Biografía*, cap. IV.

⁶⁴ Cfr. Zumel, I-II, q. 112, a. 3, disp. v, concl. 2.ª, y *Lecturas morales del P. Maestro Francisco Zumel, vistas en sus aspectos principales*, por el P. Mar-

Teniendo como bases de su formación teológica la importancia de la oración en el aumento de la gracia y aun en la perseverancia final⁶⁵, así como las frases evangélicas preceptuando la oración⁶⁶, el autor de la *Cartilla segunda* no puede permitir que se diga impunemente que todo aquel que no pueda hacerla discursivamente que deje radicalmente la oración. Es menester distinguir claramente aquello que es necesario y de precepto de aquello que es meramente de consejo. La oración en sí (*comuniter et de lege ordinaria*) es necesaria, con necesidad de medio, para todos los adultos. Mientras que el orar discursivamente tan sólo es de consejo:

«Demás que si no puedes discurrir, Dios no te pide que hagas lo que no puedes, que aun en las materias de precepto no obliga Dios a lo que es muy dificultoso, como al trabajador, ni al que no puede ayunar por su flaqueza, sin disposición u otra cosa razonable, no le obliga a que ayune; ni al que le hace mal el pescado, ni le obliga a que le coma en Cuaresma, no obstante que haya precepto de ayunar y comer pescado.

tín Ortúzar, O. M., en la revista *Estudios*, Madrid, mayo-agosto 1945, pág. 75.

⁶⁵ Cfr. también R. Garrigou-Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*, Buenos Aires, 1944-1945, tomo I, págs. 157-160.

⁶⁶ *Mt.*, XXI, 41; *Lc.*, XVIII, 1; *Mt.*, VII, 7 y sigs.; *I Tes.*, v, 17; *Col.*, IV, 2; *I Petr.*, IV, 7.

Pues si en estas cosas de precepto no obliga lo muy dificultoso, en las cosas de consejo (*como es meditar y discurrir*), ¿por qué te había de obligar Dios ni los santos?»

«*Ultimamente la razón parece clara, porque si no aciertas a discurrir, ni puedes, ¿has por eso de dejar la oración? No, por cierto; pues si no la has de dejar, persevera en ella, como quiera que sea, que si pudieres meditar, procúralo, y, si no pudieres, cree y ama a Cristo y haz lo que pudieres*»⁶⁷.

Para más calar en la naturaleza de esta oración, véase nuestra exposición en la citada monografía sobre Falconi. Allí remitimos al lector⁶⁸

III. GÉNESIS Y REPERCUSIONES DE ESTA DOCTRINA FALCONIANA.

Acabamos de exponer la naturaleza de la doc-

⁶⁷ *Cartilla segunda*, trat. I, cap. II, y *Camino Derecho*, lib. I, caps. VI y IX. Cfr. Prümer, *Manuale theologiae Moralís...*, tomo II, pág. 193, Friburgi.

Es muy importante lo que el mercedario dice acerca de esto en *Camino Derecho*, lib. I, caps. I, XII, XIV. Además de acto de culto y adoración, el fin de la oración es inminentemente practicista. Es decir: la oración debe tender a enmendar, a mejorar nuestra vida.

Lo que Falconi pretende es brindar un modo de orar más fácil y más provechoso.

⁶⁸ *Fr. Juan Falconi de Bustamante*, Madrid, 1955, págs. 274 y sigs.

trina falconiana enseñada en la *Cartilla segunda* y enseñada también en la *Carta a una hija espiritual* y en el *Camino Derecho*. Oración que se llama: *contemplación activa*, porque el alma la adquiere por sus esfuerzos, ayudada de la gracia ordinaria (aunque siempre tenga que haber vocación de Dios, ya vimos en qué sentido) y después de un tiempo más o menos largo de oración discursiva; *oración de silencio* o reposo (recuérdese aquí qué entendían los clásicos por *ocio* en donde el trabajo intelectual era intenso...), porque el discurso natural y la imaginación son poco activos; *oración de simplicidad* y *de fe*, para señalar que consiste en un simple acto de fe en Dios presente, que también hace que se la califique y llame de *simple presencia de Dios*, de *simple mirada*, porque el alma se emplea y ocupa allí en una vista amorosa en Dios-Hombre. A esta oración de fe, tan unánimemente defendida por la escuela carmelitana⁶⁹, quiere el padre Gabriel de Santa María Magdalena⁷⁰, que, en vez de *contemplación activa* se la llame *mixta*.

Pasamos ahora a hablar algo de sus fuentes

⁶⁹ Cfr. P. Crisógono de Jesús Sacramentado, en *Escuela mística carmelitana*, Avila, 1930, y en *Compendio de ascética y mística*, Valladolid, 1946, páginas 146-147; P. Gabriel de Santa María Magdalena, en la *Mística teresiana*, Fiesole, 1935.

⁷⁰ Op. cit., pág. 112.

P. Pourrat ⁷¹ afirma que fray Juan Falconi basó su doctrina principalmente en los místicos tudescos. Y para lanzar esta afirmación se basa en la *Carta a una hija espiritual*, la única obra falconiana que cita (en su no fiel traducción francesa) y, probablemente, la única obra falconiana que leyó. Pues, si bien demuestra conocer algunas ediciones, es casi seguro que no manejó ninguna, porque no cita más que frases sueltas de la *Carta*, y las más peligrosas tomadas aisladamente. Pero no queremos ver mala voluntad en el eximio jesuita francés, sino carencia de datos suficientes para emitir un juicio.

En realidad, todos saben que por los tiempos de nuestro venerable, y aun bastante anteriormente, eran conocidos y leídos en España los místicos tudescos. Falconi también los conocía, y los cita, sobre todo a Taulero, varias veces ⁷². También cita a Rusbroquio ⁷³.

Y aún podemos conceder algo más a la afirmación tan genérica del padre Pourrat: podemos admitir que en la doctrina falconiana existen algunas notas comunes con los místicos alemanes

⁷¹ *Spiritualité chretienne*, IV, Paris, 1950, página 199.

⁷² Cfr. *Cartilla segunda*, trat. II, cap. XIV; *Camino Derecho*, lib. III, cap. IV; lib. II, cap. X; lib. II, cap. XVI; lib. IV, cap. I.

⁷³ Juan Ruysbroech, en *Cartilla segunda*, trat. II, capítulo XIII, en *Camino Derecho*, lib. III, cap. XVIII.

medievales. Como, por ejemplo, el renunciamiento a nosotros mismos y la resignación en la voluntad divina; la desnudez de la inteligencia de las imágenes sensibles para llegar a la contemplación.

Pero estas ideas (no extrañas a otros místicos) no las recibió el mercedario precisamente de los místicos alemanes. Sus fuentes están más cerca e inmediatas.

En la *Introducción general a las obras* hemos incluido el texto completo de una del maestro Villarroel. Es el hombre que ha influido más intelectualmente en Falconi. Se titula la dicha obra: *Reglas muy importantes para el ejercicio de la frecuente oración...*, que, en 1630, se publicó por primera vez en Madrid, precisamente en la *aprobación* de Falconi⁷⁴. Aquí se expone la mismísima doctrina falconiana de la oración de fe, de contemplación activa o adquirida. Compárese la doctrina de Villarroel con la de Falconi y se confirmará la certeza de nuestro aserto. Siempre teniendo en cuenta que *Reglas...* está mucho más resumido. La *Cartilla segunda* desenhebra más la misma doctrina, y el *Camino Derecho*, ya bastante más y en plan más científico. También se nota que el fiñanés restringe un poco más que

⁷⁴ Cfr. *Biografía*, cap. XII, en *Introducción al Pan nuestro*.

Villarroel el número de los principiantes que suelen empezar por esta oración de fe ⁷⁵.

Y aunque las *Reglas...* hayan sido impresas posteriormente a la fecha en que se escribió la *Carta a una hija espiritual* y la *Cartilla segunda*, no obstante, Villarroel tenía ese mismo criterio espiritual y esas mismas ideas oracionistas cuando fué profesor de Falconi en Burceña. Era natural que fuera así, porque el hombre razonable no cambia de ideas como de sombrero, y cuando Villarroel forma a nuestro venerable es un catedrático, con su criterio y con su formación completa.

Pero, además, lo aseguran los biógrafos. Colombo ⁷⁶ dice que Villarroel y Falconi, en el «desierto de Burceña», «gastaban los dos muchas horas en contemplación, enseñándole (Villarroel a Falconi) esta oración tan perfecta por hallarle ya muy diestro y habituado en la meditación, con que sin el trabajo del discurso formaba la imagen del misterio que en aquella quietud afectuosa había de contemplar, no con ocio infructuoso, sino con el interior ejercicio de la fe, esperanza y caridad con que se enfervorizaba. De esta oración fué su lector (Villarroel) gran maestro...».

Y no solamente Falconi había recibido esta

⁷⁵ Véase el núm. 27 de las *Reglas*, y los capítulos XI-XIV del *Camino Derecho*, lib. I.

⁷⁶ *Vida de Falconi*, cap. XII

doctrina de Villarroel en Burceña. Se ve que la asimiló estupendamente, como aventajado discípulo, pues los superiores, años más tarde, cuando el venerable renuncia a la cátedra de Alcalá, lo enviarán destinado a Madrid, precisamente para que continúe enseñando en el confesonario este método de oración que allí mismo enseñaba Villarroel:

«Declaráronle los superiores el intento con que le habían traído a este convento de Madrid; que era prosiguiese la obra que su lector, el P. M. Fr. Mateo de Villarroel con tanto fruto había empezado en esta Corte; introduciendo el ejercicio de la contemplación, por medio del confesonario, en que se iba experimentando gran provecho espiritual y mucha reforma en las costumbres, y teniéndole ahora ocupado la religión (se refiere al P. Villarroel), se había determinado que él (Falconi) lo prosiguiese...»⁷⁷

Este modo de oración no era, por otra parte, una novedad dentro de la Orden mercedaria. El padre Manuel Sancho⁷⁸ escribe un trabajo que titula: *Breves consideraciones sobre la ascética del ilustrísimo doctor fray Melchor Rodríguez de*

⁷⁷ Colombo, *ibid.*, cap. XIV.

⁷⁸ En el Boletín de la Orden de la Merced, Roma, 1926, septiembre-octubre, págs. 125-127; noviembre-diciembre, págs. 154-156. Año 1927, enero-febrero, páginas 3-7. Rodríguez de Torres, en dicha obra, dedica los caps. XIV-XV del trat. III a la resignación.

Torres, mercedario y obispo de Rosse, contenida en su libro Agricultura del alma.

Aquí expone el padre Sancho la doctrina de Rodríguez de Torres sobre la contemplación activa, fruto y fin del mundo meditar. La primera impresión de esta obra se hizo en 1603.

Contemporáneo de Falconi, y antes aún que él imprimiese ninguna de sus obras, otro mercedario publica una obra sobre esta misma clase de oración. Es Diego de Quiñones, presentado⁷⁹.

La influencia de Laredo y Osuna es también evidente⁸⁰.

Existe un manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, núm. 13.508, encuadernado en pergamino. En el dorso dice así: «*Falconi/Fábrica del Tabernáculo/de Dios.*» Abierto: «*es de el Pdo. fr. Ju. Falconi, de el Orden de ntra. S. de la Merced, Ron. de Cautivos.*» Se trata de un volumen de 297 folios manuscritos. El título de la obra es: *Fábrica de tabernáculo de Dios, por una religiosa*. El texto de la obra empieza con *Carta de la religiosa para su confesor* (folios 1-3),

⁷⁹ En 1633, en Madrid, imprime su *Aprecio de Cristo*, en octavo. La edición se vuelve a repetir en 1640, en cuarto, también en Madrid. Nicolás Antonio (*Biblioteca Hispana Nova*, vol. I, Madrid, 1763, página. 309) dice acerca de este libro de Quiñones: «*Mysticum opus de meditatione exphantasmatibus humanitatis Christi, non solide ean protantum Fidei absque spe phantasmatum.*»

⁸⁰ Cfr. *Carta a un religioso*, núms. 22-28.

en donde dice la religiosa que empezó a escribir la obra el 3 de diciembre de 1627 y que la terminó el 8 de julio de 1628, y al escribirla que no hace sino obedecer a su confesor.

No conocemos las razones en que se funda Serrano y Sanz ⁸¹ para adjudicar la paternidad o, mejor dicho, la maternidad, de esta obra a sor Estefanía de la Encarnación, de la cual el mismo Serrano y Sanz ⁸² da unos cuantos datos biográficos, pues el nombre de la autora no aparece nunca en la obra.

¿Por qué Falconi tenía esta obra manuscrita? ¿No podía ser de alguna hija espiritual suya y que él fuera precisamente el confesor que se la mandó escribir? Desde luego, la doctrina de *Fábrica de tabernáculo de Dios* es semejante a la expuesta en la *Cartilla segunda, Carta a una hija espiritual* y en el *Camino Derecho*. Pero no pudo influir esta obra en los escritos del mercedario, por la sencilla razón de que se terminó de escribir en julio de 1628, y es en este mismo mes de julio de 1628 en que Falconi escribe la *Carta a una hija espiritual*, ya casi tenía «casi acabado para imprimir» el libro de la *Cartilla segunda*. Lo que sí pudo suceder es que el fiñanés influyese en la doctrina de *Fábrica del tabernáculo de Dios*.

⁸¹ *Biblioteca de Escritores Españoles*, desde el año 1401 al 1835, tomo I. Madrid, 1903, pág. 351.

⁸² *Ibid.*, págs. 350-351.

Y si bien el autor de la *Cartilla segunda* no nombra jamás a su maestro y principal fuente (en el sentido de que fué su formador y el que sembró en él estas ideas), nombra, sin embargo, otras varias fuentes, cuyas autoridades trae en confirmación de sus ideas.

Conocía fray Juan Falconi, como hemos visto, la *Vida* de San Juan de la Cruz escrita por fray José de Jesús María, y a este ilustre orensano, de la familia de los Quiroga, cita en confirmación de su doctrina⁸³. Pues bien, tampoco al de Castro Caldelas era extraña la idea de una contemplación distinta de la infusa⁸⁴, aunque quizá Falconi no conociese *Don que tuvo San Juan de la Cruz para guiar almas a Dios*.

Dentro de la misma orden carmelitana, anteriormente a Falconi, hablan de esta clase de oración: fray Juan de Jesús María, cuyas obras, en tres volúmenes, se imprimen en Colonia, año 1622; Tomás de Jesús, que imprime en Amberes, año 1620, *De contemplatione divina libri sex*, etcétera⁸⁵.

⁸³ *Biblioteca de Escritores Españoles*, ibid.

⁸⁴ *Carta a un religioso*.

⁸⁵ Cfr. P. Gabriel de Santa María Magdalena, en *Contemplazione acquisita*, Firenze, 1938, pág. 145, y en *Mística teresiana*, Fiesole, 1935, págs. 105 y sigs.; P. Crisógono de Jesús Sacramentado, en *Escuela mística carmelitana*, Avila, 1930; *Obras de San Juan de la Cruz*, edic. P. Gerardo, Toledo, 1912, vol. III, páginas 511 y sigs.

En los mismos días que Falconi vive en Madrid se agita esta cuestión de la contemplación adquirida y la de la comunión diaria ante la Inquisición. El carmelita descalzo fray Agustín Rojas escribe *Vida del espíritu*, impreso en Madrid el año 1629, en donde se defendía la comunión diaria y la contemplación adquirida. Contra él arremete el padre Agustín de San José, considerándolo peligroso. Están conformes con el criterio del carmelita los calificadores fray Juan de Salas y fray Juan de Ortega. Pero no piensan de la misma manera los padres jesuitas Diego Granado y Miguel de Espinosa, los cuales informan a favor de Rojas⁸⁶.

Entre las muchas cosas que se dicen en el alegato del padre Agustín de San José, anotamos la siguiente, en prueba de que estas ideas estaban bastante en el ambiente de la España de entonces:

«A quien este autor (Rojas) sigue en esta misma doctrina es el P. Fr. Juan Bretón, de la Orden de Nuestra Señora de la Victoria, en un libro intitulado *Theologia Mistica*, donde puntualísimamente enseñó ese modo de oración...»

En efecto, el padre Bretón, de la Orden de San Francisco de Paula, lector de sagrada teolo-

⁸⁶ Véase toda esta cuestión en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, *Inquisición*, legajo 4.444, núm. 29.

gía y calificador del Santo Oficio, había publicado en Madrid, año 1614, *Mística teología y doctrina de perfección evangélica a la que puede llegar el alma de esta vida, sacada del espíritu de los Santos Padres, sobre cuya originalidad puede verse lo que dice el padre Gerardo*⁸⁷.

Las relaciones que el padre Bretón tuvo con los mercedarios puede verse en el padre Pedro de San Cecilio (*Anales del Orden de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced...*, Madrid, 1669, tomo I, página 289; tomo II, pág. 607, etc.).

Pero aunque las ideas no eran nuevas en el ambiente ascético español, no eran favorablemente compartidas por todos. Ni mucho menos. Recuérdese el caso de Rojas, acusado a la Inquisición. Y el de nuestro venerable, el cual tuvo que sostener rudas luchas en este campo. Lo dice su *Carta a un religioso*. Nos lo cuenta también el autor de *Vida anónima*⁸⁸. Aquí se habla de un «docto religioso de una religión gravísima» (¿no sería el mismo contra quien escribe la carta?), el cual le ponía muchas objeciones a Falconi, perteneciente a una religión cuyos miembros «mordían» lo posible al mercedario.

Como se indicó arriba, el centro o meollo de la cuestión discutida era ésta: los que son inhábi-

⁸⁷ *Obras del místico doctor San Juan de la Cruz*, Toledo, 1912-14, tomo I, págs. XLVIII-XLIX.

⁸⁸ *Trat. I, caps. VIII-IX.*

les para el meditar discursivamente, ¿deben por eso dejar de orar...?

Por la afirmativa está aquel otro religioso que se ensañó de palabra contra el fiñanés, y en fin de cuenta vino a hacer caso (¡oh ciencia vana!) a un embaucador que le había profetizado el obispado, jamás llegado. Y hasta un prebendado de cierta iglesia de España que venía de cuando en cuando a Madrid, el cual tenía buen nombre en Palacio, él mismo se tenía a sí por gran místico, hizo un conciliábulo para criticar las doctrinas del mercedario (al cual ni conocía ni había hablado jamás). Juntamente con los discípulos del conciliábulo dió memoriales en contra de la doctrina de Falconi, pero los tales «papeles» y y memoriales de que habla el autor de *Vida anónima* fueron elevados a la Inquisición. Por fin, a aquel conciliábulo de «místicos fantásticos» le sucedió la gran tragedia: el caudillo «perdió la vida en el caso, y plegue a Dios no perdiera el alma, pues no dió satisfacción», y a otro componente principal, era tanta su ignorancia, que los superiores tuvieron que prohibirle el confesar.

Por la negativa ⁸⁹ está, como hemos visto, fray Juan Falconi, con el tesón acrecentado por su celo ardiente y con su inteligencia clarísima. Y

⁸⁹ Es decir, que cuando no se pueda orar discursivamente no por ello se debe dejar la oración, sino que se debe orar del modo posible.

con él, varios otros. Creo que, al principio (lo que suele pasar con frecuencia), el autor de la *Cartilla segunda* exageró un poco la cuestión pasando quizá a algunas personas a esta oración de fe sin antes asentarles bien en la oración discursiva. Esto parece indicar indirectamente *Vida anónima*⁹⁰ y expresamente Marcos de Salmerón⁹¹. Lo haría el mercedario porque consideraba preparadas a las tales personas o las juzgaba un caso especial, etc. Además lo haría siguiendo a su maestro Villarroel. También quizá le entenderían mal algunos de los dirigidos por ignorancia y suspicacia. Por lo que sea. Pero el revuelo consiguiente se armó⁹². Y no vayamos a creer que a sus amigos les movían tan sólo bajas razones. Tuvieron que tener sus motivos, aunque fueran falsos o mal interpretados, pues ya vimos con claridad la sana doctrina falconiana expuesta en sus obras. En la misma *Carta a un religioso* y en muchas *Declaraciones* del Proceso, se ve que el mercedario veía buena voluntad en muchos de sus contradictores.

Entre los mismos compañeros suyos de hábito, y aun después que el provincial Salmerón comprobó y aprobó su doctrina, siguieron varios religiosos su campaña antifalconiana desde el púl-

⁹⁰ *Ibíd.*, cap. VII.

⁹¹ *Declaraciones*, núm. 21.

⁹² *Vida anónima*, *ibíd.*

pito. Campaña indirecta y sin nombrar a Falconi. A ellos califica *Vida anónima* de «místicos especulativos, sin práctica, que daban cientos en la herradura y media en el clavo, con sus estocadas al aire». (¿Sería uno de estos Diego Quiñones?)

En otros sectores fuera de la Merced el acaloramamiento subió de tono, especialmente entre algunas personas apasionadas e imprudentes⁹³.

Alguien llegó a escribir contra el fiñanés, aunque también sin citarle. No sabemos quién fué este escritor. Sí sabemos que, más tarde, se volvió al bando del mercedario.

Vuelvo a repetir mi personal opinión sobre esta polvareda levantada en torno a la figura del confesor de los Remedios. La ignorancia o ligereza de varias de sus muchas hijas de confesión hizo que interpretaran mal algunas de sus normas dadas en el confesonario sobre la oración de fe y sobre la humanidad de Cristo, lo cual, junto con el pánico asombroso que había en el ambiente hacia los alumbrados y con que era algo de novedad esta clase de oración, motivó razonablemente las protestas de muchos. Y cuando la pasión amaina y sobreviene la calma y las cosas se ven como son en realidad, dentro de la Orden triunfa Falconi definitivamente, y fuera, sobre aquellas personas serenas y competentes que se enteran

⁹³ Cfr. *Vida anónima*, cap. VIII.

del problema y de labios mismos del mercedario o de otras fuentes puras, también su triunfo fué completo. Ahí está el Proceso Ordinario de Beatificación con sus *Declaraciones* atestiguándolo. Aquí están sus obras todas remachándolo.

Hasta llegó a formar escuela dentro de su orden y fuera de ella ⁹⁴. Principalmente de hermanos suyos de hábito, formó un nutrido y aguerrido número de discípulos, los cuales lucharon valientemente, y a los que se les aconseja un poco de prudencia por el visitador general, en septiembre de 1640:

«Que en materias de doctrina enseñen en el confesionario a las personas que confesasen lo que fuere más conveniente según lo que han enseñado los doctores y santos en la Iglesia, y que no censuren, ni condenen las opiniones que en otras religiones tienen en las materias de oración y espíritu, antes bien den a entender que en todas partes se procurará enseñar lo más conveniente para la salvación de las almas, para olvidar por este medio discordias en materias de doctrina con otras religiones, en donde hay hombres graves y doctos» ⁹⁵.

El que hace la visita es el mismo Marcos de Salmerón, y están como conventuales entonces

⁹⁴ Cfr. *Biografía*, cap. XIII.

⁹⁵ Archivo Histórico Nacional, *Clero de Madrid*, libro 7.692.

en Madrid Adarzo de Santander, Orío, Blas de Mendoza, Ortiz de Luyando, Boil, etc.

Ya hemos indicado que Falconi no estaba sólo en la lid:

«Basta decir que su modo de enseñar y guiar almas lo aplaudieron y aprobaron estos y otros muchos esclarecidos y experimentados varones, concurriendo todos con verdadero celo a contradecir la inteligencia de la engañosa malicia, y asegurando era Falconi uno de los más ilustres, acertados e insignes maestros de espíritu que Dios había enviado a su Iglesia en estos tiempos, y que caminaban muy seguras las almas que se ponían en sus manos y se dejaban guiar de la luz que daba con su doctrina. Con estas defensas de hombres tan doctos se desarmaba el escuadrón de los imprudentes...»⁹⁶

Y la estela dejada a su paso ha sido luminosa:

«Su principal ministerio fué enseñar a tener oración; ésta fué la red con que sacó del mundo tantas almas..., encendió este fuego de amor de Dios en la Corte, de suerte que en cuantas casas entró en todas se gastaban muchas horas de oración; y reconocido el provecho se aplicaron a ellos muchos ministros sagrados en esta corte, así regulares como seculares, viniendo con deseo de acertar a comunicar a Falconi, y de ellos duran hoy muchos en Madrid, y aun de los que no le conocieron, bebiendo de las fuentes de

⁹⁶ Colombo, *Vida*, cap. xxxiv.

sus escritos la doctrina, prosiguen con gran utilidad de las almas la enseñanza»⁹⁷.

Esto escribía Colombo en el año 1675, treinta y siete años después de la muerte de Falconi.

Se ha indicado ya⁹⁸ que tenemos en proyecto hacer un trabajo sobre uno de los discípulos más gloriosos del venerable. Sobre Francisco Pizaño, el cual, en su obra *Compendium totius mysticae theologiae...* (Madrid, 1649), expone la misma doctrina de su maestro sobre la contemplación activa, teniendo, además, la ventaja de tratar ya ex profeso de la contemplación infusa, esa materia que no le dejaron tratar al fiñanés las dichas polémicas. Pizaño resalta la única manera de obrar que tienen los Dones del Espíritu Santo, «supra modum humanum» (libro II, capítulo II), y define la contemplación adquirida como: «Noticia intuitiva Dei ac divinorum affectuosa, humano labore et industria comparata», determinando bien que su *genus* es: notitia intuitiva Dei et divinorum; la *differentia*: Humano labore comparata; el *objeto*: Deum et divina; y, finalmente, es *affectuosa* «quia contemplatio christiana ab affectu incipit et in affectu definit» (ibíd., capítulo IV).

⁹⁷ *Biografía*, cap. XIII.

⁹⁸ Rojas, *Candelerero*, pág. 173. Hubo escritores que reprodujeron la misma doctrina de Falconi un poco disimuladamente (Rojas, ibíd., págs. 330-331).

Para la visión completa y perfecta de todo el sistema oracional falconiano es imprescindible esta teológica obra de su discípulo Pizaño, que trata las mismas materias del maestro y otras más que Falconi no pudo.

Otro discípulo de fray Juan Falconi, el insigne López Navarro⁹⁹, defiende y sostiene la misma doctrina sobre la oración de fe en su obra *Theologia Mistica...*, impresa en Madrid el año 1641.

El P. Pedro de Jesús María, mercedario descalzo y gran teólogo, también expone la misma idea en sus obras. Véase por ejemplo: *Cielo espiritual* (Madrid, 1672).

¿Quién ignora que esta oración de simple mirada era muy practicada en Francia hacia el año 1670? Y lleva consigo las mismas características de la oración falconiana de fe. Tanto es así, que de uno de los más desgraciados intérpretes de Falconi y portavoces de esa oración como fué Bossuet se podía asegurar que su *Manière courte et facile pour faire l'oraison en foi, et de simple presence de Dieu* (si es que auténticamente esta obra salió de la pluma del Aguila de Meaux) es entera y radicalmente un mero expositor de las ideas falconianas. Nada más y nada menos. No sé si Bossuet conoció la *Cartilla segunda* del mercedario. Probablemente

⁹⁹ Cfr. *Biografía*, cap. XIII.

no la conoció, pues de lo contrario creemos que no haría las inexactas afirmaciones lanzadas en *Instruction sur les états d'oraison*¹⁰⁰. Pero de haberla conocido, nadie le hubiera librado del sambenito de plagista de las ideas de Falconi. Y lo que son las cosas: Bossuet ataca ignorantemente en la *Carta a una hija espiritual* (la única obra que conoce del mercedario; además, en la traducción hecha por Mme. Guyon) la misma doctrina que él expone en *Manière courte...*

Y la doctrina falconiana de la resignación en las manos de Dios, ¿no tiene muchos puntos de coincidencia con la santa conformidad con la voluntad divina de San Francisco de Sales¹⁰¹ y con *l'Abandon a la Providence divine*¹⁰² del padre Caussade, así como *Le saint abandon*¹⁰³, de Don Lehodey...?

Al menos nadie nos puede negar que *La science de la prière*¹⁰⁴, del capuchino P. Ludovic de Besse, expone y defiende, casi en nuestros días, exactamente la misma oración falconiana

¹⁰⁰ *Oeuvres*, Lieja, 1767, tomo VII, págs. 13, 18-21, 131.

¹⁰¹ Cfr. *La alegría en el amor de Dios*, por Michael Muller, traducción del alemán por Susana F. Girad, Buenos Aires, 1937, págs. 131-149.

¹⁰² *Le Puy et Paris*, 1867.

¹⁰³ Briquebec, Manche, París, 1919.

¹⁰⁴ Gembloux, 1924.

de fe. Es curioso un estudio comparativo de *La science de la prière* con la *Cartilla segunda* y *Camino Derecho*. No aventuramos que haya habido relación influencial entre estas obras. Pero lo que sí aseguramos es la identidad de doctrina.

IV. CONCLUSIÓN.

Queda ya expuesta a grandes líneas la oración de fe desarrollada en la *Cartilla segunda*, en la *Carta a una hija espiritual* y en el *Camino Derecho*. Ella tiene por centro a Cristo. Libro de Vida Eterna, cuya vida y virtudes trata de reproducir, lo más fielmente posible, en las almas. Sus actos principales son fe y caridad. Caridad que, no contenta con la medianía del seco cumplimiento de los Mandamientos, tiende hasta la más perfecta y posible conformidad de Dios.

Y he aquí una oración que emana de las entrañas mismas de la Orden de la Merced, a que pertenecía fray Juan Falconi. Está incrustada en el fin y espíritu peculiares de la Orden, que hizo de la imitación de Cristo su misión y razón de ser. Y no una imitación de Cristo cualquiera, sino una imitación de Cristo hasta entregarse, como El, para redimir. En donde la fe es el único faro y en donde la caridad culmina con el acto de entrega en esclavitud por amor de Dios (al prójimo por Dios).

¿Y la oración falconiana de resignación no es una entrega, una esclavitud amorosa, de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, hechos esclavos en Dios y por Dios...? Esta relación entre su oración y el fin y característica de su Orden ya las indica el mismo venerable ¹⁰⁵.

De este mismo concepto y enfoque general de toda la Orden Mercedaria y su misión específica brota también, cual fruta del árbol, la doctrina de la Esclavitud Mariana, tan extendida por los mercedarios.

Y tanto la Esclavitud Mariana como la oración de resignación falconiana fluyen de la misma naturaleza del cuarto voto de la Merced, como una consecuencia de sus premisas. Así se aprecia también mejor lo eminentemente teológica y practicista que resulta ser una doctrina cuya aspiración, meta y obligación de voto es realizar la caridad hasta el derramamiento de la sangre. Díganlo los miles de mártires caídos en esta misión. Por ello el concepto de caridad y de fe dentro del sistema y fin mercedarios envuelve la realidad más sublime y más antiquie-tista que darse puede.

Termino con las palabras de un asceta mer-

¹⁰⁵ *Camino Derecho*, lib. III, cap. VIII; pueden verse también los párrafos finales del cap. I (*Camino Derecho*, lib. I).

cedario, no ajeno a los rayos bienhechores del fiñanés:

«El ser verdaderos espirituales es hacerse esclavos de Dios, señalándose con el hierro de su esclavitud, que es la cruz; haciéndose esclavo de todo el mundo; y si esto no es, no se ganará el don de la oración, ni subirá mucho»¹⁰⁶.

V. NUESTRA EDICIÓN CRÍTICA.

Reproducimos el texto de la impresión de Zaragoza, año 1651, haciendo un estudio comparativo con las demás ediciones. Esta es, por hoy, la que ofrece más seguridad de fidelidad al texto primitivo. Aunque, sea dicho de paso, el texto de la *Cartilla segunda* no sufrió modificaciones de importancia en ninguna de sus ediciones, conocidas por nosotros. En nuestro trabajo monográfico sobre Falconi puede verse la

¹⁰⁶ *Gobierno espiritual*, Madrid, 1676, págs. 99-100, escrito por el P. M. Fr. Pablo Ramírez de Bermudo. Este mismo autor, pág. 104, escribe: «Tenga el alma esta máxima siempre presente en su memoria, que el don de la oración no se puede adquirir con esfuerzo de espíritu, sino con una dulce y amorosa perseverancia en la *humildad* y en la *resignación*, que Dios luego viéndole dulce, humilde, *resignada* y perseverante la comunicará este don.»

serie de ediciones que ha tenido esta obra falconiana ¹⁰⁷.

En la división por capítulos, seguimos la edición hecha por Colombo, Barcelona 1676, que seguirían casi la totalidad de las otras ediciones, sin que deje de ser un tanto arbitraria. Lo hacemos así en evitación de complicaciones a lectores y estudiosos. Sabido es que la edición de Zaragoza 1651 solamente hace la división en *tres tratados*, y en párrafos sin numerar, sin capítulos. La edición de Zaragoza, sin año, sigue la misma división.

Hemos confrontado todas las citas; pensamos que Falconi haya usado mucho la *Bibliotheca veterum Patrum* (París, 1624) y *Bibliotheca magna veterum Patrum* (Colonia Agripina, 1618). En la *Cartilla primera*, al citar al abad Nilo, se refiere expresamente a una de estas dos obras.

¹⁰⁷ Fr. Juan Falconi de Bustamante, teólogo y asceta, Madrid, 1956, págs. 158 y sigs.

**TEXTO DE LA CARTILLA SEGUNDA
PARA LEER SUELTAMENTE EN CRISTO**

QUE SEA EL INTENTO DE ESTOS TRATADOS

Dícese que se enseña a leer sueltamente en Cristo. Lo uno, porque se pretende soltar las dificultades y excusas que muchos ponen para no tener oración, porque sueltas éstas lean sueltamente; esto es, se suelten las almas a leer siempre y cada día en este Señor, sin que haya dificultad que las ate, ni cosa que las impida.

Lo otro, porque se enseña no sólo a deletrear y mirar a Cristo (como se enseñó en la *Primera Cartilla*), sino a imitar sus virtudes y seguir sus pasos, y esto se hace enseñándoles a padecer con El su Pasión y a resignarse en la voluntad del

Padre Eterno, como El lo hizo. Y a esto llamo leer sueltamente, a diferencia de la primera, que no era más que empezar a deletrear y conocer a Cristo, y esto es ya seguir sus pasos.

TRATADO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

Suélpanse algunas dificultades a los que no aciertan a meditar. Y explicase cómo con el creer en Cristo se suple la falta del discurrir. Que este libro habla con los que no pueden discurrir

Ya se ha dicho para los que pueden meditar en la *Primera Cartilla*. Ahora hablaremos con los que no pueden; porque hay muchos que no lo hacen, o por que no pueden más, y Dios no les lleva por ese camino, porque no aciertan, ni saben discurrir, porque son de imaginación dura (no blanda, ni fácil en el figurar), o porque tienen la cabeza flaca y enferma, que no pueden hacer un discurso, porque luego se muelen, quedan rendidos y les hace daño, como suelen ser

los muy escrupulosos, muy melancólicos y enfermos.

Por tanto, pues, para los que no pueden discurrir, ni meditar, no por esto tengan excusa, procuraremos facilitar este negocio, y que sepan cuánto pueden aprovechar en la oración, aunque no mediten.

Pero la razón porque no pueden meditar y en que se funda esto (según las sentencias de santos y maestros de esto) no deja la brevedad que pretendo que la demos ahora, y porque esto más toca saberlo a los maestros que a los discípulos, que es con quien se habla.

Y así ahora sólo va la luz que basta para ellos, que de lo demás otro día quizá saldrá algo más a la larga, si Dios lo dispusiere ¹.

Y que no es mi intento que todos tengan este modo de orar (que aquí se explica que los caminos son varios), sino sólo es para los que se hallaren en él y Dios llevare por el camino de no meditar, que sepan van bien y lo que en ello hay.

¹ Se refiere al *Camino Derecho*. Véase *Cartilla primera*, parte tercera, cap. XII, y *Camino Derecho*, capítulo proemial.

CAPITULO II

I

Que lo mismo se enseña en sustancia en esta segunda Cartilla que en la primera, que es a buscar a Cristo

Pusiéronse en la *Cartilla*² unos breves apuntes, para considerar en Cristo, que resumidos todos en una palabra se cifran. En perseverar todos los días delante de Su Majestad, considerando y ponderando lo que le debes en su vida, Pasión y muerte, y todo lo demás que por ti obró. Y para darte luz de todo esto, te puse el A B C de sus misterios y virtudes³, para que las considerases y las imitases (que esto es lo

² *Cartilla primera.*

³ *Cartilla primera, parte primera, cap. ix.*

principal), y para que con esto se inclinase tu voluntad a amarle, guardar sus mandamientos y resignarte totalmente en tu voluntad

Y así ahora en esta *Segunda Cartilla* no hay cosa que añadir de nuevo en sustancia, porque todo el epílogo del camino del cielo, todo se encierra en conocer a Cristo, e imitarle, porque en El está toda la perfección, creada e increada, divina y humana, y todo cuanto hay de bueno en el cielo y en la tierra. *En El habita* (como dijo el Apóstol) ⁴ *toda la plenitud de la divinidad*; y, finalmente, todo cuanto el hombre puede querer y desear, todo está en El, y así no hay más que enseñarte, ni tú tienes más que aprender, que a Cristo. Que por esto dijo San Pablo ⁵: *no sé otra cosa, sino a Jesucristo*. Y en otra parte dijo ⁶: *Jesucristo ayer y hoy*; esto es, todos los días, y siempre no ha de haber otra cosa más que El.

Pero aunque en sustancia no hay nada que decirte de nuevo, lo hay en el animarte y soltarte algunas dificultades, que suelen estorbar

⁴ *Col.*, II, 9.

⁵ *I Cor.*, II, 2.

⁶ *Hebr.*, XIII, 8.

la perseverancia, para que, sueltas éstas, suelta-mente leas e imites a este Señor, sin que haya cosa que te lo estorbe.

Y así, pues que no hay más que enseñarte que a Cristo, empiezo esta *Cartilla* por donde acabé la otra, volviendo a encargarte no haya dificultad ni excusa alguna que te estorbe el acudir siempre a considerar en este Señor, porque de las fuentes de este Salvador sacarás agua de vida, que el que la bebiere no tendrá sed para siempre.

II

*Empiézanse a soltar las dificultades a los que
no pueden meditar*

Y si me dijeres no puedo discurrir, ni considerar en este Señor, y aunque más porfío se me borra del pensamiento, y esto me aflige y hace pensar no soy para ello.

Digo que esto más quiere maña que fuerza, y así no hay que poner mucha en la imaginación; basta con moderada blandura procurarlo; y si volviere a borrarsete, vuelve tú a acordarte de El, y persevera sin estrujarte; que la naranja, si la exprimen con moderación, da bien el zumo, y si la aprietan mucho, lo da amargo. No te

aprietes la cabeza, que te llenarás de amargura, que por esto dice la Santa Madre Teresa de Jesús⁷: *Estas obras interiores son todas suaves, y pacíficas, y hacer cosa penosa, antes daña que aprovecha.* Y así no hay que matarse, sino estar ahí con desahogo delante de Cristo, nuestro bien.

⁷ *Obras completas*, II, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1954, Cuartas Moradas, cap. III, página 386.

CAPITULO III

Que cuando no puede meditar en un paso, lo procure en otros, o en la miseria propia, u otras consideraciones

Y quiero darte un consejo, que lo es común: Si no puedes en un paso de la Pasión, que tomes otro, u otros, que lo que no se acierta a considerar de un modo, suele mudando otro poderse hacer.

Pongo ejemplo, el que ya se puso en la *Cartilla*⁸ de Cristo azotado a la columna; que si en éste no acertares, tomes otro (que las letras,

⁸ Parte segunda, los tres capítulos; parte tercera, cap. VII.

y misterios de Cristo, ya se pusieron atrás). Considera a este Señor coronado de espinas, tan penetrantes, que le atravesaban su cerebro santísimo, coronándole de burlas y haciendo irrisión de El, siendo verdadero Señor, rey y dueño de todo lo criado. Mira que estas espinas son tus pecados, que taladran la cabeza de tu Dios, no le ofendas, ni atormentes su cabeza, que no te lo merece. O considerarle con la cruz a cuestas, que le sacan por las calles como a malhechor, condenado a muerte afrentosísima; y que de esta suerte va caminando al Calvario, cayendo y levantando, y arrodillando con el peso de la cruz para consuelo tuyo; y si te vieres caer con la tuya, y con las miserias de tus pocas fuerzas, que no te espantes, pues tu Maestro Cristo Hijo de Dios, y fortaleza suma, cayó con la cruz. O considera cuando le crucificaron qué sería verle desnudar sus vestidos, renovándole todas las llagas, tendiéndole sobre aquel madero, y clavándole pies y manos, para remachar bien los clavos, volviéndole boca abajo, apretando su venerable rostro contra el duro suelo; y luego con el algazara y griterío que le

levantarían en alto, donde reventando de congojas y ansias expiró, no entre sábanas, almohadas, regalos y alivios, que sueles tú tener en tus males.

O considerarle en la oración del Huerto, todo resignado en la voluntad del Padre, triste y lleno de agonía, representándosele todo el tropel de crueldades y tormentos que había de pasar, atormentada la consideración, con pensar en ello, desamparado de los discípulos, y ellos tan dormidos (aunque empezaron orando) que aunque los despertó una y otra vez, no aprovechó a que dejasen de dormirse. Para que aprendas a resignarte, aunque estés triste con agonías, lleno de pensamientos que te atormentan, y a no espantarte de ver que te duermes en la oración, pues los discípulos, y de la Escuela de Cristo, se dormían tanto.

Y a este modo puedes considerar en otros misterios. O prueba, o considera algo de tus miserias, que hartas tiene la vida humana, y ya atrás en la *Cartilla*⁹ quedan apuntadas algunas; para ella te remito, que como allí se discurren, las

⁹ Parte segunda, cap. II.

puedes considerar, y por eso no vuelvo a referirlo.

Y a este modo, variando en una, o en otra materia, puedes probar a considerar algo.

CAPITULO IV

Suéltese la dificultad de los que dicen que de ningún modo aciertan a meditar, y díceseles lo que han de hacer

¿Y si dijeres, ni blandamente, ni de otro modo yo no acierto a discurrir en este Señor, ni se me ofrece cosa que pensar acerca de sus misterios, ni en otra ninguna materia, ni de mis miserias, ni en cosa alguna acierto a hacer nada?

Respondo, que procures decir algunas jaculatorias o palabras amorosas a Dios, y entretenerte con ellas, como atrás queda dicho en la *Primera Cartilla*¹⁰ y con esto alentar tus sequedades.

Y si aun esto no pudieres, ni acertares a ha-

¹⁰ Parte tercera, cap. vi.

cer (porque hay personas que parece tienen tapiado el entendimiento y la voluntad). Digo que ya que no puedas, ni sepas meditar, por lo menos sabes creer. Cree, pues, en este Señor, que es el sumo Dios Omnipotente, que por ti se hizo hombre, y que pasó tal pasión y muerte, y persevera delante de El con esta fe en tu alma; que no porque no puedas discurrir, ni considerar, por esto has de dejar de estar delante de El.

Y para adorar estos misterios, que la fe de ellos te mueva a amor de Dios, a pesar de haberle ofendido, y otros buenos deseos, no es menester en todas personas saber discurrir acerca de ellos.

Y si no, dime: ¿si a uno le dijeran, a vuestro padre sacan a azotar públicamente, o le llevan a ahorcar, había menester para pesarle de ello, considerar mucho, éste es mi padre, pues al que me engendró debo amarle, y pesarme de sus males, u otras cosas a esta traza? No por cierto, que bastaba sólo el oírlo para sentirlo en el alma. Luego aunque tú no puedas discurrir, ni hacer afectuosas consideraciones de la Pasión de Cristo, basta creer lo que la fe te dice, que Jesu-

cristo fué por ti azotado, y crucificado, para que ames este amor, te pese de haberle ofendido y propongas no pecar.

Por lo cual dice el padre fray Bartolomé de los Mártires, de la Orden de Predicadores, arzobispo de Braga¹¹: *No importan mucho los discursos, ni que los haya, como haya la aprehensión de los misterios de fe; porque para despertar el ardor y llama de afecto en la voluntad en la oración basta aprender simplemente, y con llaneza, los misterios de la fe, como que Dios es nuestro Padre, que Cristo se hizo hombre por nuestro amor.* Hasta aquí, él.

Y verdaderamente, que hay algunas personas, tan simples y rudas, que nunca supieron hacer un discurso, como se ve en algunos rústicos labradores (sino sólo un simple creer, y como suelen decir, la fe del carbonero), aprendiendo los misterios de Cristo sencillamente, y con todo esto es gente virtuosa, y se mueven a obedecer lo que la fe enseña, donde se ve la fe sin discurrir mucho.

¹¹ *Venerabilis Servi Dei D. Bartholomei a Martyribus... Opera omnia*, tomo I, Roma, 1735; *Compendium spiritualis doctrinae*, párrafo 2, cap. XI, página 188.

Y así tú no te excuses con no puedo, no acierto a considerar en Cristo, que por lo menos puedes creer en El en la oración: persevera, pues, que no harás poco en creer y obrar.

Además, que si no puedes discurrir, Dios no te pide que hagas lo que no puedes hacer, que aun en las materias de precepto, no obliga Dios a lo que es muy dificultoso, como al trabajador, ni al que no puede ayunar por su flaqueza, sin disposición, otra causa razonable, no le obliga a que ayune; ni al que le hace mal el pescado, no le obliga a que le coma en Cuaresma, no obstante que haya precepto de ayunar y comer pescado.

Pues si en las cosas de precepto no obliga a lo muy dificultoso, en las cosas de consejo (como es el meditar y discurrir), ¿por qué te había de obligar Dios, ni los santos?

Ultimamente, la razón parece clara, porque si no aciertas a discurrir, ni puedes, ¿has por esto de dejar la oración? No por cierto. Pues si no la has de dejar, persevera en ella, como quiera que sea; que si pudieras meditar, procúralo, y si no pudieras, cree, y ama a Cristo, y haz lo que pudieres.

CAPÍTULO V

*Que de puro fácil no acaban de creer algunos
que lo es tanto el tener oración*

No desprecies, pues, por fácil este negocio, no seas tú como Naaman Siro, de quien dice la Escritura ¹² que mandóle el profeta que se lavase con un poco de agua para sanar la lepra, despreció el remedio por fácil, mas después se lavó y quedó sano. Es Dios tan bueno, que lo que nos manda es fácil y suave. A Adán le mandó no comiese una manzana ¹³, ¡mira qué fácil! Y aun esto no lo hizo. A los israelitas,

¹² *IV Reg.*, v, 10-14.

¹³ *Gen.*, II y III.

mordidos de las serpientes, no les mandó ¹⁴ para sanar más que mirasen a una serpiente de metal (figura de Cristo) y con esto quedaban sanos, y no les pedía diligencias exquisitas, sino sólo un simple mirar. Aquí también no te pedimos cosas dificultosas, sino que con la fe creas a Jesucristo presente y perseveres en esto.

No lo desprecies, pues, por poco, que algunos hay, que de puro fácil no acaban de creer este negocio, ni se persuaden a que en tan poca diligencia, como creer en Cristo presente, haya tanto bien encerrado. Mira, pues, con la fe este divino Señor, como los israelitas le miraban (figurado en la serpiente de metal) y serás sano; y no seas como Naaman Siro, que por fácil no se quería lavar con un poco de agua.

¹⁴ Num., XXI, 6-10.

CAPITULO VI

Cuánto pueden consolarse los que no pueden discurrir

Pueden consolarse mucho los que no pueden meditar, porque ya no tengan el conocimiento discursivo de Cristo nuestro bien, ni sepan ponderar sus atributos divinos y humanos, ni los pasos y obras de su vida, pasión y muerte. Pero con un acto de fe, con que crean todo este Señor Dios y Hombre, tienen otro conocimiento más cierto, y mayor (aunque oscuro), con el cual creen todo el piélago infinito de su ser y atributos y todo cuanto hay en El, como se es en sí mismo; lo cual todo junto y a la par no le puede tocar y discurrir la meditación.

Porque la meditación discurre un misterio, u otro, o un atributo u otro, o lo que pasó en este paso de la Pasión, o en el otro, y harto hará el discurso en ponderar las razones y circunstancias de un paso, y sus penas, u las razones de un atributo u otro (como la profundidad de su sabiduría, etc.). Mas no discurrirá a la par todos los atributos divinos, todo el ser divino, todo el ser humano, todas las acciones de su vida, todos los pasos de su Pasión, ni todo el infinito piélago de misterios y perfecciones que hay en todo este Señor Dios y Hombre, y como se es en sí mismo.

Pero un acto de fe, todo esto lo encierra, todo lo toca, todo lo abraza, y todo lo cree, y todo a la par lo conoce (aunque oscuramente) con decir: *Creo este Señor Dios y Hombre, y el gran mar de sus atributos y misterios.*

Así como en el Santísimo Sacramento del Altar se cifra todo Dios y Hombre, y es un memorial de todas las maravillas de Dios (como dice la Escritura)¹⁵, lo cual todo paso por paso, y misterio por misterio, no era posible que el hombre corto pudiese abrazarlo de una vez. Pe-

¹⁵ Ps. cx, 4.

ro halló el mismo Señor modo como en un bocado, y de una vez, se abarcase y abrazase todo este Dios y todo este tesoro.

Y así acá no podía el discurso humano, ni la meditación punto por punto, ni misterio por misterio, tocar a la par todo lo que hay en Cristo Dios y Hombre. Pero la fe, con decir: *Creo todo este Señor, todos sus misterios*, lo abraza todo, y lo toca todo a la par, y como es en sí mismo.

Y antes el discurso no lo puede entender como es en sí, pero la fe lo puede creer.

También pueden consolarse, que en creer con la fe a todo Dios y Hombre, con todos sus atributos, y como es en sí, son semejantes a los ángeles y santos en el cielo, que allá no conocen un atributo sin otro, ni el ser divino, sin el humano, ni un misterio de Cristo sin otro, sino todos juntos los conocen, y a todo Dios; pues así son acá, que con la fe todo Dios, junto Dios y Hombre, y todos sus misterios lo pueden a la par creer.

Y si dijese hay diferencia, que en el cielo le ven con visión clara, pero acá con fe oscura.

Respondo, que también hay diferencia, que

en el cielo no merecen con esta vista clara, pero acá sí con la fe oscura.

También es de gran consuelo que con este sencillo creer puedan andar todo el día, y siempre en oración, con sólo creer en Cristo, y andar en su presencia, aunque no lo mediten, ni figuren; lo cual no pueden con facilidad hacer los que discurren, porque esto y el meditar es dificultoso usarlo todo el día, porque la cabeza se cansa, pero un simple creer no es dificultoso ni cansa.

CAPITULO VII

Que el no poder meditar, no sólo es sequedad, sino que muchas veces es vocación de Dios a la contemplación y señal que lleva por este camino al alma

Esta es una cosa muy asentada en doctrina de santos, y como tal no quiero ahora detenerme en ella, sino apuntarla, para que los que no pueden meditar entiendan suele ser en algunos por mejoría. Por lo cual la Santa Madre Teresa de Jesús explica brevemente cómo el no poder ni gustar de la meditación es señal de Dios, lleva al alma por la contemplación, y dice así: *Hay algunas almas, y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como el Señor las llega a dar contemplación perfecta, querrían siempre estar*

allí, y no puede ser; mas quedan con esta merced del Señor, de manera que después no pueden discurrir en los misterios de la Pasión y de la Vida de Cristo como antes, y no sé qué es la causa; mas esto es más ordinario, que queda el entendimiento muy inhabilitado para la meditación. Creo que debe ser la causa, que como en la meditación es todo buscar a Dios, como una vez se halla, y queda el alma acostumbrada por obra de la voluntad a volverle a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Hasta aquí, la Santa¹⁶.

Bien claro lo dice, y así baste ahora haber dado luz de esto a algunos, porque aunque es verdad que en la contemplación nadie se ha de poner, sino es que Dios le ponga por especial don y llamamiento (porque la meditación puede buscarse, pero la contemplación ha de darse), pero a quien Dios le llamare a ella, no resista su vocación, sino esté muy consolado, y con consulta del padre espiritual docto y experimentado, podrá seguramente dejarse llevar del que pareciere llamamiento de Dios.

¹⁶ Op. cit., *Morad.* 6, cap. VII, núm. 7, pág. 450.

Y verdaderamente, si considera bien, aunque es verdad que el no poder meditar un día y otro, o algunos, podrá ser sequedad o desazón del natural. Pero ver que un día, y un mes y otro, y hartos meses se pasan sin poder discurrir en la oración, aunque más se procura, verdaderamente esto parece gran señal de que no quiere Dios a la tal alma por aquel camino de meditación y que la llama a otro.

TRATADO SEGUNDO

Respóndense algunas dificultades de los que piensan no hacen nada en la oración si no meditan y están devotos; y explicase qué de cosas se obran con acordarse de Cristo y rendirse a su divino querer

CAPITULO I

Que obra muchas cosas el alma en el tiempo de la sequedad, aunque no pueda meditar y piense no hace nada

Aunque te parezca, por la sequedad, pensamientos y tentaciones en que estás envuelto, que no haces nada, engañaste, porque estás creyendo en Jesucristo, esperando remedio en El para tu alma, y amándole, o deseando amarle, lo cual es ejercitar la fe, esperanza y caridad.

Y están también ejercitando la virtud de la fortaleza, pues estás sufriendo el tormento de las tentaciones y pensamientos importunos, y la virtud de la paciencia, pues sin irte ni airarte con impaciencia sufres todo esto por Dios, y la humildad (pues sientes bajamente de ti), pareciéndote no haces ahí ni vales nada, alabas también a Dios con ese silencio, pues como dice San Jerónimo: *La alabanza verdadera de Dios es callar y enmudecer en su presencia*¹⁷. Usas también la virtud de la liberalidad, pues te das a ti mismo, y te entregas ahí a sus pies. Mortificas también tus ojos, tus oídos, tu olfato, tu gusto y lengua, pues el tiempo que estás ahí dejas (por Dios) de divertirme, viendo, oyendo, hablando y todo lo demás, y todo lo aprisionas, y te privas de los entretenimientos que entonces pudieras tener con amigos, conversaciones y otros deleites.

Mira, pues, si estás mal ocupado, sufriendo y pasando lo que te he dicho, aunque tú quizá no habías advertido en ello.

¹⁷ P. L. 26, 1068.

CAPITULO II

I

Respóndese a los que dicen que por qué no aciertan, ni saben qué pedir en la oración, y que están torpes, y como un leño, y por eso lo dejan

David no sólo estaba como un leño, sino como un jumento (decía él), pero siempre perseverante (*ego semper tecum*)¹⁸.

Y así, aunque no sepas pedir, sabe Dios lo que has menester, y tú no lo sabes, y sabrá dár-telo, y así aconseja Cristo¹⁹: *Cuando oráis no habléis mucho, porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester antes que se lo pidáis.* Y como

¹⁸ Ps. LXXII, 23.

¹⁹ Mt., VI, 7-8.

dice San Ambrosio ²⁰: *Desconfiar de Dios es pensar que no te oye; si no le pides, pídale tu fe, puesta en El; pídale tu afecto, pídale tus pensamientos y pasiones, clame tu sangre, como la de Abel.* De manera que tus mismas necesidades están clamando a Dios, ya que no sabes tú pedir: como las llagas del pobre, que ellas piden limosna, aunque él no despegue su boca.

¿Quién hubo menester pedir al sol que le alumbrase? ¿Quién a la lumbre que le calentase?

¿Porque tú no sepas pedir, están atadas las manos de Dios, para no saber dar?

El publicano alcanzó perdón con sólo decir: *Señor, sed propicio a este pecador* ²¹. Y el ladrón, con decir: *Acuérdate de mí cuando estuviere en tu Reino* ²². Y Marta, la vida para su hermano, con decir: *El que amas está enfermo* ²³. Y basta a la piedad divina que vea la necesidad para remediarla; y lo que es más, toda la oración de Cristo en el Huerto por tres ho-

²⁰ *De Cain et Abel*, lib. I, cap. IX, P. L. 14, 353. Falconi cita *Lib. de lachry*, cap. IX.

²¹ *Lc.*, XVIII, 13.

²² *Lc.*, XXIII, 42.

²³ *Io.*, XI, 3.

ras se cifró en decir: *No se haga, Padre, mi voluntad, sino la tuya*²⁴. Imítale tú y hazlo así.

Y si se pusiese un pobre delante de ti, claro es que luego entiendes que es pedirte limosna. ¿Pues eres tú más discreto que Dios? Luego, en poniéndote delante de El, ya tendrá entendido que le pides misericordia.

²⁴ *Lc.*, XXII, 42.

II

Respóndese a los que dicen no saben dar gracias a Dios en la oración

Otros dicen no sólo no sé pedir a Dios, pero ni aun darle gracias, ni conocer las mercedes que me hace.

Digo que si no tienes palabras para darle gracias, que le des el corazón, le resignes la voluntad; que la resignación es la más fina de las gracias.

Con un ejemplo te lo explicaré: tienes dos amigos muy obligados con beneficios; llegan a darte las gracias, y el uno dice: Dios os guarde viváis mil años, que me siento obligadísimo, no sé con qué pagároslo, y otras mil razones a

esta traza. Pero el otro, sin despegar la boca, te pone en las manos una joya de gran valor, que es la cosa que más estima en toda su hacienda ²⁵.

Pregunto: ¿cuál de estos dos te dió mejores gracias: el primero, que todo fué palabras, o el segundo, que todo fué obras y silencio? Pues así es acá, que cuando se dan gracias a Dios, diciendo: Muchas os doy, Señor, alábenos los ángeles, bendito seas Vos por tantos beneficios, etcétera. Estas son gracias de palabras; pero el que da el corazón, todo su deseo, su voluntad y querer, y todo se resigna en Dios, éste da gracias con las obras.

²⁵ Compárese este símil de la joya con el mismo símil de *Carta a una hija espiritual*.

CAPITULO III

*Cómo aunque uno esté seco, duro y sin meditar,
ni hacer nada (a su parecer), con todo esto está
descando agradar a Dios y amándole*

Otros lo quieren dejar, porque dicen: ¿Cómo sabré yo que deseo agradar a Dios y amarle cuando estoy en oración, porque antes me siento a veces duro como una piedra, sin gana de nada, ni deseo bueno, y ni me parece que amo a Dios, ni hago cosa, y así mejor es dejarlo?

Respondo, que así como el alma, por ser puro espíritu, no se siente, así los actos interiores de la voluntad y del alma, como son espirituales, no son de suyo sensibles, ni se advierten fácilmente, y por esto no conoces que amas ni sientes todas veces lo que obra el alma.

Y este sentirse seco y desganado proviene de la repugnancia que hace la carne a las cosas de virtud; que el deseo de voluntad es cierto que no falta.

Y nuestro Redentor, para aliento tuyo, dijo en la oración del Huerto: *que el espíritu estaba pronto, y la carne enferma*²⁶. ¿Pues de qué te espantas de ver que tu carne flaca esté desahrida? Y si te preguntasen entonces: ¿qué es tu intento, y qué pretendes con estarte allí delante de Jesucristo? Responderás que agradarle, servirle y hacer su voluntad; pues si tienes este intento, esto es el espíritu estar pronto, aunque no lo sientes, ni lo echas de ver, y esto es estarle amando.

Y si tú das de mano por este rato a los negocios, entretenimientos, conversaciones y otras cualesquiera cosas, y arrimándolo todo quieres más estarte allí con Dios a solas, manifiesto argumento es de que lo quieres más que a todo lo otro, pues lo dejas todo por estar con El.

Y si sientes que te estorban los pensamientos impuros, u otras inquietudes, señal es de que gustas estar con Dios ahí: que cuando una per-

²⁶ Mt., xxvi, 41; Mc., xiv, 38.

sona siente la inquietud de lo que hace, con voluntad estaba en ello.

Y aunque no sientas, ni tengas el amor sensiblemente, tienes amor apreciativo de Dios (que llama el teólogo), el cual es el importante. Un ejemplo te lo dirá. Como la madre que tiene un hijo y un perrillo, y al hijo ámale con amor de la razón, y al perrillo con un amor sensible, afectuoso y agradable y regalado, y todo su gusto con él, y con su hijo está seca y despegada; pero lléguele a preguntar: ¿cuál quiere más que muera, el perro o el hijo? Dirá que muera el perro mil veces, que aunque estaba gustosa con él, mas que aquel amor era de pocos quilates y del gusto, pero que al hijo quiere y aprecia sobre cuanto hay, aunque estaba seca con él.

Pues a este modo estarás seco, sin sentir amor de Dios; mas si te preguntasen si harías un pecado, responderías que por cuanto hay no lo hicieras, porque quieres y aprecias más no ofender a Dios que cuantas cosas hay.

Pues este amor es apreciativo, que estaba allá escondido en tu alma; pero como no lo sentías, ni regalo, ni devoción con Dios, por eso te parecía no le amabas.

CAPITULO IV

Respóndese a los que dicen no saben si aman, o están con Dios, pues no lo sienten. Y explicase que esto proviene de que una cosa es obrar y otra conocer que se obra

Todavía se quejan algunos de que no echan de ver que aman a Dios, pues no lo sienten.

A lo cual digo que es propio achaque de la condición humana el querer ver y palpar las cosas, y si no, no están contentos.

Pero, verdaderamente, que el no sentir lo que se hace no viene de no obrar, porque una cosa es obrar y otra conocer que se obra (que al obrar llaman los teólogos acto directo, y al conocer lo que se obra, acto reflejo).

Y este conocimiento reflejo falta muchas veces en la oración, y fuera de ella, con especial permisión divina, para humillar las almas, porque pensando que no aman, ni hacen cosa de provecho, sino que están como siervos inútiles, se humillan, se purifican y sienten de sí bajamente.

Que del conocer que va bien en la oración y en la obra buena que hace, lo que se suele seguir es quedar satisfechos y complaciéndose de ello vanamente; pero aunque no lo conozcan, no por eso dejan de ir bien y de amar, porque una cosa es obrar y otra conocer que se obra. Expliquemos esto con un ejemplo. De la manera que si un hombre le metiesen el mantenimiento en el estómago, sin sentirlo él, ni haber tenido gusto en ello, está claro que a este tal, aunque tiene comida en el estómago, le parecerá no haber comido, ni tendrá satisfacción alguna de tal comida.

Así es acá, cuando al alma le quita Dios el acto reflejo y conocimiento de lo que obra, dejándole el directo.

Que como obra entonces sin la satisfacción ya dicha, le parece realmente que no obra, y de ahí

le viene estar en unas tinieblas y oscuridad muy grande, con que está persuadida a que ni ama a Dios, ni hace cosa de provecho; y es que la tiene Dios sin que lo vea, para mayor bien suyo, porque en lugar del acto de complacencia vana, que quizá tuviera viendo lo que hacía, tiene otro de humildad y propia aniquilación, pareciéndole que no espera nada ni vale nada.

Esta doctrina es menester se note, porque es ordinaria cosa, y por no advertirlo muchas personas se ven desconsoladas y a pique de dejarlo todo, pareciéndoles que no hacen cosa por no alcanzar el secreto que hemos explicado.

CAPITULO V

Pónense algunas señales de cuándo se aprovecha en la oración

La primera señal de que se aprovecha, y de que se ha de aprovechar, es el perseverar cada día, y todas las demás señales son frutos de ésta, y la oración de hoy es fruto de la oración de ayer, y la de mañana de la de hoy. Y a este modo la perseverancia de siempre es señal grande de aprovechamiento, y ésta es la causa de todo.

Y las que de aquí suelen nacer comúnmente son: que sentirás como un tedio y enfado de las cosas de esta vida, y un irse secando los deseos malos de la vida pasada, e ir naciendo otros,

como pimpollos nuevos de servir a Dios, y un reparar en algunas faltas de que antes no se hacía caso, y sentirás una nueva advertencia dentro de tu corazón cuando vas a hacer algo malo, que parece que te dicen no hagas esto, no hables esta palabra picante, deja ese gustillo terreno, vete de esa conversación y otras cosas así, que experimentará cualquiera que tratare algunos días de ello.

Y llega a ser tanta esta advertencia en algunos, que apenas de una legua se empieza a conocer que puede haber ocasión de pecar, cuando ya está el corazón prevenido, cómo huirlo, y cómo podrá haberse sin pecar.

Pero es menester advertir que estos efectos no se sienten todas veces cuando se está en oración, sino después entre el día y en otras ocasiones. Y digo esto porque hay algunos que el sacar estos provechos de la oración (y de la comunión, o de otros ejercicios) que es salir de ella luego con sentimientos y buenos deseos, y esto ha de ser luego, y que si no es así no aprovecha la oración.

Piensan que este negocio es como quien va a la tienda a comprar recaudo, que no hay sino

toma el dinero y dame lo que pido; no es esto así siempre; póngome en oración, y veamos luego el provecho (el labrador siembra por octubre y recoge por agosto), sino que después Dios en las ocasiones, y en el discurso del tiempo, nos libra en las tentaciones de caer en ellas, y nos da los santos propósitos, y cuando menos pensamos nos vemos con mil deseos buenos.

Y todo es fruto de la oración, y así no hay decir no veo fruto, ni provecho en ella, pues déjola, porque esto suele ser después.

Tengamos, pues, paciencia, que si al perseverar se sigue el ver después frutos en el alma, con esto no cae debajo de duda lo que se aprovecha, porque *por el fruto se conoce el árbol* si es bueno, como dijo Cristo, nuestro bien²⁷.

Y nótese que no es tan fácil de percibir el crecer en la virtud, que tampoco en el muchacho se echa de ver cuándo va creciendo, mas después se ve andando el tiempo.

Y no es poco provecho el no volver atrás; y muchos pecados que se dejan de hacer es fruto de la oración; que otros que tienen la misma na-

²⁷ Mt., XII, 33; Lc., VI, 44.

turaleza que tú no están libres de ellos, y conservarse en un buen estado, de no cometer pecados graves, es gran bien; que el enfermo a quien no le engorda la comida, por lo menos no es poco bien que le sustente con vida; así, aunque algunos no engorden en perfección, pero sustentanse en un buen paso, mediante la oración.

CAPITULO VI

Cómo el entendimiento obra, y está creyendo en Cristo, aunque no medite

Dirásme: yo bien creo los misterios de Cristo, y perseveraré de buena voluntad en esto; pero como no sé discurrir, ni ponderarlos como otros lo saben hacer, paréceme que mi entendimiento no obra con este creerlos.

Digo que si no sabes discurrir, que no te has de matar, y no por eso dejar de obrar; y para que te consueles, quiero que sepas que el entendimiento tiene tres modos de obrar (dicen todos los doctores): el uno es simple aprehensión de la cosa; la otra es componer, o dividir en ella; y la otra es razonar, o discurrir acerca de ella;

y de cualquiera de estos modos que obre no se podrá decir que está ociosa.

Y así, ya que no puedes ponderar, ni discurrir en Cristo, pero por lo menos haces una simple aprehensión de El, con lo cual crees en El y sus misterios, que para creerle no has menester discurrir, ni ponderar, sino un sencillo decir: *Creo en Jesucristo*, y perseverar en esta simple aprehensión, que esto es acto de fe y primera operación del entendimiento.

Y si muchos no saben esta simple aprehensión echarla de ver en sí, es porque se percibe menos que el discurrir, pero no porque no lo tengan.



CAPITULO VII

Que el alma no puede estar ociosa (mientras el hombre está despierto), sino que ha de estar o en Dios o en la criatura

En tanto grado es esto, que aunque lo lleváramos por lo teólogo, se ve que aquí el alma está ocupada en Dios.

Porque, como enseña Santo Tomás²⁸, mientras la persona está despierta no puede dejar de atender y de amar algo, que es lo que dicen los teólogos que no se puede dar pura omisión.

De manera que, así como los ojos abiertos no

²⁸ Debe referirse a la interpretación que Zumel hace de Santo Tomás, cuyo texto aparece en la *Carta a un religioso*, núm. 11.

pueden dejar de ver algo, así el hombre despierto no puede dejar de atender y querer algo, sea bueno, sea malo; que aunque el hombre no está necesitado a amar este objeto en particular, pero alguno es fuerza amarle ²⁹.

Ahora, pues, en este rato es fuerza que amemos algo, pues en el mundo no hay más que amar al Criador o a la criatura; luego una de estas dos cosas estás amando. Luego si no quieres ni buscas ahí a la criatura, luego quieres y amas al Criador.

Pues a la criatura tú no la vas a buscar ahí (y aunque se te ofrece cosas criadas al pensamiento, tú no lo quisieras, ni tú de corazón lo amas, antes lo sientes), luego síguese que estás queriendo al Criador y que estás ocupado en esto (aunque no lo discurre, como aquí te lo hemos dicho): porque la voluntad es fuerza ame o a Dios o a la criatura, pues si no la amas a ella luego amas a Dios, luego en algo estás ocupado. Porque si no buscas a la criatura, luego buscas al Criador.

²⁹ La edic. Madrid, 1780, añade: «o, al menos, pensar en él.»

CAPITULO VIII

Cómo el alma, aunque no sepa decirle a Cristo amores, ni jaculaciones, le agrada mucho con asistir en su presencia

Y si yo no sé, como otros, decirle a Dios amores, ni palabras devotas, sino que me hallo embarazado, corto de razones y sin saber qué decir, ¿cómo me he de consolar viéndome así?

Yo te lo diré con este ejemplo: considera que tienes dos amigos y que, estando enfermo, viniese el uno, que es corto de razones, y después de haberte saludado se arrodilla a los pies de la cama y, sin hablarte más palabra, se quedase allí contigo mirándote a la cara, resuelto a hacer cualquier cosa que le dijese y a que hicieses de él lo que fueses servido; y que luego viene

el otro, con gran abundancia de palabras, y te dijese: ya sabéis que para las necesidades son los amigos, mi casa, hacienda y vida está a vuestro servicio, mirad lo que queréis, que todo es vuestro, y mandad, y con tanto quedaos con Dios. ¿A cuál de éstos tuvieras por más verdadero amigo? Estos entrambos son amigos, pero ¿en verdad que el primero no te agradó menos con su cortedad y voluntad que el segundo? Pues haz tú cuenta que eres como el primero, cuando estás en oración, que Dios recibirá tu buena voluntad, pues no aciertas a hacer otra cosa.

CAPITULO IX

*Que no hay que maravillarse de que uno sepa
discurrir en las cosas del mundo y no en las de
Dios*

Pero dirás: ¿es posible que en las cosas del mundo he de saber discurrir, hablar, dar mi razón, y para cualquier malecito que toca a mí, o a quien quiero bien, lo he de saber considerar y sentir, y que en poniéndome en oración soy un tronco, que ni sé discurrir, ni hablar, ni sentir la Pasión de Cristo?

No te espantes, que ésa es miseria nuestra y propio del natural terrestre, que es muy hábil para las cosas de la tierra y muy torpe en las del cielo, y como en lo que discurre de acá son

cosas que las ves y tocas con las manos, de ahí es que más fácilmente sabes entrar y salir y hablar de ellas. Pero como las cosas divinas no las ves, ni las tocas, por eso estás torpe en ellas; que lo que no se ve no mueve como lo que se ve (si no es que la gracia del Espíritu Santo obre, que cualquier cosa buena, y el decir Jesús ha de ser gracia suya), y así ríndete a Dios, haz lo que pudieres con su gracia, sufre y espera con paciencia y sin afanarte.

CAPITULO X

I

Como aunque se divierta el pensamiento muchas y muchísimas veces, no por eso se quita el merecer y agradar a Dios

Dirásme: muchas veces se divierte el pensamiento, de manera que en aquella hora gran parte de ella no le puedo tener fijo en Dios, por lo cual me parece ni merezco, ni me aprovecha.

Digo, que no por eso se te quita el mérito; porque para que estés en oración, y merezcas gracia, y gloria, y alcances lo que deseas, no es menester que todo el tiempo de ella actualmente estés siempre pensando en Dios, sino que basta que al principio tuvieses esa atención, aunque no

la tengas actual todo el demás tiempo que allí estás, con tal de que no te diviertas de propósito, como el que reza las horas y oye misa, que no ha menester atención actual a todo el rezo o misa, que basta la virtual.

Esta es la doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás, el cual dice así: ³⁰

Sola aquella primera intención y pensamiento en Dios, que al principio tuvo, tiene valor y fuerza para que todo el demás tiempo sea oración verdadera, meritoria e impetratoria, aunque todo ese demás tiempo que dura la oración no hay actual consideración en Dios. De manera que siempre está en oración, aunque ande la consideración revoloteando en mil pensamientos sin querer; con tal que no se vaya y la deje o mude el primer intento, y diga que no quiere estar con Dios. Y claro es que ninguno lo dice mientras está allí, y así siempre está orando el que persevera, aunque más por su flaqueza se divierta, porque como dice Santo Tomás en el lugar citado ³¹: *En spiritu y en verdad ora el*

³⁰ II-II, q. 83, art. XIII, corp.

³¹ Ibid., ad. 1.

que va a la oración con espíritu e intento de orar, aunque después por su flaqueza y miseria ande vagueando con el pensamiento.

II

Prosigue que no hay que hacer caso de pensamientos importunos

Y de esto de los pensamientos, ya queda dicho en la *Primera Cartilla*, no hay que hacer caso. Y San Bernardo dice de sí: ³² *Soy oprimido en el corazón con espesos tumultos de pensamientos, y de aquí para allí ando solícito, y ciego, buscando la venganza, y no hago otra cosa que pasar en mi corazón inquietudes, y entre mí mis-*

³² *Tractatus de interiori Domo*, cap. xvii, P. L. 184, 522.

mo digo afrentas a los otros, y las recibo, y a las recibidas respondo, y como no tengo entonces quien me resista; porque todo esto pasa en el pensamiento, compongo en mi corazón los enojos; y esto es considerando qué tretas haré, y pensando qué podré revolver: contra quien me da pesadumbre busco qué responder, y como no haya nada de esto, trabajo, y litigo en vacío; y de esta suerte paso el día y la noche en ocios y pensamientos; estoy torpe en la obra que me había de ser útil, porque me fatiga el pensamiento ilícito, y de esta forma pelea el pensamiento interiormente; siendo así que nadie le repugna, y a veces las cosas que antes hice, después con importuna consideración las revuelvo en mi pensamiento, y muchas veces soy más gravemente atormentado en acordarme de ellas que antes lo había sido, cuando las hice; y también de tal manera muchas veces revuelvo en mi pensamiento aquellas cosas que nunca hice, ni tuve intento de hacer, que parece me pesa no haberlas hecho, y tengo pintadas, y representadas en mi corazón las cosas que vi e hice. Por lo cual, cuando estoy vacando a la oración, no ceso de revolver en mi corazón el tumulto de las cosas

temporales; porque con el pensamiento, siendo así que estoy en ayunas, y estando callando, ya me airo, ya me estoy quieto. El cuerpo se está quedo, y el pensamiento anda discurrendo de aquí para allí. Hasta aquí, el Santo.

Pues si San Bernardo, tan ejercitado en la oración, tenía tan varios y tan importunos pensamientos, ¿de qué te espantas tú de verte atormentado con ellos?

Y lo que más es, a Cristo nuestro bien, una de las cosas que más le atormentó en la oración del Huerto, fueron imaginaciones y pensamientos de nuestros pecados, de nuestras miserias, de nuestras flaquezas, y de los tormentos que había de pasar y padecer en su Pasión. Pues no te maravilles que te atormenten ahí tentaciones, representaciones de tus pecados, y otras miserias que tú las tienes, y has hecho por qué.

De San Antonio Abad se cuenta que oyendo tocar en su convento a oración, oyó también una campana en el infierno que tocaba a oración, y espantado de ello, deseó saber el misterio, y fuéle dicho que si en el convento tocaban a oración, que en el infierno también a inquietar en ella.

Todo el infierno, pues, se conjura para es-

torbar la señal clara de lo mucho que importa.

Y así no te aflijas de verte lleno de pensamientos varios todo el tiempo que ahí estuvieres, sino ten buen ánimo, y súfrellos por Dios, que en ese sufrimiento están encerrados muchos bienes; y no porque tu imaginación esté sin querer pensando en varias cosas, por eso deja de estar tu alma en Dios con la fe, con el deseo y con la intención.

Pensarás tú que porque estés por una parte sin poder discurrir, ni meditar en cosa buena, y por otra lleno de mil imaginaciones, sin poder librarte de setecientos pensamientos disparatados, que ya va todo perdido, y que ya no hay oración. Eso es lo que quiere el demonio, persuadirte esto, para que te vayas y lo dejes; no lo hagas tú, pues, así; si no, repara bien en lo que te hemos dicho, y de ningún modo lo dejes, sino quíébrale la cabeza con perseverar, mal que le pese; porque si no quedarás él riendo de ti y haciendo burla, que como a bobillo te engañó.

CAPITULO XI

Que en la oración, aunque sea más seca, combatida de pensamientos, y desgana, hay una grande imitación de Cristo

Es tan alta la obra de orar, que, aun cuando a tu parecer está llena de sequedad y desgana, entonces aún es un retrato e imitación de Cristo, desde que nace hasta que muere.

Porque si estás hecho un hielo, cercado de tentaciones torpes, y de los inmundos y animales deseos de tu carne, te pareces a Cristo en el pesebre temblando al hielo y rodeado de animales.

Y si cortas y circuncidas esos afectos de la

carne, sufriendolos por Dios, aunque más te due-
la el negarlos, eres semejante a Cristo, que con
sumo dolor dejó circuncidar su carne santísima
por ti.

Y si hay congojas, agonías, sudores, sequeda-
des, grandes desganas de estar allí, y repugnan-
cia de la carne flaca, y no obstante eso se re-
signa en la voluntad divina, aunque sufriendolo
como de mala gana, y tolerándolo a más no po-
der, con tedio, con tristeza y repugnancia, todo
esto es una imitación de las ajenas ansias y otros
sudores de Cristo en la oración del Huerto, pues
estaba también allí este Señor con ansias, con
agonías, reventando de congojas, con tristezas
mortales, hasta reventar sangre su cuerpo, y
puesto en toda agonía (dice el Evangelista)³³,
que perseveró orando en esta prolijidad.

Y cuando está una persona en este ejercicio
atravesada la consideración con importunos pen-
samientos, y con imaginaciones varias, dispa-
radas y torpes, que la están punzando la cabe-
za, ¿qué otra cosa es si no imitación de la de

³³ Lc., XXII, 43.

Cristo, atravesada con espinas, y punzada con dolores?

Y si tienes dolores en las rodillas y cuerpo, eso será imitar los dolores que tuvo Cristo en las tuyas cuando cayó de rodillas con la cruz auestas por ti.

Y si estuviese el corazón atravesado de ansias y aflicciones, será una imitación del suyo atravesado con la lanzada³⁴.

Y cuando están atravesando mil representaciones feas, mil blasfemias e injurias, que se ofrecen contra Jesucristo, contra la Virgen y sus santos (cosa que suele suceder hartas veces), con otros mil pensamientos torpes y sucios, ¿qué otra cosa es sino una figura e imitación de las palabras feas, de las suciedades, blasfemias, injurias que le decían a Cristo nuestro bien en su Pasión?

No es menos³⁵ imitación de este Señor el perseverar un alma una hora y otra hora en oración, y más si está con ansias de acabar, haciéndosele cada cuarto de hora un año, y ella, no

³⁴ Otras ediciones (Barcelona, 1676; Madrid, 1732, etc.) ponen «lanza», en vez de «lanzada».

³⁵ El *menos* lo hacen desaparecer otras ediciones.

obstante esto, se está queda clavada en su ejercicio; porque eso es una viva imitación de Jesucristo en la cruz, con ansias y congojas de muerte, clavado en ella, con perseverancia, sin querer menearse, ni bajar de ella, aunque más le decían los escribas y fariseos que bajase, y eso mismo, pues, hace un alma, aunque más congojas y ansias tiene por acabar y dejar la oración, deseando que se acabe la hora; y aunque más los escribas y fariseos de los apetitos de la carne y deseos del cuerpo digan que baje de la cruz en que está, que deje la oración y se vaya, ella con todo eso se está queda clavada en su cruz y tormento, sufriendo y resignándose en la voluntad divina.

Y si el alma está entonces sin dulzuras de devoción sensible, sin sentimientos regalados, sino en suma aflicción, y a su parecer, como olvidada y desamparada del mismo Dios, entonces está imitando el desconsuelo y desamparo que tuvo Cristo también en la cruz cuando a voz en grito se quejó de haberle desamparado su Eterno Padre ³⁵ bis.

³⁵ bis Mt., xxvii, 46; Mc., xv, 34.

Persevera, pues, y no te vayas de la oración, ni huyas de la cruz que en ellas padeces, porque es propio del diablo huir de la cruz; no te parezcas tú a él en huir de ella y no querer padecer por Cristo muerto de amores por ti.

CAPITULO XII

Que a unos da Dios que mediten la Pasión, y a otros que la padezcan, que es mejor

Con lo dicho se satisface a la queja común que muchos dan para no tener oración, y es decir, o que no puedo pensar en la Pasión, ni en lo que por mí padeció Cristo, sino que todo es estarse seco, duro, padeciendo pensamientos, tentaciones y otras mil penas.

A lo cual digo que si no pueden pensar en la Pasión, que padezcan la Pasión, sufriendo todo lo que se ha dicho por el amor de ese Señor, y más le valdrá eso que pensarlo.

A unos les da Dios gracia para que piensen y mediten la Pasión, y a otros que la padezcan,

confórmense con su voluntad, que no por eso es peor, y pues ya vimos cómo se imita y padece, cuando parece no se hace nada, y que van perdidos; confórmense con padecer esta Pasión, ya que no aciertan a meditarla.

Antes bien el pensar y meditar suele algunas veces ser sólo un saborear el gusto, y deleitar el entendimiento y el corazón; pero, en el sufrir sequedades, dolores, pensamientos y tentaciones, es regalar el gusto y corazón de este Señor.

Porque a la verdad, lo es grande para El vernos resignados y afligidos por su amor, porque en esto mostramos más tenersele que no en el estar con gustos, sabores y contentos.

Que así como el padecer, afligirse y morir en una cruz fué en lo que mostró la excesiva caridad con que nos amaba, así en lo que mostraremos que le amamos algún tanto será el estar-nos por El en la oración y fuera de ella resignados, crucificados y afligidos, conformes en todo por darle gusto.

CAPITULO XIII

Respóndese a los que vanamente temen, que se parece el no meditar al ocio de los alumbrados

Y para que mejor se vea, quiero referir cuál era el error de los alumbrados, y qué ocio, y no hacer nada era lo que ellos enseñaban.

Decían, pues, lo que ahora veremos, como se colige de la Clementina *ad nostrû de hereticis, & clementi de religiosis domibus*, y refiere Amerio in directorio inquisito, *quest. 78 & c. Pretedos lib. 2. de vitiis, & sedibus hereticorum, cap. 17*, y como más claramente refiere Rusbroquio ³⁶:

³⁶ Se trata de la colección que de sus Decretales hizo Clemente V, que promulgó Juan XXII. Confr.

Los «secretarios»³⁷ de esta secta (dice Rusbroquio) viven apartados, y buscan las quietudes, el ocio, sin hacer ningún género de ejercicio, ni acción interior ni exterior, para que con esto goce de descanso que desean, ni haya quien se le oponga a nada, la cual procuraban, de tal manera, que estudiaban que toda su acción fuese olvidarse de Dios, de sí mismo y de cuantas cosas hay. Y así pensaba el que alcanzaba este ocio que cualquiera conversión amorosa a Dios le era de impedimento, y esta quietud y ocio prosigue adelante; bien se ve cuán claramente es contraria a la quietud sobrenatural, que se posee en Dios, pues ésta es un amoroso deshacerse el espíritu, con una simple atención a aquella comprehensible claridad; y así claramente se engañaban éstos, que ni aun con el deseo no

Liber Sextus Decretalium, Lugduni, 1583. *Ad nostrum*, cols. 250 y sigs.: *De religiosis domibus*, cols. 201 y sigs.

Amerio es N. Eymeric: *Directorium inquisitorum...*, Romae, 1578; Pratedos es, sin duda, Prateolus (G.): *De vitis, sectis et dogmatibus omnium haereticorum...*, Coloniae, 1569. Rusbroquio: *De ornatu spiritualium nuptiarum libri tres*, Paris, 1512, lib. III, caps. LXVIII-LXXI, folios 76-82. Falconi cita capítulos LXXVI-LXXIX del lib. II.

³⁷ Otras ediciones ponen: *sectarios*.

buscaban a Dios, sino sólo su ocio. Hasta aquí, este autor.

Con solas estas palabras explica Rusbroquio bastantemente la diferencia clara que hay de un ocio al otro, y cómo aquél era un ocio, y descanso de la carne, y un buscar su gusto, y a sí mismo, y de ningún modo a Dios; mas esto otro es una quietud sobrenatural, con que el alma está atendiendo a Dios, y con amorosa advertencia resignada en sus manos a que haga de ella lo que quisiere.

Pero prosigamos con las palabras de este autor, dice más de estos alumbrados:

Y por tanto puramente procuran estar ociosos, sin hacer acción alguna, ni de arriba, ni de abajo, sino sólo habiéndose como un instrumento mero y ocioso, que se deja menear del artificio, porque si piensan que cualquiera obra y acción que hagan que no es más que impedir a Dios, y así dan de mano a toda virtud y acción, de tal manera, que ni quieren dar alabanzas a Dios, ni gracias, ni conocer, ni querer, ni amar, ni rogar, ni desear, porque piensan que cualquiera cosa que puedan pedir, o desear, que ya la tienen. De más de esto a su entender y juicio, ya

sobrepusieron todo ejercicio culto, y virtudes, y llegaron a un estado de puro ocio, donde están ya libres de cuidar de virtud, el cual estado de ocio dicen es más dificultoso de adquirir que las demás virtudes. Y así quieren ya en él gozar de libertad, y no obedecer a nadie, ni papa, ni obispo, ni prelado alguna; y aunque exteriormente disimulen que obedecen, pero interiormente ni su voluntad ni su intento es éste, y éste es su parecer y sentencia, y que mientras uno anda los actos y ejercicios de adquirir las virtudes, que aún no está perfecto, pues aún todavía busca y alega virtudes. Y de aquí dicen que en llegando a adquirir este ocio, que ya no pueden aprovechar, ni pasar más adelante con el ejercicio de las virtudes, y que aun pecar no pueden, por haber entregado ya su espíritu a Dios en este ocio y vocación de todo; y de este decir que no pueden pecar infieren también que ley sobre sí, y así cualquiera cosa que les pide todo les es lícito, séase lo que fuere, porque como gente ya en el estado de la inocencia, no tienen ley sobre sí, y así cualquiera cosa que les pide el apetito corporal, por deshonesto que sea si de impedirlo se les sigue impedir su ocio y quie-

tud, la conceden a su apetito, porque no padezca aquella mínima quietud, su ocio, y descanso que procuran. Hasta aquí, Rusbroquio.

Y a este tono refiere él otros muchos desatinos, que estos miserables dejados o alumbrados tenían, los cuales fuera largo referir: ahora, basta lo dicho, para que de ello se colija claro la diferencia que hay de este ocio, quietud y descanso que buscaban los alumbrados, a la quietud que tienen los que por no poder meditar, están creyendo en Cristo, como ahora lo explicaremos.

CAPITULO XIV

I

Explícate la diferencia que hay del no hacer nada de los alumbrados al no poder meditar

Porque los alumbrados todo su fin era el procurar el descanso, gusto y deleite de su apetito carnal y natural, y para alcanzar éste, y gozar de su quietud y ocio, sin que hubiese cosa en sí, o fuera de sí, que se lo impidiese, se procuraban conservar ociosos, vacíos y sin hacer obra alguna exterior, ni interior, ni con el cuerpo, ni con el alma; y así, ni querían atender con el entendimiento a Dios, ni con la memoria acordarse de El, ni con la voluntad amarle, ni desear cosa de Dios, ni amor suyo, ni tener oración; y,

finalmente, ni tener, ni obrar ninguna obra, o acción interior, sino estarse en una suspensión, ocio y quietud de la naturaleza diabólica y vana.

Ni querían tampoco obrar interiormente acción alguna buena, ni ejercicios de virtud, ni obra de caridad, ni sufrir mortificación alguna, ni cosa que les pudiese ser penosa, ni molesta, huyendo siempre de toda acción que oliese a cruz, o padecer (como el diablo de ella), según referimos de Rusbroquio.

Y era en tanto grado ésta, que como se colige de las palabras referidas de Rusbroquio (y como más a la larga refiere los errores de los alumbrados Juan Francisco de Villalba en sus *Empresas espirituales*)³⁸. Cualquiera apetito deshonesto y torpe que les pedía la naturaleza, decían se había de ejercitar, para evitar la inquietud y pena que causaría el resistirle; y que así, por no perder su quietud y paz interior, era bien ejecu-

³⁸ Juan Francisco de Villava (o Villalba): *Empresas espirituales y morales, en que se finge, que diferentes supuestos los traen al modo extranjero, representando el pensamiento en que más pueden señalarse: así en virtud como en vicio... contra la secta de los Agapetas y los Alumbrados*. Baeza, Fernando Díaz de Montoya, 1613.

tarle, por no quedar con la inquietud y molestia de resistir a la tentación. Notable desatino.

Tanto como esto buscaban el ocio, dejamiento y descanso de su naturaleza, con título de buscar la quietud; ¿qué tiene que ver esto con lo que se enseña en el camino de la contemplación, y creer en Cristo, que hemos explicado?

Porque en ella lo primero que se entabla es que ha de estar el alma toda ocupada interiormente en atender a Cristo con entedimiento, memoria y voluntad, porque aunque no medite, pero no cesa de atender a Cristo nuestro bien con una sencilla vista y acto de fe, con que está creyendo que está en su presencia; ni cesa de estar amándole, queriendo lo que quiere; y resignándose totalmente en su divino querer, cuyos actos de creer y amar no faltan nunca todo el tiempo de la oración, y el alma nunca está allí ociosa, y nunca cesa de obrar; pues como ya vimos, está obrando los actos de fe, esperanza y caridad, fortaleza y paciencia, y todas las demás virtudes; y está obrando una continua muerte de la naturaleza, con que está voluntariamente mortificando la vista, oídos, olfato, gusto, tacto, imaginación y todos sus apetitos corporales, y está

haciendo a Dios un total sacrificio de su naturaleza, voluntad, querer y no querer. Y fuera de esto está exteriormente crucificando su cuerpo, no perdonando el dolor de rodillas ni de cuerpo, cansancio, ni incomodidad por estarse con Dios resignada en su voluntad santísima, imitando a su Maestro Jesucristo, siguiendo sus pasos y padeciendo su Pasión, como ya explicamos.

Pues véase qué tiene que ver esta doctrina con lo que decían los alumbrados; y si habrá quien cotejando uno con otro diga que el no discurrir, que hemos explicado, sea como el ocio de los alumbrados.

Porque quién no ve que aquello que ellos decían y hacían era la misma impureza y suciedad, y que esto otro que aquí se dice es la misma pureza y perfección; que aquello era la misma inobediencia a Dios, a su Iglesia y a sus Mandamientos y voluntad, y esto otro es una total obediencia a Dios y a su voluntad santísima. Aquello era todo cumplir los apetitos de la carne, y esto otro es un total degollarlos. Aquello era huir de la cruz y de Cristo, y esto es un buscarla y abrazarse con ella. Aquello era

un huir de Cristo y buscarse a sí mismo, y esto es un huir de sí y buscar a Cristo. Aquello era un procurar un total ocio interior, sin querer hacer acto de fe, esperanza ni de amor, y esto es un todo y siempre obrar interior, creyendo en Cristo, y atendiendo siempre a El, esperando y amando su voluntad.

II

Explica muy bien Ludovico Blosio la diferencia que hemos dicho

Aunque con lo dicho quedaba bastante respondido al vano temor de los que dicen se parece esto a lo de los alumbrados; con todo esto, quiero referir unas palabras de Blosio, en que se ve claramente la suma diferencia que hay de lo uno a lo otro, porque este autor, en breves palabras, resumió en qué consistía el error de los alumbrados, y la diferencia que de ellos hay a la quietud de la contemplación en Cristo. Dice,

pues, así en el *sumario de sus instrucciones*, tratando de los alumbrados³⁹: *Guárdate, no sigas la vana ociosidad y falsa quietud sin el amor de Dios, porque los que esto hacen no quieren ocuparse en las virtudes, ni alabar a Dios, ni considerar la Pasión del Señor, ni darle gracias, ni orar, ni amar, ni desear, antes engañados miserablemente, ponen su perfección en que pueden recogerse dentro de sí mismos, con una sensualidad ociosa, dejando todas las demás obras y ejercicios espirituales, no haciendo caso de la unión amorosa con Dios. Estos no se deleitan en Dios, sino en sí mismos, y son torpes esclavos del demonio.*

De manera, que su intento de los dejados era no tener acto ninguno interior, ni de amor, ni deseo de orar, sino estar en una calma y total ocio de todo acto interior y exterior, gozándose en este ocio, y no en Dios, ni en el cumplimiento y conformidad con su voluntad.

Empero, los verdaderos amigos de Dios (prosigue Blosio): Y buenos contemplativos, y teniendo un alma desnuda, y desembarazada de

³⁹ Obras de Ludovico Blosio, Zaragoza, 1602, *Sumario de Instituciones*, pág. 522 y sigs.

imágenes, cuando se ocupan en el silencio y ocio interior, no lo hacen sin un silencio, afecto y deseo para con Dios, y buscan la honra de Dios más que su gusto propio, y por este ocio no dejan las obras y ejercicios buenos, éstos buscan a Dios con el deseo, y lo hallan con amor fructivo, hallando su quietud en El, y así la quietud sobrenatural, de que éstos gozan en Dios, excede tanto a aquella natural (que buscan los dejados) cuanto el mismo Dios a las criaturas. Hasta aquí Blosio.

Aquí ha descubierto bastante Blosio la diferencia grande que hay del ocio y quietud natural que procuran los alumbrados y dejados, al ocio santo y quietud sobrenatural en que se ocupan los verdaderos contemplativos, que aquéllos sólo procuraban, y ponían la propia, y último fin, en estar quietos y ociosos en cuerpo y alma, dejando para esto todo acto exterior e interior, así de operaciones del cuerpo, como de operaciones del alma, y sin querer tener ningún acto sino sólo dejarse en un puro y total ocio, sin querer hacer ningún acto bueno, ni con el cuerpo exteriormente, ni con el alma interiormente.

Pero aquellos nuestros contemplativos (de que

aquí tratamos), totalmente por el contrario, ponen toda la propia y cuidado en no buscarse a sí mismos, ni cosa de su gusto, sino sólo el de Dios y el cumplimiento entero de su voluntad santísima, y ocupados siempre en perpetuos actos de fe, esperanza y caridad, y en continua resignación andan todos entregados en Dios.

De la misma manera impugna los errores de los alumbrados *Taulero*⁴⁰. Y dejo de referir sus palabras, porque todo se reduce a lo dicho, y por no alargarme.

⁴⁰ D. *Jhoannis Tauleri, clarissimi ac illuminati theologi sermones...* París, 1629; Dom. 1.^o de Cuadragesima, Sem., II, págs. 146 y sigs.

TRATADO TERCERO

Que con resignarse en la voluntad de Dios, se suple también la falta de discurrir

CAPITULO I

Que este negocio del orar, más consiste en amar, y resignarse en Dios, que en meditar en El

Y quiero que sepas que en este negocio (como dice el padre fray Luis de Granada ⁴¹): *No se ha de tratar tanto del conocimiento y especulación de Dios, cuanto de su amor. Y así si no*

⁴¹ *Obras del R. P. maestro fray Luis de Granada*, edic. sin año, por Gabriel de León, Madrid; *Segunda parte del Memorial de la Vida Cristiana*, trat. VII, cap. II. Más exacto en *Tratado del amor de Dios*, segunda parte, cap. XI (en *Obras del V. P. Maestro Fr. Luis de Granada*, tomo IV, Madrid, 1769, pág. 107).

puudieses especular mucho, conténtate con creer y amar a Cristo.

Dirásme: ¿cómo amaré yo aquí ese Señor? Respondo: que conformándote con su divina voluntad, deseando que se cumpla en todas las cosas, y resignándote totalmente en ella. Y yo te aseguro que si tú te procuras resignar, que se acaben presto las quejas y las excusas que das para dejar la oración, de no puedo, no acierto a discurrir.

Resígnate, pues (que ésta es la nata del amor), procurando no querer ni desear nada, sino que se haga la voluntad de Dios en ti, y en todas las cosas que te tocan, o que no te tocan; porque aunque los bienes espirituales, o temporales para ti, o para los que te tocan, se pueden pedir a Dios, ordenándolos todos a su servicio, pero es más agradable el dejar tu voluntad en la suya, y remitirte todo a no querer nada, sino lo que El quisiere. Porque deseando esto, o aquello en particular, o devoción, o recogimiento, puede haber peligro de amor propio, y de apegamiento del natural, pero deseando que se haga la voluntad de Dios, se desea todo bien con perfección, y sin este peligro. Y cuanto más no quiero

nada, tanto más obligas a Dios para que haga como quien es; como cuando acá uno se muestra desinteresado en el servicio de un gran príncipe, no cuidando de salario, ni de aumentos, tanto más le obliga a que mire por él, y haga como príncipe.

Demás, de que aun por tu comodidad, no habías de desear nada, porque no hay cosa que más pena dé que desear una cosa y no salir con ella; no desees, pues, nada, y nada te dará pena. Los deseos son como muchachos mal contentos, que de nada lo están, todo lo desean, y nada les harta.

Y si últimamente ha de venir a ser lo que Dios quisiere (mal que nos pese), ¿no es mejor desde luego querer lo que Dios quiere, obligarle y merecer, que no después andar reventando?

No te aflijas, pues, de verte sin poder discurrir; confórmate con que Dios te sufra en su presencia, y con todo lo que hiciere por ti, ahí, y en todo lugar; y dile a Dios (como enseña San Ignacio de Loyola en los ejercicios de la cuarta semana, *in contemp. amoris Dei*)⁴²: *Tomad, Se-*

⁴² *Ejercicios espirituales*, autógrafo español, Madrid, 1956, págs. 123-124.

*ñor, y recibid toda mi libertad. Vos me lo dis-
teis, a Vos lo devuelvo, disponed^l a toda vuestra
voluntad, y persevera⁴³.*

⁴³ La edic. Madrid, 1870, transcribe: *y persevera
con afecto.*

CAPITULO II

Que con resignarse en la voluntad de Dios, y sufrirse a sí mismo, y sus imperfecciones, se gana mucho con él

Y con este resignarse en todo lo que Dios hiciere, vienes a hacerle agradable, no sólo cuando estés ajustado en todas tus obras, sino aun cuando las haces con imperfección, si te pesa de ella; y así puedes conformarte con la pena que te dan las imperfecciones, y pesarte de ellas, porque disgustan a Dios (que claro es que a los que desean agradarle es harto penoso el verse con faltas); y así será a Dios muy gustoso el conformarse con la pena que le dan, no con ellas. Y en cierta manera granjeas por aquí lo que pudieras ganar con otras virtudes.

Súfrete a ti mismo, sufre tus miserias, hasta que Dios haga otra cosa de ti; que quizá te conviene más el estar así ahora que libre de tus inclinaciones, que, como dice Gerson⁴⁴: *Dios tiene diferentes hijos, unos grandes en perfección y otros pequeñuelos, y aunque seas pequeñuelo e imperfecto, fácilmente hiciera El que fueras perfecto, si viera que te convenía, e hiciera con un soplo echaras de ti esas inmundicias y naturales pasiones, las cuales ahora, ni aun con limas de hierro, no puedes cortar. Y así, si Dios quiere que mientras vivieres no te veas libre de ellas, sino que estés en esa pesada contienda y que sufras hasta la muerte los desenfrenados movimientos de tu corazón, como son la ira, la concupiscencia, la tristeza, etc., no desmayes, sino, lleno de fe y confianza, súfrete y abraza con alegre ánimo lo que según su beneplácito quisiere permitir en ti. Hasta aquí Gerson.*

Sufre, pues, y resígnate en Dios, a pérdida y

⁴⁴ Falconi dice que toma la cita del *Tractatus de monte contemplationis*. He confrontado según *Opera omnia* de Gerson, tomo III, Antuerpiae, 1706. No pude comprobar la cita literalmente. El contenido doctrinal, sí. Por ejemplo, en los caps. xxx, xxxv, etc.

a ganancia, haga de ti lo que quisiere, aunque sea aniquilarte, quitarte el ser y volverte a la nada de que te crió, y está muy cierto de nunca más aseguraste el agradarle, y todas las demás medras, y aumentos que por este camino. Pierde tu voluntad, tu querer; pierde tus deseos, resignándolo todo en Dios, que aquí el perder tu querer es ganar. Cristo nuestro bien dice ⁴⁵: *el que quisiere salvar su ánima, piérdase*; esto es, estime más la voluntad de Dios que a sí mismo: y aun allá en el mundo dicen hay un juego de la gana pierde, que el que se deja perder, ése gana; pues si aun en esas materias el que pierde gana, ¿con cuánta más razón en las divinas el que pierde su voluntad y su querer por que se haga el de Dios ganará a Su Majestad?

⁴⁵ *Lc.*, xvii, 33.

CAPÍTULO III

Que el mejor pedir y orar es resignarse en la voluntad de Dios

Y si no, dime, ¿qué cosa puedes tú desear tan acertada para ti y para tus prójimos como desear que se haga la voluntad de Dios en todo y por todo? Ninguna, por cierto, porque la voluntad de ese Señor quiere, desea y procura el bien de todos nosotros infinitamente más que nosotros mismos, y por perfecta, afectuosa y enderezada a todo bien espiritual y temporal que sea tu voluntad y deseo, es infinitamente mejor y más ordenada la voluntad de Dios en querer o no querer ese bien. Y así deseando que se haga la

voluntad de ese Señor, deseas lo más acertado, lo mejor y más agradable a El y más provechoso para ti y para todo el mundo.

Añado a lo dicho que nuestras peticiones ordinariamente si no tienen efecto es porque no sabemos lo que pedimos ni lo que nos conviene; y así muchas veces pedimos lo que después nos pesará quizá de haber alcanzado. A San Pedro le dijeron en el Tabor *que no sabía lo que se pedía*⁴⁶, y él, a todo su entender, pensó que pedía muy bien; y a San Juan y San Diego les dijeron también: *No sabéis lo que pedís*⁴⁷. Y generalmente dice el Espíritu Santo que el no recibir ni alcanzar lo que pedimos es porque no sabemos lo que nos pedimos: *Pedís—dice—y no recibís porque pedís mal*⁴⁸. Pues si esto pasa, ¿cuál será mejor pedir y desear, esto o lo otro en particular, con peligro de errar, o pedirle sólo a Dios que haga su voluntad en nosotros? Dicho se está que es mejor esto y resignarse en ella, pues de esta suerte es imposible el errar, pues mi querer es el suyo, por lo cual no tienes ne-

⁴⁶ *Mc.*, IX, 5.

⁴⁷ *Mt.*, XX, 22.

⁴⁸ *Iac.*, IV, 3.

cesidad de andar mendigando otros deseos buenos o querer más de que se haga la voluntad de Dios en todo y por todo.

Y Cristo nos enseñó a orar cuando nos enseñó el Padrenuestro y nos dijo: *Cuando oréis, decid: Padre nuestro, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*⁴⁹. Dile tú eso a Dios y con eso le dices cuanto hay que decirle, y con eso le pides cuanto hay que pedirle para ti, para tus padres, para tus hijos, hermanos, amigos y encomendados en tus oraciones, como luego verás.

Y así de aquel grande orador Gregorio López se dice que su oración era decir: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Amén Jesús*; y que era tan continuo en esto que siempre que respiraba lo decía con el corazón⁵⁰.

⁴⁹ Mt., vi, 9 y sigs.

⁵⁰ Falconi, ¿lo habrá leído en la *Vida de D. Gregorio López* (Madrid, 1617 y 1630), escrita por Remón?

CAPITULO IV

I

Que todo cuanto hay que pedir y que desear de bueno en el cielo y en la tierra, todo se desea y pide para sí y para todos los prójimos con desear que se haga la voluntad de Dios en todo y en toda su eternidad

Porque lo primero, con ese querer que se haga la voluntad de Dios en todas las cosas y en toda su eternidad quieres y complaces en todo aquel abismo infinito de obras que Dios ha querido y obrado, y que querrá y obrará, y mientras Dios fuere Dios, así de obras increadas y divinas (con que eternamente están produciendo las Personas de la Santísima Trinidad, el Padre engendrando

al Hijo y el Hijo y el Padre produciendo al Espíritu Santo) como de las demás obras criadas que está obrando en los cielos y en la tierra y en todas las criaturas del mundo universo, desde que le crió hasta que se acabe, y todo lo demás que obrará por toda la eternidad en todas las criaturas.

Todo eso, pues, lo estás queriendo, y en todo tienes parte con ese deseo y voluntad. De que se haga la voluntad de Dios, en toda la razón, es porque esa divina voluntad está obrando y queriendo todas esas obras dichas, y así, queriendo tú que se haga y cumpla esa voluntad, quieres y te complaces en todas esas obras que ella quiere y obra.

Expliquémoslo más en particular, porque también con ese querer que se haga la voluntad de Dios en todo quieres los innumerables actos de visión beatífica y de amor intensísimo con que millones de millones de ángeles que hay en todos los nueve coros están viendo a Dios, amándole y agradándole, y le amarán y agradecerán por toda la eternidad.

Quieres también todos los actos de visión y de amor con que todos los santos del cielo ven

y aman a Dios, y le verán y amarán por toda la eternidad y todos los actos de virtudes que todos los justos de la tierra hacen en servicio de Dios; extiende la consideración y mira cuántos actos de fe, esperanza y caridad obran los justos en este mundo, cuántos actos de limosnas copiosísimas como se dan en todo el mundo, tantos enfermos como se curan, tantos pobres como se socorren, tantos actos de penitencia, tantos ayunos, disciplinas y mortificaciones, tantas horas, días y noches como se gastan en oración y en alabar a Dios en las religiones de todo el mundo, en todos los sacerdotes de él y en todos los demás siervos de Dios, tantos sermones como se predicán, tantas confesiones y comuniones, tantas misas como se dicen.

Mira también tantos martirios como pasaron y pasan todos los mártires del mundo, y, finalmente, cuántas buenas obras y agradables a Dios se han hecho y harán por todas las criaturas del mundo universo y en toda la eternidad de Dios, en todas tienes tu parte y en todas tienes complacencia y con todas estás tú agradando a Dios en cierto modo y como si tú las hicieras, pues las estás todas queriendo y pidiendo que se ha-

gan con pedir que se haga la voluntad de Dios en todo y en toda su eternidad, y la razón de esto es la misma, porque de todas es causa de Dios y todas las está queriendo y obrando, y como causa universalísima está influyendo en ellas, desde la mayor hasta la más mínima, sin que sea posible se haga nada bueno que El no lo esté haciendo y en que El no esté presente, dándole el ser, el vivir y el obrar; y digo más, que está aún más presente la voluntad de Dios a todas estas obras buenas que ellas mismas lo están a sí mismas.

Y así, en querer que se haga esa voluntad de Dios en todo, quieres todo esto que ella quiere y obra en toda su eternidad; y en cierto modo lo estás tú obrando con tu voluntad y deseo.

De manera que no sólo quieres todos los actos buenos que se han hecho desde el principio del mundo y se harán hasta el fin de él por todas las criaturas en el cielo y en la tierra, sino también quieres todo lo que Dios en sí mismo ha obrado *ab eterno* y antes del mundo, produciendo las divinas personas (que es un abismo infinito) y también todo lo bueno que El y todas

las criaturas obrarán después de acabado este mundo, durante la eternidad de Dios.

Así que (en una palabra) quieres, y con el deseo obras, todo cuanto bueno obra Dios y obrará por toda su eternidad ⁵¹.

⁵¹ La edic. Madrid, 1780, añade aquí: «Y cuanto hacen, han hecho, y harán de bueno todas las criaturas.»

II

Explicase lo dicho

Y aunque tú, cuando estás ahí en oración, no estés especificando todos esos actos, con todo esto los estás queriendo, y todos se encierran en querer todo lo que quiere la voluntad de Dios; así como el que desea ser religioso desea todos los actos buenos que se obran en la religión, aunque no los especifique entonces; y así como el que tiene un doblón tiene en él real de a ocho, de a cuatro, de a dos, el cuarto y el ochavo, y todas las demás monedas que allí se encierran,

aunque no las tiene especificadas y en particular, pero tiene el valor de todas; así acá, el que tiene ese deseo, de que se haga la voluntad de Dios en toda su eternidad, tiene deseo de todo lo que encierra y desea todo lo bueno que hay criado e increado y todas las demás operaciones divinas que hay en la Trinidad Santísima allá dentro y todas las operaciones divinas que hay buenas en todo lo criado acá fuera en toda la eternidad: Consiguientemente quieres y deseas, y en cierto modo obras, a lo menos en tu deseo, todas esas obras buenas que esa divina voluntad está queriendo y obrando en el cielo y en la tierra y en toda su eternidad.

Pues mira tú ⁶² (declaremos más esto), si tuvieras un deseo consentido de cometer todos los pecados y males que se han cometido en el mundo, así por los demonios como por los hombres, y los que se cometerán hasta el fin de él. Este deseo ya no es que encerraba en sí la malicia de todos esos pecados y que era el pecado mayor que podía cometer en el mundo un hombre, y que era digno de mil infiernos, y que si muriera

⁶² La misma edic. Madrid, 1780, suprime: *Pues mira*, y añade: *supongamos*.

entonces apenas parece podía haber infierno bastante para él. Pues mira ahora por el contrario: si un hombre tuviese deseo y voluntad de que se hiciesen todos los actos buenos y virtudes que se han hecho y harán por toda la eternidad de Dios, así como en el cielo, en la tierra; claro es que sería un acto de suma perfección y de sumo agrado de Dios y que mereciera sumo premio, porque Dios más inclinado es a premiar que a castigar, pues si aquel acto primero fuera tan malo y le diera millones de infiernos, este segundo acto, ¿cuán bueno será y cuánto agrado dará a Dios quien lo hiciera y cuánto premio le darán por él?

Pues este segundo acto hace y obra el que desea que se haga la voluntad de Dios en toda su eternidad.

Mira, pues, ahora conforme a esto cuántos tesoros hay encerrados en decir este acto: *Hágase la voluntad de Dios en toda su eternidad*, y en estarlo queriendo y ponerse con ese deseo en la oración, y siempre, y a todas horas, y toda la vida.

Y así, de aquí en adelante, cuando dijeres esas palabras: (*Hágase la voluntad de Dios, así*

en la tierra como en el cielo) ten intención general de lo dicho, que es de que sean hechas todas las obras buenas que se han hecho y harán por toda la eternidad de Dios.

Y especialmente quiere, y complácete en que Dios sea Dios y en que las divinas Personas se conozcan y se amen, que eso importa más que todo este mundo, ni que millones de mundos, ni que la salvación de todos los hombres.

CAPITULO V

I

Que una de las más principales cosas que se ha de hacer, es fiarse de Nuestro Señor, como en manos de padre

Una de las más principales cosas o que se endereza la oración, es a que el alma ponga toda su confianza en Dios, fiándose de El, como de Padre amorosísimo.

Y así siempre has de andar muy fiado de Nuestro Señor, que dispondrá de todas tus cosas aquello que mejor te esté en todo; y de aquí nace el resignarse en sus manos, para que disponga esto por los caminos que Su Majestad más

gustare. Y esta gran fe y confianza nos enseña que tengamos cuando el Apóstol San Pedro nos dice en nombre suyo: *Arrojad en El todas vuestras solicitudes y cuidados, porque El tendrá cuidado de vosotros* ⁵³. No dijo fiad de El esta o la otra diligencia, sino toda solicitud; y el mismo Señor nos asegura ⁵⁴, que si tuviéremos esta confianza, que pasaremos un monte de una parte a otra si fuere necesario; y en otros mil lugares, que fuera largo de referir, en que nos da su palabra, que si nos fiamos de El no nos faltará nada, porque a la verdad El es Padre fidelísimo que no puede faltar a sus hijos.

Que si un padre acá, miserable de carne y sangre, que todo su amor al fin es amor de hombre, y que es escoria y basura respecto del amor de este Señor (y que más diré, que todo lo que dicho es nada, respecto de la infinita distancia que hay del amor de un padre terreno al de nuestro Padre amorosísimo Dios), pues si este tal padre sabe hacer mil finezas por su hijuelo, desvelándose de día y de noche por cuidar de

⁵³ *I Petr.*, v, 7.

⁵⁴ *Mt.*, xvii, 19.

todo lo que les está bien, ¿qué no hará contigo el gran Padre de misericordias si te fías de El? ¿Qué no te dará si arrojas en El todos tus deseos y cuidados? Cómo cuidará de tus aumentos espirituales.

II

Prosigue el intento.

¿Piensas, que aunque calla, que se olvidará de lo que has menester? No hayas miedo, que El te asegura, diciendo por Isaias ⁵⁵: *¿Por ventura puede la madre olvidarse de su querido hijo? No, en verdad; pues aunque ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti, hijo mío.*

¿No ves cómo te crió, sin que se lo pidieses? ¿Cómo cuidó de darte padres, y casa en que nacieses, y de tener prevenido este mundo con

⁵⁵ XLIX, 15.

sus elementos y criaturas, para tu habitación y regalo? ¿No ves cómo te estuvo redimiendo treinta y tres años, y cuidando de prevenirte sacramentos y gloria ⁵⁶ y todo lo demás necesario para tu salvación en este mundo? ¿Y en el otro tantos y tan soberanos tesoros de bienes y felicidades eternas como te tiene guardadas, para cuando te mueras? Cuando abriste los ojos de la razón, te hallaste lleno de todos estos beneficios que tenía prevenidos, sin haberte costado el menor cuidado, ni aún un deseo de tenerlos.

Pues quien hizo esto, cuando no tenías ser, ¿qué no hará ahora, si tienes confianza en El? Porque un pecho noble no hay cosa de que más se obligue que de ver que se fían de él, y así fué como decirte: *Aprende, hijo mio, aprende alma, redimida con mi sangre, a fiarte de mí y a ponerte en mis manos, y cree que pues te di tantos bienes antes que supieras desearlos, que te daré todos los demás que te faltan, y cuidaré de tus cosas, si te fías de mi voluntad, resignándote en ella.*

¿En qué reparas, pues, para no fiarte, y arro-

⁵³ Gloria, ¿o gracia?

jarte totalmente en El? ¿O tienes, o no tienes fe? Si la tienes y crees lo que te dice, ¿por qué no te fías todo de su palabra real? Fías la vida del médico, la honra del amigo, la hacienda de tu padre, y no fiarás eso de Dios?

¿Piensas que consiste el negociar con Dios en estar diciendo: *Señor, esto; Señor, esto otro?* No, en verdad, sino en procurar hacer su voluntad y resignarse en ella, que así nos lo enseñó cuando dijo ⁵⁷: *No entrará en el reino de los cielos el que dijere: Señor, Señor, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre.* Resígnate, pues, en ella y fíate en El.

⁵⁷ *Mt.*, VII, 21.

CAPITULO VI

Y con este querer que se haga la voluntad de Dios en todo, no sólo se obra todo lo dicho, sino que se obran las virtudes con el modo más alto que puede ser.

Expliquemos esto. De dos maneras se pueden procurar y usar las virtudes. La una es, por la misma bondad que hay en la virtud, como porque es bueno ser humilde, ser casto, ser sufrido, ser pobre, ser obediente, etc.

Que claro es que las virtudes por sí mismas se pueden procurar, por la bondad que tienen en sí y por el bien y provecho que traen al alma; y de este modo, y por este fin, aun hasta los filósofos antiguos lo procuraban (si bien no las enderezaban a fin sobrenatural).

La otra es, porque es voluntad de Dios, y El gusta de que seamos castos, humildes, pobres, obedientes, sin averiguar más razones, ni buscar más motivos, ni otros fines para provocarlos, ni porque ellas en sí son buenas y amables, o que no está bien el tenerlas, sino sólo porque eso es voluntad de Dios y porque El lo quiere.

Y de estos dos modos, el segundo bien se ve que es el más alto y más perfecto modo que hay de procurarlas y de ejercitarlas, y que será incomparablemente más agradable a los ojos de Dios el que un alma procure ser casta, obediente, pobre, humilde, paciente, resignada, etc. Porque Dios gusta que lo sea y porque es ésta su voluntad, por la utilidad y perfección que traen al alma ⁵⁸.

Que así como fuera el modo más abominable que pudiera ser de pecar, si uno pecara, no por el deleite que halla en el pecado, sino por darle a Dios en cara y por ofenderle puramente, así será el más alto modo y más perfecto el servirle y ejecutar las virtudes por darle gusto y hacer su voluntad puramente.

⁵⁸ Edic. Madrid, 1780, añade: *esas virtudes*.

Y así va la diferencia de unas virtudes a otras y del ejercitarlas del primer modo o del segundo, que va del alquimia al oro finísimo, por lo cual, usadas del primer modo, serán como virtudes de alquimia; y usadas del segundo, serán virtudes de oro finísimo de caridad, y amor de Dios, y deseo de hacer su voluntad en ellas puramente, y porque El lo quiere así, y por darle ese gusto.

Y así se ve que se adquiere más perfectamente por este modo de resignarse en la voluntad de Dios, no queriendo más de lo que El quiere, que no por otro camino alguno.

CAPITULO VII

Que el mejor modo de obrar las obras, ora sean espirituales, ora temporales, es no tanto por el bien que traen a uno quanto porque es gusto y voluntad de Dios, y que ésta es la mayor y más alta perfección

De lo que se infiere una doctrina importantísima, que debe traer uno siempre delante de los ojos y muy asentada en su corazón en todo cuanto hiciere en el discurso de su vida (y nota mucho esto, porque el que obrare de esta suerte obra del modo más alto y más perfecto que se puede obrar). Y es, que debe procurar siempre en todas cuantas obras hiciere (ora sean para el cuerpo, ora sean para el alma, y en cuantas dejare de hacer malas) que en hacer las unas, o dejar de

hacer las otras, sea siempre, no tanto por el bien que en eso hay, ni por el útil que se les sigue, cuanto porque es voluntad de Dios y porque El gusta que se hagan esas todas obras de cuerpo y alma, y que se dejen de hacer las malas.

Como si dijéramos en las obras que tocan al alma el guardar la ley de Dios, el no pecar, o el buscar la perfección, el tener oración, el comulgar, el querer ser muy santo, e ir al cielo y no al infierno; y, finalmente, en todo lo demás que se obrare, que se haga no tanto por el provecho y perfección que se le sigue al alma, cuanto porque es voluntad de Dios puramente y porque Dios gusta de ello.

Y asimismo en las que tocan al cuerpo, comer, beber, dormir, vestir, ganar la comida, el acudir cada uno a las obligaciones de su estado, de casado, o religioso, o soltero; y, finalmente (porque no se puede decir todo por menudo), el hacer cualesquiera obras, pensamientos o palabras que se puedan hacer en la vida humana, ora sean del cuerpo, ora sean del alma, hasta el vivir y respirar, que todo se haga no tanto por el gusto o provechos que en ellas hay, cuanto porque Dios gusta que se hagan y esa es su voluntad, y El

tiene las cosas de este mundo ordenadas así, y quiere que se hagan todas esas obras tocantes a la vida humana y todas las demás tocantes a la vida del alma.

Y el hacerlo así, como ya dijimos, es hacer obras de oro purísimo de caridad y por el amor de Dios, y lo demás es obra de alquimia y de amor propio.

Y es también el más perfecto y alto modo de obrar en las obras del cuerpo, porque con eso vienen a ser todas (las que no eran más que obras de tierra) obras de cielo y de amor de Dios, para que veas cuántos tesoros hay encerrados en este querer la voluntad de Dios en todo puramente y no en otra cosa.

CAPITULO VIII

Que con la resignación anda el alma todo el día en oración y en presencia de Dios, aunque se ocupe en sus haciendas y negocios, y qué es lo que ha de hacer en despertando

Entre día, desde que despiertas, y siempre generalmente, el modo como te has de haber es andar resignado todo y totalmente en la voluntad de Dios, como quien ya no es dueño de sí, para que haga y deshaga de ti y de todas tus cosas lo que fuere su voluntad, y que así todo te has fiado de El, como de Padre amorosísimo, por cuya cuenta corres ya; porque por tu cuenta no corre más de no salir un punto de lo que en ti El ordenare y lo que ha ordenado en el estado que

te ha puesto, cumpliendo con las obligaciones de El y con sus leyes y mandatos.

Y éste es andar siempre en oración y en la presencia de Dios de las obras; que la consideración sólo de que está presente, aunque es buena y santísima, pero es sólo presencia especulativa, que te será de poco fruto si no llega a ser presencia práctica, con la cual te rindas y resignes a querer lo que Dios quisiere y a obrarlo.

Y así enseñando San Dionisio cómo ha de ser la presencia de Dios, dice así ⁵⁹:

Nos habemos de haber en ella no como quien trae a Dios presente hacia sí (pues tiene sabido que le tiene presente por la fe), sino como quien se entrega y une a El.

Por lo cual, en despertando por la mañana, da gracias a Dios por las mercedes que te ha hecho y por haberte guardado aquella noche, resignate todo en sus manos del modo dicho.

Y dile: *Señor, es mi intento que cuanto entre día hiciere y padeciere sea para tu honra y gloria. Que con eso el comer, el beber, hablar, dormir y cuanto hicieres (que no sea malo) te*

⁵⁹ *De divinis Nominibus*, cap. III. P. L. 122, 1126-1127.

será meritorio de gracia y gloria, como lo enseñan muchos ⁶⁰. *S. T. hom. in. 2. 2. 6., art. 6, Medi. 12., quaef. 14., art. 14. Zumeld. d. 1. Villalob. tomo I, tract. 3, dif. 21. Henr. 6. núm. 20. Ben. de Vil. en sus exerc., fol. 162.*

⁶⁰ Aquí, en todas las ediciones españolas que pudimos comprobar, se cita a varios autores. No son exactas. Pudimos comprobar las siguientes: Santo Tomás: *Summa Theologica*, 1-2, q. 114, a. 4; F. Zúmel: *In Primam Secundae S. Thom.* Salamanca, 1594, q. 114, a. 4; Enrique de Villalobos: *Summa de Theologia moral y canonica*, segunda parte. Salamanca, 1629, dificultad tercera, núms. 8-10; Bartolomé de Medina: *Expositio in primam secundae*. Venecia, 1590, q. 114, a. 4. También suele aparecer aquí la cita siguiente: «Ben de Vil, en sus exerc. folio 162.» ¿A quién se refiere aquí Falconi, o quien haya colocado las citas? Pensamos, a primera intención, en fray Benito Villa (o Vila), monje benedictino del siglo XVI, barcelonés, que había recibido el hábito en Monserrat, de manos del célebre P. Cisneros. Pero de fray Benito Villa solamente pudimos manejar su *Harpa de David* (que tuvo las ediciones de Barcelona del año 1538 a 1540; la de Medina del Campo, 1545; la de Burgos, 1548). Pero sus *exercicios* no pudimos dar con ellos. Quizá se refiera más bien a Bernardino de Villegas, cuyos *Exercicios quotidianos espirituales* fueron impresos en Roma el 1632.

Dejamos intencionadamente las citas en el texto, para que el lector se forme una idea de lo difícil de la comprobación.

CAPITULO IX

I

Que aunque una persona no se acuerde entre día ni repita la resignación en Dios, siempre la tiene, en virtud de haberla hecho otra vez, antes mientras no la retracta

Y si dijeres que muchas veces no te acuerdas entre día de renovar la resignación, y que así te parece no andas resignado en Dios; digo, que si no te acuerdas ya, no está en tu mano por entonces; mas procúralo, que con la gracia de Dios todo se alcanza.

Pero aunque no te acuerdes, no por eso dejas de estar resignado y entregado en la voluntad de Dios, en virtud de la resignación hecha atrás,

como si tú hubieras dádole a un amigo una joya, que después de entregado, no tenías necesidad de andar repitiéndole cada día: señor, toma esa joya; señor, toma esa joya, sino dejársela y no sacarla de su poder.

Así, pues, una vez resignado y entregado en las manos de Dios no tienes necesidad de andar a cada paso diciendo: Señor, yo me resigno; Señor, yo me resigno, sino dejarle en su poder la joya que le has dado, que es tu voluntad, y no sacarla de su poder ni hacer cosa contra la de este Señor ⁶¹.

⁶¹ Esta comparación de la joya aparece también en la *Carta a una hija espiritual*, y volverá a usarla Falconi en el *Camino Derecho*.

En mi citada obra: *Fray Juan Falconi de Bustamante* (Madrid, 1956), págs. 290 y sigs., hablo extensamente sobre esta comparación que Miguel Molinos toma de Falconi, y la reproduce en su *Guía*. Pero que en Falconi tiene un sentido exacto dentro de la más recta doctrina espiritual. Y, por otra parte, Santa Teresa la había usado antes que Falconi (véase *Camino de Perfección*, cap. XXXII, núm. 7); y el Padre Gabriel de S. M. Magdalena, mi llorado maestro, la emplea también modernamente en *Intimidad divina* (vol. I, Burgos, 1958, págs. 122 y sigs.).

En nuestra edición crítica del *Camino Derecho* (Barcelona, 1960), pág. 244, también se habla este símil de la joya.

Y mientras no te retractas de esa entrega, siempre andas en resignación y oración virtual, aunque no lo sientas ni hagas muchas reflexiones, como el religioso y la casada, que aunque no haga muchos recuerdos de que se entregaron, el uno por la profesión y el otro por el matrimonio, no por eso dejan de estar siempre el uno casado y el otro profeso.

Y aunque a lo que tú sientes te parezca que te diviertes de la resignación, por atender a las ocupaciones cotidianas de tu oficio y estado, como negociar, estudiar, leer, predicar, y el comer, y el beber, etc. Engañaste, que no por eso sales de ella, ni de hacer la voluntad de Dios, ni de andar en virtual oración.

La razón es porque todas esas ocupaciones no son contra su voluntad, sino antes muy conformes a ella (pues ese estado las pide), que voluntad de Dios es que comas, leas, estudies, negocios, trabajos, etc. Y también que descanses y te alientes a ratos, y en todo eso le agradas. Y así por atender a ello, no sales de la resignación ni de querer la voluntad de Dios en todas las cosas.

Si ya no es que cometas algún pecado adver-

tidamente, que en ese caso ya tienes voluntad contraria a la voluntad de Dios; pero mientras no le cometieres, siempre andas en agrado de Dios y en oración andando en esas obras.

Por lo cual dijo Teofilato (*super illud oportet semper orare*): *Siempre ora el que hace cosas buenas, ni deja de orar, sino cuando deja de ser justo* ⁶².

Y San Crisóstomo ⁶³: *El justo no deja de orar si no es que deja de ser justo: siempre ora el que siempre obra bien; y el buen deseo es oración, y si es continuo el deseo, es también continua la oración.*

Y así, si cometieres pecado, arrepiéntete de él y vuelve a continuar la resignación dicha, obrando todo lo que se ofreciere de tu estado, porque es voluntad y gloria de Dios, que eso es oración virtual, y con eso cumples lo que Jesucristo enseña: *Que importa siempre orar* ⁶⁴.

Porque, como dice San Hilario, *super hunc*

⁶² *Enarratio in Evangelium Lucae*, P. G. 123, 999-1.002.

⁶³ *In Epist. I. ad Thessalonicenses*, cap. v, Homilía IX, P. G. 62, 448-454.

⁶⁴ *Lc.*, XVIII, 1.

*locum Evangelii*⁶⁵: *Esto se cumple cuando obramos bien, para honra y gloria de Dios, y porque es voluntad.*

⁶⁵ *Tractatus in Psalmum primum*; P. L. 9, 254.

II

Qué hará quien no puede resignarse

Tienes aún otro gran bien en procurar esta resignación total, y es, que cuando vieres que no puedes acabar de conformarte en todo con la voluntad de Dios, no por eso te congojes ni con ansia demasiada lo desees, porque eso será impedirte para no alcanzarlo.

La razón es, porque el ansia y deseo demasiado de resignarte es falta de resignación; y así procurarla con esa demasía es querer alcanzar la resignación con actos de no resignación; lo cual

es imposible, como lo fuera el querer alcanzar la virtud de la paciencia con actos de impaciencia.

Y así lo que has de hacer, cuando ves que no te puedes resignar, es resignarte en el no resignarte: esto es, procurar conformarte con esa falta de resignación, y sufre con paciencia el verte sin ella y el ver que no puedes acabar con ese tu corazoncillo de rendirle a la voluntad de Dios. Y así, dile: *Señor, este resignarme todo en Vos es una gran misericordia vuestra de que yo me reconozco sumamente indigno; y si fuere voluntad vuestra dejarme estar así, hágase por cierto, no la mía.*

Y por este camino vienes a tener conformidad (en cierta manera), aun cuando no te conformes. Mira, pues, cuán alto tesoro es este conformarte con lo que Dios hace en nosotros, ora nos esté mal (a nuestro parecer ciego), ora nos esté bien, que lo cierto es nos está siempre bien lo que Dios ordena, sino que ignoramos los fines y medios por donde lo dispone, y así sólo nos conviene poner los ojos en solo su querer y en que ése se consiga en todas las cosas

EPILOGO
Y
RESUMEN DE TODA ESTA CARTILLA;
Y QUE SEA EN SUSTANCIA TENER
ORACION

La sustancia es que tomes cada día dos horas distintas o dos medias, o más o menos, como pudieres (y a más no poder, sea en tus ocupaciones y haciendas o en la cama), y persignándote al principio, hagas un acto de contrición y te resignes en las manos de Nuestro Señor a que haga de ti y de tus cosas lo que más fuere servido.

Y luego te pongas a considerar en un paso o pasos de su Pasión, en el que mejor te hallares, aunque sea uno mismo siempre, para que con esa consideración te muevas a servir y amar a ese Señor y a no pecar más.

Y si no pudieres considerar en los misterios de Cristo, ni acertares a ello, no por eso lo dejes, sino que procures, por lo menos, creerlos con la fe, a este modo: *Señor, ya que no sé consideraros, créeos todo entero, Dios y hombre, y todos los artículos de vuestra divinidad y humanidad, y según que sois un piélago de misterios y atributos y como sois en Vos mismo, y rindoos mi corazón para amaros.*

Y con eso perseverar delante de Nuestro Señor; y si vinieren pensamientos y divertimientos más y más, volverse a Dios más y más veces, aunque sea millones de ellas, y no dejarlo, ora estés devoto, ora seco, ora frío, ora desganado.

De manera, que en lo que todo se resume es en perseverar, ora sea meditando en Cristo, ora sea sólo creyéndole; y como quiera que ello sea, aunque te parezca no haces nada, no dejarlo con todo eso. Y veslo aquí resumido en dos palabras, para que no te confundas, si te pareciere mucho este librito.

INDICE

	<u>Págs.</u>
PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN A LA «CARTILLA PRIMERA» ...	17
I. El título	17
II. Tiempo de su composición	19
III. La «Cartilla» y Antonio de Molina.	20
IV. Contenido doctrinal	23
V. Primera edición y traducción italiana.	29
VI. Nuestra edición.—La de Barcelona, año 1637	31

TEXTO DE LA CARTILLA PRIMERA

PRIMERA PARTE DE ESTA CARTILLA

Que a todos es necesario el tener oración, y el considerar en Cristo nuestro bien: y que nadie está excusado de ello, de ningún estado, oficio o condición que sea

- I.—Que por ser Cristo libro en que está escrita nuestra vida eterna, por eso se enseña aquí el modo cómo se ha de leer en él, por lo menos deletrearle para tener oración

43



II.—Que la oración es necesaria para todos, y la que más estorba el demonio de cuantas buenas obras hay, porque es el medio por donde se alcanzan todas las virtudes	48
III.—Que por qué hace el demonio creer que la oración es dificultosa, y pesada, por eso se hace esta Cartilla para enseñar a tenerla, y que se vea es tan fácil como el A B C	55
IV.—Que tanto tiempo se ha de gastar cada día en considerar los misterios del libro Cristo, y que nadie está excusado de hacerlo	59
V.—Que nadie está excusado de de'trearse y considerar en Cristo de ningún estado u oficio que sea, aunque más ocupaciones haya en él	64
VI.—Prosíguese, que nadie está excusado, por ocupado que sea	70
VII.—Que los religiosos tienen más estrecha obligación que los seglares a tener oración, y que los de nuestra Religión están obligados a ello por Constitución.	73
VIII.—Que los prelados tienen más estrecha obligación que todos a tener oración.	78
IX.—Pónense las letras y A B C de esta Cartilla	82

SEGUNDA PARTE DE ESTA CARTILLA

Y práctica breve del modo que se ha de deletrear y considerar en Cristo: en la cual está resumido en sustancia en lo que consiste el tener oración de meditación

- | | |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| I.—El modo cómo se han de deletrear y considerar las letras o misterios de este A B C para tener oración | 88 |
| II.—Prosíguese el deletrear en Cristo, considerando también quiénes somos nosotros | 93 |
| III.—Advertencia importante, para que se saque más fruto de lo que se considera en Cristo | 96 |

TERCERA PARTE DE ESTA CARTILLA

De algunas advertencias para tener la oración con gran facilidad y provecho

- | | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| I.—Advertencia muy útil para los que rezan oraciones vocales saquen más provecho de ellas | 102 |
| II.—Que es tan fácil lo dicho, que aun cuando las ocupaciones no dieran lugar a ello, en ellas mismas se puede considerar en Cristo y sus misterios | 106 |
| III.—Que aunque en el considerar los misterios dichos no haya devoción, ni se vea luego el fruto, que con todo eso hay mucho provecho | 108 |

	<i>Págs.</i>
IV.—Que la devoción verdadera no consiste en estar con fervores, con afecto y ternura, ni con gusto en la oración	111
V.—Prosíguese en qué consista la devoción verdadera	115
VI.—Que cuando se levantan de los ratos particulares de oración no se han de despedir de Dios, sino procurar andar siempre en su presencia, y que eso es fácil por lo menos con el deseo	118
VII.—Que se ha de aplicar el modo de deletrear, y considerar en Cristo en los demás misterios, conforme al ejemplo puesto en el de la columna	122
VIII.—Que de la consideración de los misterios de Cristo se ha de usar en el oír misa, comulgar y dar gracias	125
IX.—Que no nos debemos de contentar con sola la consideración de los misterios y virtudes de Cristo, sino pasar a su imitación	127
X.—Que no porque haya pensamientos impertinentes y falta de devoción, no por eso deja de ser buena la oración	131
XI.—Que aunque más pensamientos haya, con todo eso hay oración, con la buena voluntad de tenerla, así como con la voluntad de pecar se peca. Y que la llave de aprovechar en ella no consiste en estar con gusto y devoción, sino en el perseverar y más perseverar	134

	<u>Págs.</u>
XII.—Prosigue que el aprovechar consiste en el perseverar	138
INTRODUCCIÓN A LA «CARTILLA SEGUNDA» ...	143
I. Historia	143
II. Doctrina	152
III. Génesis y repercusiones de esta doctrina falconiana	172
IV. Conclusión	191
V. Nuestra edición crítica	193

TEXTO DE LA CARTILLA SEGUNDA PARA LEER SUELTAMENTE EN CRISTO

QUE SEA EL INTENTO DE ESTOS TRATADOS ...	197
------------------------------------------	-----

TRATADO PRIMERO

I.—Suéltanse algunas dificultades a los que no aciertan a meditar. Y explícate cómo con el creer en Cristo se suple la falta del discurrir. Que este libro habla con los que no pueden discurrir	199
II.—I. Que lo mismo se enseña en sustancia en esta segunda Cartilla que en la primera, que es a buscar a Cristo	201
II. Empiézanse a soltar las dificultades a los que no pueden meditar	204

	<u>Págs.</u>
III.—Que cuando no puede meditar en un paso, lo procure en otros, o en la miseria propia, u otras consideraciones ...	206
IV.—Suéltase la dificultad de los que dicen que de ningún modo aciertan a meditar, y díceseles lo que han de hacer ...	210
V.—Que de puro fácil no acaban de creer algunos que lo es tanto el tener oración.	214
VI.—Cuánto pueden consolarse los que no pueden discurrir	216
VII.—Que no poder meditar, no sólo es sequedad, sino que muchas veces es vocación de Dios a la contemplación y señal que lleva por este camino al alma ...	220

TRATADO SEGUNDO

Respóndense algunas dificultades de los que piensan no hacen nada en la oración si no meditan y están devotos; y explicase qué de cosas se obran con acordarse de Cristo y rendirse a su divino querer

I.—Que obra muchas cosas el alma en el tiempo de la sequedad, aunque no pueda meditar y piense no hace nada ...	223
II.—I. Respóndese a los que dicen que por qué no aciertan, ni saben qué pedir en la oración, y que están torpes, y como un leño, y por eso lo dejan.	225
II. Respóndese a los que dicen no saben dar gracias a Dios en la oración	228

III.—Cómo aunque uno esté seco, duro y sin meditar, ni hacer nada (a su parecer), con todo esto está deseando agradar a Dios y amándole	230
IV.—Respóndese a los que dicen no saben si aman, o están con Dios, pues no lo sienten. Y explicase que esto proviene de que una cosa es obrar y otra conocer que se obra	233
V.—Pónense algunas señales de cuándo se aprovecha en la oración	236
VI.—Cómo el entendimiento obra, y está creyendo en Cristo, aunque no medite ...	240
VII.—Que el alma no puede estar ociosa (mientras el hombre está despierto), sino que ha de estar o en Dios o en la criatura	242
VIII.—Cómo el alma, aunque no sepa decirle a Cristo amores, ni jaculaciones, le agrada mucho con asistir en su presencia ...	244
IX.—Que no hay que maravillarse de que uno sepa discurrir en las cosas del mundo y no en las de Dios	246
X.—I. Como aunque se divierta el pensamiento muchas y muchísimas veces, no por eso se quita el merecer y agradar a Dios	248
II. Prosigue que no hay que hacer caso de pensamientos importunos	251
XI.—Que en la oración, aunque sea más seca, combatida de pensamientos, y desgana-da, hay una grande imitación de Cristo.	255

	<i>Págs.</i>
XII.—Que a unos da Dios que mediten la Pasión, y a otros que la padezcan, que es mejor	260
XIII.—Respóndese a los que vanamente temen, que se parece el no meditar al ocio de los alumbrados	262
XIV.—I. Explicase la diferencia que hay del no hacer nada de los alumbrados al no poder meditar	267
II. Explica muy bien Ludovico Blosio la diferencia que hemos dicho ...	272

TRATADO TERCERO

Que con resignarse en la voluntad de Dios, se suple también la falta de discurrir

I.—Que este negocio del orar, más consiste en amar, y resignarse en Dios, que en meditar en El	276
II.—Que con resignarse en la voluntad de Dios y sufrirse a sí mismo, y sus imperfecciones, se gana mucho con El ...	280
III.—Que el mejor pedir y orar es resignarse en la voluntad de Dios	283
IV.—I. Que todo cuanto hay que pedir y que desear de bueno en el cielo y en la tierra, todo se desea y pide para sí y para todos los prójimos con desear que se haga la voluntad de Dios en todo y en toda su eternidad.	286
II. Explicase lo dicho	291

	<u>Págs.</u>
V.—I. Que una de las más principales cosas que se ha de hacer, es fiarse de Nuestro Señor, como en manos de padre	295
II. Prosigue el intento	298
VI.—Y con este querer que se haga la voluntad de Dios en todo, no sólo se obra todo lo dicho, sino que se obran las virtudes con el modo más alto que puede ser	301
VII.—Que el mejor modo de obrar las obras, ora sean espirituales, ora temporales, es no tanto por el bien que traen a uno cuanto porque es gusto y voluntad de Dios, y que ésta es la mayor y más alta perfección	304
VIII.—Que con la resignación anda el alma todo el día en oración y en presencia de Dios, aunque se ocupe en sus haciendas y negocios, y qué es lo que ha de hacer en despertando	307
IX.—I. Que aunque una persona no se acuerde entre día ni repita la resignación en Dios, siempre la tiene, en virtud de haberla hecho otra vez, antes mientras no la retracta.	310
II. Qué hará quien no puede resignarse.	315
EPÍLOGO Y RESUMEN DE TODA ESTA CARTILLA; Y QUE SEA EN SUSTANCIA TENER ORACIÓN ...	317

VOLE · TAN · ALTO · TAN · ALTO · QUE

VOLE · TAN · ALTO · TAN · ALTO · QUE



LE · DI · A · LA · CAZA · ALCANCE

LE · DI · A · LA · CAZA · ALCANCE

NIHIL OBSTAT: D. HERMENE-
GILDO L. GONZALO. MADRID, 10
DE ABRIL DE 1961. IMPRÍMASE:
JOSÉ MARÍA, OBISPO AUXILIAR
Y VICARIO GENERAL

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRI-
MIR EN GRÁFICAS VOLUNTAS, S. L.,
MADRID, EL DÍA 2 DE NOVIEMBRE
DE 1961